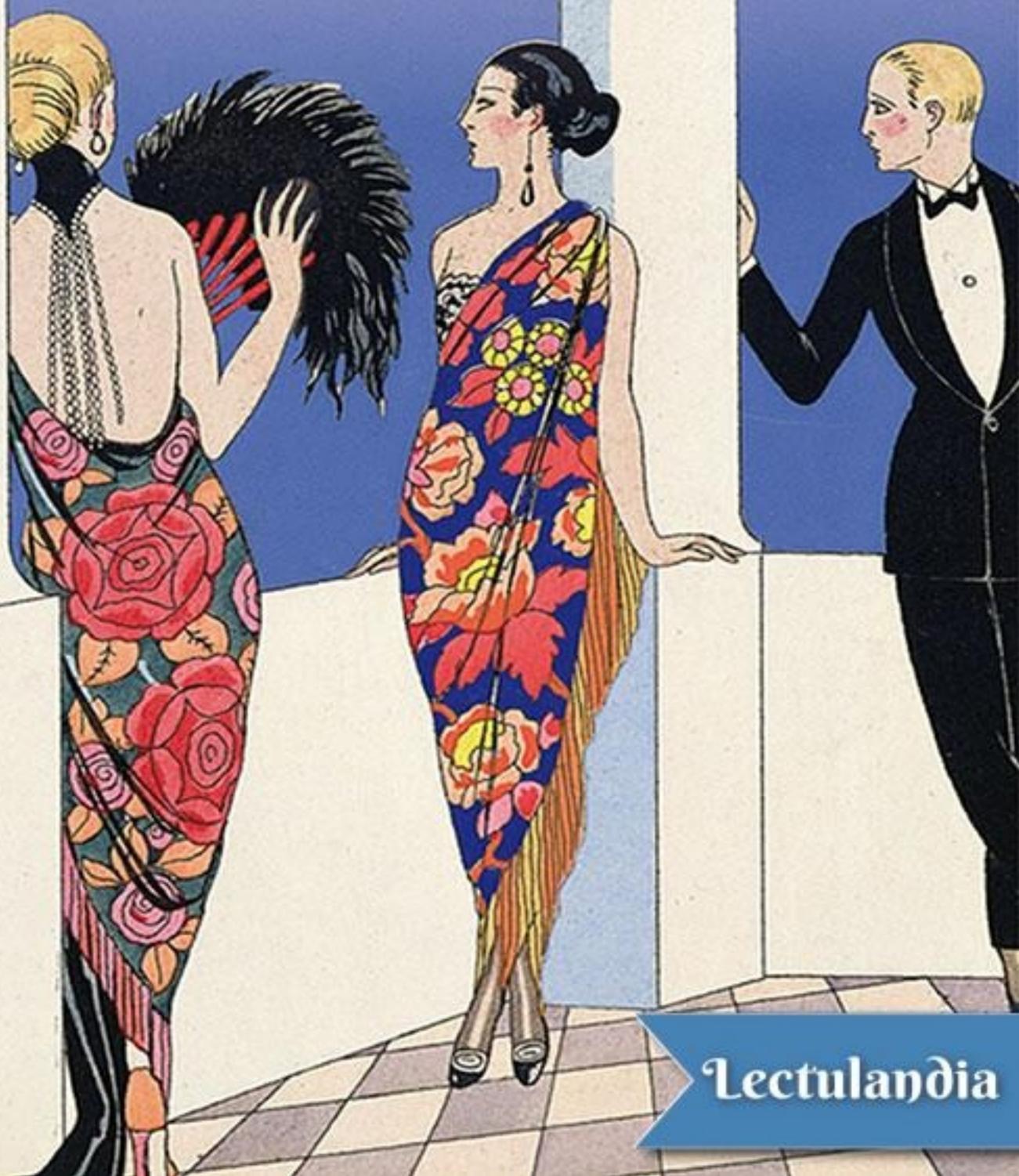


Josefina Aldecoa

Hermanas



Lectulandia

Isabel y Ana se llevan sólo un par de años. A pesar de tener una infancia común marcada por una madre tan omnipresente como contradictoria, todo un mundo de deseos diferentes se abre entre ellas: felicidad y familia en una, y libertad e independencia en otra, que diseñarán sus vidas y sus destinos. En el futuro las dos hermanas verán sus vidas marcadas por el mismo hombre y entre ellas surgirá una rivalidad capaz de poner en peligro la relación. Josefina Aldecoa da rienda suelta a su voz más reflexiva y evocadora en esta historia de dos hermanas que representan de manera magistral dos tipos de mujer; su condición de hermanas bucea en un entramado de complicidades y sentimientos, de afinidades y discrepancias, de experiencias comunes y ajenas, creando un complejo andamiaje emocional con un final sorprendente.

Lectulandia

Josefina Aldecoa

Hermanas

ePub r1.0

Titivillus 27.09.15

Título original: *Hermanas*
Josefina Aldecoa, 2008
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Verano de 1954

Una ciudad cantábrica

—La que es muy mona es la pequeña.

Las palabras de su madre se deslizaron perezosamente en el cerebro de Ignacio de Arzaga para fundirse con el ruido de las olas, mientras contemplaba meditabundo el mar, su mar. Ese mar que siempre asociaría a los recuerdos de su niñez y a un tiempo en que todo parecía mucho más sencillo.

La casa familiar, ahora propiedad de sus tíos y que en su momento fue de los abuelos, era un observatorio maravilloso de la bahía; pero para él, también un lugar anclado en un punto del espacio por el que no pasaban los años, un escondite secreto alejado de las presiones de la vida moderna, de las ambiciones y las prisas. Con su incesante trajín de barcos, la isla del faro marcaba el límite de aquel trozo de mar encerrado por la costa, tan importante en su infancia y que, casi como por arte de magia, permanecía igual que en sus recuerdos. Barcos que iban y venían, que se cruzaban con la misma cadencia que cuando era niño; el olor a sal; la brisa; los ruidos del servicio metódicamente entrenado; tras él, las risas y brindis de su padre y sus tíos mientras tomaban el aperitivo bajo la pérgola del mirador, y, como una condena eterna, perpetua, el incesante haz de luz que volvía una y otra vez a pasar ante su mirada, y rítmicamente marcaba el devenir del tráfico en la bahía. Siempre igual, año tras año, día tras día.

Ahora, recién licenciado en Derecho y a punto de entrar en la Escuela Diplomática, con la pesada carga del orgullo exultante con que su madre le presentaba a sus parientes y esa sensación imprecisa de que no era dueño de su destino y no hacía sino alcanzar, como siempre había hecho, las metas que ella le había ido imponiendo, escuchaba con perplejidad sus reflexiones torpes y erráticas sobre la belleza de sus primas y se asombraba de su indiscreción y de la ligereza con que eran evaluadas y comparadas sin el menor disimulo.

«Pobrecillas», pensó. «Ya las están preparando para el mercado matrimonial».

Las niñas, de doce y diez años, jugaban entre los parterres, ajenas a los comentarios que emitían los mayores sobre su físico y, por lo tanto, su potencial para futuros matrimonios.

Para las pequeñas, Ignacio pertenecía al misterioso y blindado mundo de los adultos, y él se dio cuenta de que, igual que él, ambas se sentían allí a salvo, en su propio mundo, rodeadas y protegidas por un muro verde y azul de vegetación y mar, al margen de las órdenes y prohibiciones incomprensibles de los padres o de los deberes de los maestros. Un mundo privado donde sólo ellas dos imponían sus

propias normas.

Sin embargo, como si de pronto se percataran de aquellos dos pares de ojos posados sobre ellas, Isabel y Ana hicieron una pausa en sus juegos secretos y atendieron con curiosidad a su tía y a su primo:

—Somos hermanas —dijo de pronto Isabel con solemnidad.

La frase, tan rotunda y obvia, encerraba todo un manifiesto y constataba una verdad: la de que, por más que quisieran diferenciarlas o distinguirlas con adjetivos o valoraciones, los lazos que las unían eran inalterables. Nunca se romperían.

Las dos niñas se alejaron cogidas de la mano y pronto desaparecieron tras un seto, volviendo a sumergirse en el juego, olvidados ya los comentarios que hacían sobre ellas los mayores.

E Ignacio sonrió.

Clara de Arzaga y Ramírez de Albia había sido considerada casi desde su nacimiento como la «reina sin trono» de la sociedad de la ciudad. Guapa y delicada, fue una hija tardía que vino al mundo cuando sus padres llevaban al menos quince años de matrimonio, y tanto para ellos como para su hermano Gerardo su llegada fue una sorpresa feliz e inesperada.

Rodeada de un hermano casi adolescente cuando la cogió por primera vez en sus brazos y de unos padres ricos, de intensa vida social, algo relajados ya en las estrategias de la educación infantil, y dada su gracia y belleza, incluso desde la cuna se instaló en un mundo complaciente acostumbrándose a hacer valer su voluntad y a que sus deseos, por mínimos que fueran, se cumplieran con una prontitud rayana en la adoración. Fue así como convirtieron a Clara en una consentida.

Tras una larga niñez seguida de una breve adolescencia y, como única preparación para la vida adulta, una instrucción destinada a convertirla en digno miembro de su clase y de un impecable matrimonio, Clara fue casada a los veinte años con William Tyler, agente de barcos inglés e hijo del socio de su padre en la naviera. A veces, muchos años después, se preguntaría en la soledad de sus noches si había estado en realidad enamorada de él. No sabría decirlo, pero en cambio lo que sí sabía era que el día lejano en que avanzó por el pasillo de la iglesia del brazo de su padre hasta situarse junto al que sería su marido sí estaba profundamente fascinada por él. William simbolizaba un ideal: alto, rubio, con una buena formación y un brillante porvenir. Y, sobre todo, se comportaba como un perfecto caballero.

Muy pronto, a su vuelta de la luna de miel en París, el padre de Clara ofreció a la joven pareja la gran casa familiar que, como un farallón, se descolgaba sobre la bahía. Por aquel entonces, Gerardo llevaba once años casado con Ángela, tenían un único hijo, Ignacio, de nueve, y vivían desde su boda en una casa nueva y espaciosa en el centro de la ciudad, una zona mucho más práctica.

En cuanto se instalaron en ella, la mansión se convirtió en uno de los centros

sociales más importantes de la zona: veladas alegres amenizadas por la anfitriona ante el piano, ágapes y tertulias, lánguidas tardes de tumbona y limonada en el jardín contemplando los barcos pasar y, también, importantes cenas con hombres de negocios que venían a fortalecer y estrechar los lazos que, sobre la ciudad y su entorno, tendían los poderosos.

Clara era feliz. A su existencia brillante tanto en lo económico como en lo social pronto se sumaron los nacimientos de dos hijas, que aportaron a la pareja una estabilidad, aunque artificial, deseada por sus ahora flamantes abuelos, no sólo socios sino también amigos.

Lo había conseguido, se decía a veces ante el espejo: lograba mantener su belleza intacta, todos la tenían por una buena madre y una amante esposa además de una hija de la que sentirse orgulloso. Le faltaba muy poco para ser perfecta y, lo mejor, sus dos niñas, Isabel y Ana, no tardarían en parecerse a ella. Pero, entonces, ¿por qué sentía aquel vacío?

Había días en que se miraba incansable en el espejo de su tocador y buscaba arrugas apenas perceptibles. Eran esos días en que, aún en camisón, espiaba tras los cristales de su cuarto los juegos de sus hijas, en busca, tal vez, de dar un cierto sentido a su vida.

Las niñas estaban tan acostumbradas a esos raptos de repentina y obsesiva vigilancia materna como a la habitual falta de atención por parte de sus padres, no inmutándose por los ojos inquisidores que de tarde en tarde las espían tras los visillos, ni por el contado afecto que recibían de los mayores en excepcionales ocasiones, casi siempre relacionadas con cumpleaños y otras festividades familiares.

Por lo general, Isabel y Ana convivían con sus padres en la inmensa casa sin apenas verlos, apartadas siempre en las habitaciones infantiles o en su refugio en el jardín y con un calendario y horario diferentes de los que regían la rutina de William y Clara, ocupados en compromisos eternos, charlas y visitas que les mantenían alejados y casi les hacían olvidarse de la existencia de sus hijas.

Pero lo cierto es que ellas no necesitaban mucho más que su compañía mutua. Soportaban a duras penas las horas de clase que las separaban en distintos cursos sólo porque sabían que, al llegar a casa, volverían a estar juntas de nuevo, y aunque su casa era enorme, se empeñaban en dormir en la misma habitación, un gran dormitorio con dos camas iguales cuyo ventanal se abría, como no podía ser de otro modo, a los árboles de su edén particular y a la tranquila y conocida bahía.

Sin embargo, pese a lo sólido de una unión tan intensa que casi les permitía adivinar en cualquier momento qué estaba pensando la otra, las hermanas eran diferentes prácticamente en todo: Isabel, más parecida a la familia de Clara, poseía una rotunda belleza morena que contrastaba con el físico sajón de su hermana, frágil y rubísima. Así, mientras en Ana llamaban la atención sus enormes ojos celestes, en

su hermana mayor destacaban los agudos y penetrantes ojos negros heredados de su abuelo y el pelo azabache ondulado e indomable que siempre terminaba enredado en nudos imposibles.

Esa diferencia tan marcada en lo físico se manifestaba también en su personalidad. Isabel, rebelde por naturaleza, no aceptaba las pautas y exigencias que regían cada detalle con exactitud británica y puntualidad exasperante. Horarios impuestos por el padre para todo: para el desayuno, para el baño, hasta para la merienda que la doncella acudía a llevarles, impertérrita, a cualquier rincón de su jardín dondequiera que se escondieran; una excesiva frialdad en el trato que abortaba cualquier atisbo de espontaneidad, de extroversión o incluso de afecto, y un sinfín de protocolos y normas de cortesía casi para cualquier actividad, desde montar en bicicleta, siempre con la indumentaria adecuada, hasta jugar a tomar el té en el mirador con sus muñecas, a las que había que atender con toda la cortesía y urbanidad.

Isabel no soportaba esa meticulosidad asfixiante que se hacía notar en todos los momentos de su vida; la necesidad de independencia y libertad, quizás heredada también del abuelo, que había demostrado tanto en la vida como en los negocios su afán emprendedor y su osadía, contrastaba enormemente con la pasividad de Ana, siempre tan complaciente y tranquila. Para Isabel era sorprendente esta actitud de su hermana pequeña, ya que Ana se zambullía en su forma de vida, no la elegida por ella sino la que le marcaban los demás, con aceptación y placer.

De este modo transcurría su infancia: aisladas de todo lo que no fuera impecable, aséptico y perfecto, encerradas en una burbuja cómoda pero plana, con una relativa falta de atención dentro de los muros de su casa pero ceñidas hasta el último minuto de su vida a un complejo entramado de usos, costumbres y horarios aplicados con rigor.

Es posible que las hermanas, entre la frialdad de sus familiares, que consideraban de mal gusto cualquier muestra de cariño, y el respeto distanciado del servicio, echasen de menos algo más. Tal vez por eso, por la más pura necesidad, se querían y apoyaban tanto y habían creado ese círculo de afecto impenetrable para cualquiera ajeno a su mundo infantil.

Educadas en el colegio más elitista de la ciudad, la única imposición de su padre en cuanto a su formación académica había sido la exigencia de que adquiriesen un perfecto dominio del inglés. En cuanto a su ocio, ni Clara ni él conocían el nombre de sus muñecas.

Sólo una vez William se preocupó de bautizar uno de los juguetes de sus hijas. Fue durante la organización de la botadura de un barco de vela regalo de sus dos abuelos navieros. La fiesta en el embarcadero que se abría desde el jardín a la bahía fue durante mucho tiempo la comidilla de la ciudad, que consideraba demasiado

osado no ya el gesto de permitir que las niñas rompieran una botella de champaña contra la quilla del barco sino, y sobre todo, que dos niñas pudieran llegar a gobernarlo solas, por pequeño que fuera. Clara dudó antes del acontecimiento y estuvo tentada de no enviar las invitaciones y cancelar el acto. Sin embargo, William, que habitualmente delegaba todo lo relativo a la intendencia doméstica y a la gestión y organización de las celebraciones en su mujer, fue inflexible en este sentido. Las niñas tenían que aprender a navegar, a navegar cuanto antes.

El resto, es decir, llevar a su aplicación el complicado entramado educativo tejido con precisión y rigor, correspondería a la madre, quien, a su vez, tenía una única meta: casarlas y educarlas para matrimonios social y económicamente adecuados, aptos para administrar con acierto la gran fortuna que las dos heredarían en su momento.

La vida de Isabel y Ana se desenvolvía sin roces ni fisuras en un mundo de buen gusto y refinamiento reflejo de su propia casa, un ambiente alejado de toda muestra de vulgaridad, ostentación o alarde propios de nuevos ricos, el grupo social más despreciado y detestado por sus padres y abuelos. Partidos de tenis, clases de *ballet*, labores, piano, francés... inundaban su tiempo y dejaban muy poco espacio para la libertad; apenas las horas que lograban escapar al jardín en las estaciones de buen tiempo y las conversaciones a solas en su dormitorio o en el cuarto de juegos, su otro paraíso privado, el único lugar de la casa en el que podían comportarse con cierta libertad, siempre vigilada.

—¿Qué te ha parecido el primo Ignacio?

Ana hizo la pregunta al día siguiente de la fiesta familiar. La mañana había amanecido repentinamente lluviosa, impidiendo así la tarde de juegos en el jardín. Encerradas en su cuarto, tenían la consigna de no molestar mientras su madre, agotada tras los preparativos y toda la jornada anterior ejerciendo de anfitriona, dormía la siesta. Ana vestía con parsimonia a su Mariquita Pérez con un traje igual al que llevaba ella. Su hermana leía un cuento ilustrado en una silla junto a la ventana.

—Mayor —contestó lacónicamente Isabel. «Parece aburrido y mayor», pensó. Por eso añadió, sin saber muy bien por qué—: Y triste. Sí, creo que muy triste.

Cinco años más tarde

La vida transcurría con tranquilidad para Isabel y Ana. Como siempre, según lo previsto, por los cauces fijados sin sobresaltos ni estridencias. Si hubieran podido pararse a pensarlo, ambas jurarían que eran exactamente las mismas niñas, en la misma casa y rodeadas por la misma gente, que hacía cinco años jugaban en el jardín.

Los avances inexorables del tiempo pasando sobre ellas sólo se hacían notar por la carga ineludible de obligaciones y esclavitudes con que las sometía la adolescencia. Poco a poco, de manera sutil pero constante, a los deberes escolares se fueron añadiendo otro tipo de enseñanzas mucho más prácticas y domésticas destinadas a prepararlas, según el plan establecido desde su nacimiento.

Clara, sin previo aviso, las convocaba a la cocina un sábado por la mañana para enseñarles cómo se confeccionaba el menú de la semana que «la señora de la casa» debía pasar a la cocinera. Por su parte, Amalia, la estricta niñera vasca, probaba a rizar sus cabellos o experimentar con nuevos peinados, cardados, recogidos, y estudiaba con ellas qué tonos les favorecían más, qué ropa les sentaba mejor.

Hasta William, a menudo tan taciturno con sus hijas, se había vuelto algo más locuaz en su presencia y en la mesa dejaba caer al desgaire comentarios, durante las comidas o las cenas, sobre cómo se comportaban los hombres de ahora y, por lo que sabía a través de sus amigos con hijos varones, qué se esperaba de las chicas de su edad, qué comportamientos podrían ser considerados adecuados y qué actitudes eran excesivas o incluso descaradas en su trato, «y cuidado con quedarse a vestir santos», afirmaba sonriente.

Ana solía escucharle encantada, fascinada por la repentina atención de que era objeto. En cambio para Isabel, habituada a dejar vagar sus pensamientos con libertad durante las largas y silenciosas comidas familiares, resultaba muy violento tener que oír ahora todas esas recomendaciones encaminadas a convertirla en la perfecta señorita. Y mucho más en boca de su padre.

—Esta tarde he tenido la oportunidad de ver al hijo de Juan y Adela, los Bustamante. Su padre lo llevó al Casino expresamente para presentárnoslo. Ya es todo un hombre —comentaba William, en una cena como tantas otras, brindando a Clara la oportunidad de intervenir, para que a su vez pudiera dejar caer con inocencia:

—¿Te refieres a Ramoncito? ¿Es que acaso ha regresado ya de Madrid convertido en ingeniero? —su mujer recogía el guante con elegancia y pasaba a alabar al candidato en cuestión—. ¡Qué alegría! Tenemos que invitarlo, junto con sus padres, para que venga cuanto antes a tomar el té y nos cuente cómo va todo. Os encantará volver a verlo, niñas, seguro que casi ni lo recordáis. Ahora, claro, será un chico guapísimo y con mucho mundo; y un buen partido además...

En esos momentos, Isabel solía excusarse y se levantaba de la mesa alegando que tenía que estudiar para poder salir de allí cuanto antes, bien lejos, a la biblioteca o a la sala de estudio en que se había reconvertido el antiguo cuarto de juegos. Lo suficientemente lejos como para no poder escuchar las exclamaciones entusiasmadas de Ana, asegurando convencida que le hacía mucha ilusión el plan.

—¿Por qué te pones así? —le preguntaba más tarde Ana a su hermana mayor, justo antes de acostarse, mientras se cepillaba el pelo concentrada ante el espejo. E Isabel, como siempre, leía a sus espaldas un libro, tirada sobre su cama con el ceño fruncido, enfurruñada, aburrida o puede que hastiada—. Sabes que mamá y papá lo hacen con la mejor intención. Quieren que conozcamos gente de nuestra edad. Siempre hemos estado aquí las dos solas, encerradas en nuestro mundo, y es bueno que nos relacionemos con más personas.

—Claro, y si tienen un futuro prometedor, mucho mejor —respondía Isabel con ironía.

—No me parece mal, algún día tendremos que empezar a conocer gente. Ya no falta nada para nuestra puesta de largo y, después, podremos empezar a salir con chicos, tendremos novio, nos casaremos y...

—No tiene por qué ser de esa manera, Ana. No tenemos por qué seguir ese camino trazado para nosotras sin habernos pedido permiso sobre nuestro propio futuro y, cuando nos queramos dar cuenta, comprender que tal vez sea demasiado tarde y no podamos dar marcha atrás.

—No digas tonterías —reponía Ana con voz soñadora—. Lo que pasa es que te asusta que la vida nos pueda cambiar. Pero todo va a seguir igual, te lo prometo, nada podrá separarnos. Conoceremos a dos hermanos guapísimos y celebraremos nuestras bodas el mismo día, y viviremos muy cerca, y así podremos estar siempre juntas, como ahora. Nosotras seremos siempre las mismas, como lo somos ahora aunque hayan pasado los años. Nada nos cambiará —aseguraba ingenuamente.

Isabel escuchaba paciente cómo su hermana se recreaba en aquellas ensoñaciones infantiles que parecían sacadas de un cuento de hadas o de una novela romántica.

Las dos cambiaban a cada instante, cada segundo, cada vez que respiraban. Y esos cambios, imperceptibles pero constantes, no hacían más que separarlas.

Estaban tan acostumbradas a mirarse la una a la otra, a verse cada día, siempre juntas, inseparables, que incluso su propia transformación física había pasado desapercibida para ellas. Pero no eran las de antes, las de siempre, y su propio cuerpo, cuando se contemplaba frente a un espejo, daba buena fe de ello.

Isabel se había convertido en una adolescente de piel morena, espeso cabello oscuro y ensortijado casi hasta la cintura, miembros largos, fibrosos y maneras

fuertes y enérgicas. Sus gestos eran rápidos y elocuentes, se movía con agilidad, resultado de su pasión por la natación y los deportes, y aunque su mirada era directa y franca y su risa frecuente, también lo era verla a menudo con el ceño fruncido, pensativa o abstraída en la lectura de algún libro rescatado de la biblioteca, que devoraba tirada al sol sobre la hierba del jardín o recostada en alguna de las tumbonas del mirador, tan concentrada en la lectura que ni siquiera se había dado cuenta de ponerse un sombrero.

Clara se desesperaba, no conseguía que hiciera mella en ella la más mínima disciplina de belleza. Su hija mayor estaba tostada «como un obrero», con la piel cubierta de pecas. Isabel tenía una elegancia innata, heredada de su madre, como tantos de sus rasgos. Se trataba de un aire altivo y sereno a un tiempo que hacía que su presencia destacara allá adonde fuera, haciendo que brillara en medio de los demás sobre todo por su falta de afectación, por su naturalidad, y una seguridad en sí misma surgida de su propia inteligencia.

Ana, en cambio, era todo lo contrario en aspecto y actitud. Seguía conservando la misma piel blanquísima de su niñez y sus ademanes eran igual de pausados y tranquilos que entonces. Practicaba deporte con frecuencia, como Isabel, pero se cuidaba mucho de que el aire, el salitre o el sol le estropearan la piel. Su pelo, perfectamente recogido en trenzas o moños, era protegido y cepillado con perseverancia cada noche. Ana era perfectamente consciente de que era el rasgo que la convertía de guapa en espectacular, y pasaba muchas horas con Amalia probándose horquillas y diademas, ensayando nuevos peinados que resaltarán su belleza, una belleza clásica y nórdica que impresionaba a todos.

Desde niña era consciente del impacto que provocaba, y estaba acostumbrada a esa admiración no solicitada pero desde siempre intuida.

Ana era pausada y tranquila por naturaleza, y su ingenuidad no era forzada ya que se había fomentado a lo largo de su infancia por el confinamiento que sus padres les habían impuesto tanto a ella como a su hermana. Simplemente callaba porque no tenía mucho que decir.

En cuanto a sus maneras, destacaba por su prudencia, un instinto que había nacido con ella y, puede que consciente de lo excepcional de su físico, la había llevado desde niña a cuidarse y procurar mantenerse alerta de todo lo que pudiera hacerle daño. Era, en definitiva, una persona consciente de su belleza, empeñada en cuidarla y aprovecharla. Además, no necesitaba correr, sabía que todos, siempre, esperarían su llegada por mucho que se retrasase.

Pero todos estos secretos, los impulsos verdaderos que las hacían ser como eran, estaban a salvo de los demás y, de algún modo, también de ellas mismas. Estaban tan concentradas creciendo, delimitándose, construyéndose, que no se paraban a pensarlo.

Isabel no solía mirarse mucho a los espejos. Ana no dejaba de contemplarse y estudiarse a diario. Pero tanto para una como para la otra la cara de su hermana era lo más normal, lo más habitual en su rutina, lo primero que veían al iniciar un nuevo día.

Porque eso sí permanecía inalterable desde siempre. Dormían en el mismo cuarto y se despertaban a la misma hora, bajaban juntas a desayunar, salían juntas de casa y pasaban todo su tiempo cerca aunque cada una hiciera una cosa distinta. Seguían siendo inseparables.

Isabel se daba cuenta de cómo las miraban los demás, de cómo hacían distinciones entre ellas. Veía, en esos téis que ahora su madre se empeñaba en organizar cada dos por tres, cómo al dirigirse a Ana el interlocutor lo hacía con más dulzura en la voz, con frases y palabras mucho más delicadas que las empleadas para dirigirse a ella pero, también, más insustanciales.

En esas reuniones, Ana solía encontrar su lugar en el grupo de las jóvenes y charlaba animada de temas difusos y banales como la moda, los seriales de la radio o los breves relatos de dos páginas, no más, que leía en las revistas femeninas. Alrededor, como moscones imperturbables, merodeaban su madre o su tía Ángela, que cada vez pasaba más tiempo en su casa desde que había enviudado.

Isabel odiaba esas artes de celestinas y se avergonzaba de su madre y de su tía. Muchas noches, cuando los invitados ya se habían retirado y el servicio se afanaba en la cocina recogiendo y limpiando las últimas bandejas de canapés, las oía, asqueada, valorar en la privacidad del saloncito de Clara el éxito de la jornada:

—El chico de los Merinero parece un poco soso, ¿no te parece? —consultaba la tía Ángela mientras se deshacía con cansancio de sus collares de perlas.

—Yo creo que lo que le ocurre es que es apocado —elucubraba Clara—. Piensa que es hijo único y, por no tener, no tiene ni primas. No sabe lo que es tratar con las chicas. Se queda mudo ante ellas.

—Pues más nos vale que se arranque. Sería ideal para Ana, los dos harían una buenísima pareja. Y piénsalo, es hijo único.

—No te lo niego, pero es pronto para Ana, es muy niña todavía —Isabel podía detectar en la voz de su madre, aun en la distancia, el placer por la sugerencia de su tía.

—No tanto, querida cuñada. Y además es guapísima. Pronto os la van a quitar de las manos, ya verás. Por eso es mejor no dejar nada al azar y procurar que conozca cuanto antes a todos los chicos que valgan la pena en la ciudad. Es tan guapa que va a poder elegir a quien quiera —sugería Ángela con voz de experta conocedora en la materia—. La que nunca se mezcla es Isabel. Siempre está apartada de los grupos. Es una pena.

—Tampoco es eso, Isabel siempre ha sido muy independiente —negaba Clara molesta, incapaz de aceptar que una hija suya no tuviera como más alta meta en la vida la de encontrar un marido.

—Acéptalo, Clara, la mayor es un poco rara —concluía su cuñada—. No se deja guiar. A este paso no vamos a hacer carrera de ella. Es preferible que lo vayas asumiendo, es una causa perdida.

«Mejor», se decía Isabel desde el pasillo para sus adentros. «Mucho mejor para mí si creen que no tengo remedio. Así me dejan tranquila». Y con alivio se reía de los absurdos planes de las dos y, una vez más, tenía la sensación de librarse de esa subasta hipócrita en que querían convertir su vida.

Por la noche, Isabel reflexionaba y se indignaba recordando las absurdas charlas de la tarde, los vestidos recién planchados y las faldas que crujían cada vez que se movían, las servilletas bordadas con esmero en la mano de cada uno ayudando a sostener vasos o canapés, las risas flojas e inseguras de alguien, el pudor, el recato, las miradas de soslayo, tímidas y asustadizas. En algún sitio había oído comentar, o quizá se lo había contado Ana, que las casas reales europeas organizaban anualmente cruceros en los que participaban todos los jóvenes solteros de cada dinastía. El objetivo del viaje era que se conocieran y de ese modo pudieran surgir entre ellos compromisos y alianzas que garantizaran el futuro de las monarquías.

Ella se sentía así, como una princesa encerrada en un castillo al pie de una bahía, una fortaleza de la que le sería imposible salir a menos que lo hiciera con una alianza en la mano, bajo la tutela de un heredero rico.

Pero su castillo tenía una salida: el mar, y por eso la navegación a vela, tan arraigada en su familia, pasó a convertirse en una pasión compartida.

El mar, que sería para ellas, en esos años de crisálida, el escenario perfecto para que tanto Isabel como Ana pudieran sentirse libres y volver a reencontrarse.

De un modo inconsciente las dos se habían dado cuenta de que las reuniones, los téis, los nuevos conocidos, las amigas, la sociedad, los demás, habían irrumpido con demasiada fuerza en su vida. Por eso eran felices cuando conseguían pasar una tarde en su casa sin invitados ni fiestas.

Eran ésos los momentos en que bajaban juntas al jardín, ese jardín con sus matices de verde que sólo ellas eran capaces de reconocer, que rodeaba su casa de parterres, estatuas y estanques en donde, de niñas, jugaban a que la bahía era también parte de él, un jardín de agua como una prolongación acuática de su mundo, al que ahora, ya casi adultas, se asomaban en silencio para contemplar el mar y planear cuándo y cómo volverían a salir a navegar juntas, una vez más, mientras su padre las contemplaba acodado en la barandilla del embarcadero y ellas le decían adiós.

Allí fue donde encontraron a William, solo y muerto, una tarde de finales del verano, nada más desembarcar. Una parada cardiaca repentina lo había fulminado. Estaba tirado sobre las tablas de madera, y pese a todo, conservaba un gesto sereno.

1960

La repentina muerte de su padre sumió a las hermanas en la tristeza y el desconcierto y supuso un vuelco a lo que había sido hasta entonces una reciente rutina de encuentros sociales. Más unidas que nunca, Isabel y Ana asistieron impotentes al progresivo deterioro emocional de su madre, que, viuda y sin ninguna celebración importante que organizar, parecía haber perdido todos los objetivos o las metas de su vida.

Sus propias puestas de largo, que se iban a celebrar próximamente a los dieciocho años de Isabel y los dieciséis de Ana, se habían cancelado, para gran disgusto de esta última y alivio de la hermana mayor. Con todo, curiosamente, las más afectadas parecían ser Clara y Ángela. En el caso de su tía, los motivos de su fastidio, un tanto infantil y, sin asomo de disimulo, abiertamente egoísta, eran hasta cierto punto obvios: condenada a una vida gris desde que enviudara de Gerardo, su marido, y la marcha de Ignacio, con el repentino fallecimiento de su cuñado y la condena de Clara y sus hijas a un luto riguroso al menos durante un año había perdido su máxima fuente de diversión. Sus sobrinas eran para ella como muñecas encerradas en un paraíso aislado, pequeñas figuras de porcelana a las que vestir con esmero y con las que jugar a los peinados, a las meriendas de las cinco o a las parejas, combinándolas y ennoviándolas alternativamente con «gente adecuada».

En cambio Clara afrontaba la inesperada muerte de William casi desde el odio. Con asombro, incluso con horror, sus hijas apreciaban en ella un resentimiento descontrolado y desmedido hacia el muerto. Recluida en un exilio forzoso que la mantendría alejada de toda vida social en un momento de plenitud física y personal, parecía interpretar el infarto que acabó con la vida de su marido como una afrenta del Destino precisamente contra ella o, peor todavía, como una venganza.

—Esto no se me puede hacer a mí —murmuraba mientras vagaba por los pasillos de la casa—. Esto no se me puede hacer a mí. Yo soy Clara de Arzaga. Mi vida era perfecta, pero ya no lo es...

Ante esta imagen, Ana solía recluirse en su cuarto y encendía la radio y buscaba un programa de música o una radionovela, en cualquier caso el acceso a una esfera irreal donde poder refugiarse y en la que todo fuera fácil y feliz.

Tenía que ser Isabel, sola ante la desgracia, sin más alternativas que enfrentarse a aquellos arrebatos de locura egocéntrica, la única que corriera por los pasillos a oscuras tras su madre para alejarla de las ventanas, la que cerrara con llave los cuartos de invitados para que Clara no pudiera entrar en ellos a deshacer las camas, desgarrar las cortinas, destrozarse los espejos en los que se reflejaba su desesperación.

—Mamá... —susurraba tras ella con cuidado—. Mamá, claro que eres perfecta, y

lo seguirás siendo aunque no esté él. Pero ven conmigo, por favor, no salgas a la terraza en camisón, puedes coger frío. Ven conmigo, mamá. Ven conmigo.

—Ella se dejaba llevar, dócil de pronto, confusa y sin rumbo, se agarraba a la mano de su hija y repetía obsesivamente:

—Quién le da derecho... Quién le da derecho a morirse y destrozar mi vida. Yo no lo sé, ¿lo sabes tú que lees tantos libros? ¿Tú lo sabes? Si lo sabes dímelo: ¿quién le da derecho?

Isabel se daba cuenta de la verdadera pregunta que latía bajo esas frases entrecortadas. Lo que Clara había perdido era su verdadera identidad. Ya no sabía ser nadie y su vida no tenía sentido.

Con el paso de los meses la furia de Clara, que muchos de sus antiguos amigos y allegados tomaron por demencia en las contadas ocasiones en que acudían a su casa a visitarla, fue amainando. Clara se cansó de vagar por la casa echando pestes contra alguien que no estaba allí para oírla, de manera que su irritación fue dejando paso, poco a poco, a un aislamiento que la mantenía al margen de todo y de todos.

Encerrada en sí misma, rabiosa con su marido por haberse muerto y «haberle hecho eso a ella», fue aislándose cada vez más en un mundo de rencores y fantasmas y olvidó las necesidades afectivas de sus hijas.

Desde fuera, alguien que no la conociera en profundidad y que la viera en las escasas ocasiones en que iba al centro de compras o cualquier domingo a la salida de misa, alguien que sólo tuviera con ella un trato superficial, podría decir de la viuda que era la de siempre. Una mujer guapa, muy elegante, de exquisita educación, que había optado por pasar una época oscura y aislada de la vida social de la ciudad para guardar el luto debido a su marido.

Clara había aprendido, simplemente, a ocultar su odio, su terrible enfado por lo que ella consideraba una injusta situación que no merecía. Había comprendido al fin que, tarde o temprano, el luto pasaría. Desde otro estatus, por supuesto, y con otros acompañantes. Ya no sería nunca más la señora de Tyler. Todo estaba vetado para las viudas decentes, pero sí podría al menos salir con su cuñada, también viuda, y otras amigas.

Por eso tenía que contenerse, disimular su furia y enmascararla de aflicción, soportar el negro y las medias tupidas y las blusas sobrias y poco favorecedoras a cambio del color que después, poco a poco, muy sutilmente, iría introduciendo pasado el tiempo tanto en la ropa como en su vida.

Nada más morir William, la tía Ángela se ofreció a echar una mano, pero a los pocos días de su estancia en la casa —durante los cuales Clara no se levantó de su cama—, Ignacio telefoneó para comunicarle que iría a la ciudad a pasar unas semanas y, ante

la inminente llegada de su hijo, tuvo que abandonar a sus sobrinas pensando que en pocos días Clara estaría repuesta y que sobreponiéndose a la tragedia volvería a coger las riendas de la casa y de su propio destino y el de sus hijas.

Solas con el servicio y una madre que parecía haber perdido el juicio, Ana e Isabel reforzaron su unión y comenzaron a asumir nuevos roles y, sobre todo, nuevas responsabilidades no sólo domésticas sino, fundamentalmente, en la estructura de su familia.

Desde la muerte de William las dos hermanas ya no compartían el mismo dormitorio. Ana se quejaba de que no podía poner la radio porque Isabel, que sólo quería leer o estudiar, no podía concentrarse con el sonido tan alto. Isabel, a su vez, agradecía el silencio que encontraba en la soledad de su nuevo dormitorio porque, aunque jamás se atrevería a decírselo y casi ni quería reconocerlo frente a sí misma, la charla banal de Ana la aburría.

«Es porque estoy agotada de tanto estudiar y llevar esta casa», se decía. «Gobernar una casa tan grande como ésta sin la ayuda de nadie me está presionando y por eso me he vuelto más irritable, hasta el punto de no querer charlar con Ana, como hacíamos antes».

Otras veces sus razonamientos la llevaban a encontrar argumentos con los que defenderse de sí misma mucho más simples y directos:

«Estoy agotada, no puedo más, no tengo tiempo para nada, ni siquiera para mi propia hermana», reconocía con un poco de pena. Y se sentía culpable, y le costaba mirarse al espejo y verse en él sin Ana al lado, o al fondo, detrás, probándose una vez más «algo», y se juraba que al día siguiente le dedicaría más tiempo, y escucharía todos sus cotilleos y pronto mamá volvería a ser la de antes, ella asumiría de nuevo su papel y su lugar en el dormitorio grande con dos camas: junto a su hermana, oyéndola hablar, riendo con ella. Queriéndola.

Pero la recuperación de Clara no se produjo totalmente, y tanto Ana como Isabel terminaron acostumbrándose a su propio espacio de intimidad en habitaciones separadas.

Cuando la madre salió de su letargo de odio y retornó a sus obligaciones, volvió a la cocina a revisar los menús y el estado de la despensa, acudió al despacho de su marido para abrir la caja fuerte y poder pagar a los empleados el sueldo de aquel mes y, además, todos los que creía que se les debía con retraso, se encontró con la inesperada sorpresa de que ya estaba solucionado. Alguien lo había hecho por ella durante su «convalecencia»: Isabel.

—Isabel, he dicho que no y no se hable más —Clara de Arzaga miró a su hija con desaprobación—. No vas a estudiar ninguna carrera; tu padre y yo siempre tuvimos

claro lo que queríamos para vosotras y *esto* no entró jamás en nuestros planes.

Clara se levantó y con la cabeza hizo un gesto a su hija para darle a entender que la conversación había terminado, porque ella había dicho la última palabra.

Pero Isabel, que acababa de cumplir sólo un día antes dieciocho años, no se movió de su sitio.

Ése era el primer enfrentamiento entre ellas en su vida y, después de lo que había sufrido y aprendido durante la larga temporada en que su madre permaneció al margen de todo, trastornada por la muerte de William, no pensaba dar ni un paso atrás.

Contempló a su madre con una expresión hostil y habló con claridad:

—Me da igual, mamá, me voy a estudiar a Madrid tanto si te gusta como si no. Quiero ser médico y lo voy a ser —afirmó tercamente calculando cuánto le quedaba de debate dialéctico para que Clara, hastiada, tirara la toalla. Ahora, después de haberla visto descontrolada, sin la máscara de buena educación, veía con claridad su naturaleza inconstante y terca, además de no demasiado inteligente. No dudaba de que vencería en la discusión y de que ir a estudiar a Madrid era ya algo hecho.

—No sé qué se te ha perdido en Madrid, lejos de nosotras y de esta casa, que es adonde perteneces —pero, como el gesto decidido de su hija no cambiaba, Clara decidió atacar con un nuevo argumento que esperaba definitivo—: ¿No te das cuenta de que en Madrid no serás nadie, de que te convertirás en una más? Aquí eres querida y respetada, y muchos, pese al luto que ahora mantenemos y a tu rebeldía, estarían dispuestos a hacerte una buena oferta matrimonial. ¿Quieres tirar todo eso por la borda por el afán de estudiar una carrera?

—Sí, mamá, precisamente se trata de eso: no me veo siendo el florero que adorne el matrimonio de nadie. Quiero emprender mi propio camino. Ya te lo he dicho: voy a estudiar Medicina y a seguir mi propio rumbo.

—¿Qué se te ha perdido a ti siendo médico?

Clara, incapaz de realizar cualquier sacrificio por los demás, creía que con este razonamiento conseguiría hacer cambiar a su hija de parecer.

Se equivocaba: Isabel no pensaba ceder un ápice. Su decisión estaba tomada. Discutiría todo el tiempo que hiciera falta.

Mientras esta lucha de voluntades se producía en la biblioteca, Ana rezaba para que su hermana saliera triunfante del cuerpo a cuerpo con su madre. Con dieciséis años se había convertido en una adolescente inconsciente además de preciosa, cómodamente instalada en su belleza y su forma de vida.

Lo cierto es que la muerte del padre, hacía un año ya, había significado, lejos de la tragedia que supuso para Isabel, un disgusto de fronteras difusas para Ana.

—Para mí siempre fue un desconocido. Durante mi infancia apenas lo veía, y ahora, que estaba algo más con nosotras, es como si no supiera quién era. Lo único

que teníamos en común realmente era nuestro amor por navegar —le confesó Ana, mientras decidía qué traje ponerse para la cena, a Irene, una de sus amigas más íntimas, que la escuchaba en silencio—. Ay, espero que Isabel haya llegado a un acuerdo con mamá porque si no va a ser horrible, las dos con caras largas y furiosas.

Irene, que envidiaba el mundo sólido y rico de las hermanas, no pudo evitar asombrarse ante la ligereza del comentario de Ana.

«Para ella todo es fácil», pensó con rencor mientras observaba la concentración absoluta de su amiga frente al espejo, ocupada en probarse el vestido que se quería poner para la cena. «Su madre ya no tiene vida ni porvenir, e Isabel está ahora mismo jugándose el suyo, y a ella sólo le importa encontrar el vestido que le quede mejor. Lo que les ocurra a los demás le da igual».

—¿Sabes que viene nuestro primo Ignacio? —le explicó de pronto Ana, sacándola de sus pensamientos—. Hace muchísimos años que no le veo. Es diplomático, pero lo recuerdo aburridísimo —comentaba distraída mientras alisaba con atención los pliegues del vestido.

El constante parloteo de Ana, al que Irene no pensaba aportar nada en absoluto, fue interrumpido por la entrada como una tromba de Isabel.

—Lo he conseguido, mamá ha cedido. ¡Me voy a estudiar a Madrid! —las hermanas se abrazaron alborozadas cantando y bailando por la habitación—. ¡Me voy, me voy!

—¿Y ahora qué haré yo? —preguntó Ana de repente—. Nunca nos hemos separado, no quiero que te vayas. Hazte enfermera aquí, pero no te vayas, por favor.

La alegría de Isabel se evaporó. «Es igual que mamá», pensó con tristeza. «Terca, obstinada y egoísta, ferozmente egoísta. ¿Cómo he podido crecer a su lado y no darme cuenta hasta ahora?»

Ana vio la sorpresa y la desilusión en la cara de Isabel y se recompuso con rapidez, intentando cambiar de tema para hacerle olvidar las palabras que acababa de decir:

—Bueno, luego hablaremos. ¿Recuerdas que viene el primo Ignacio a cenar? Por lo visto tiene una novia que trabaja como médico aquí. Me imagino que te interesará conocerla, viene con ella.

—Serviremos el aperitivo en el salón; luego la cena. Las copas, en la biblioteca — Clara de Arzaga hablaba con el tono insolente que solía aplicar al servicio. El mayordomo era «nuevo», ya que llevaba *sólo* diez años en la casa. Tanto él como todos los demás sirvientes aceptaban sus órdenes con aparente humildad, pero en el fondo la detestaban—. ¿Han llegado ya las ayudantes?

Para Clara, las ayudantes eran el último grado del escalafón. Venían a servir cenas o almuerzos cuando eran necesarias, pero no se merecían ni un gesto de apoyo, ni siquiera una sonrisa.

Vestida de riguroso negro y cubierta de perlas, como una coraza ante el mundo, Clara revisaba la mesa y recordaba, con los labios apretados, ese tiempo pasado, no tan lejano, en que William y ella compartían el esfuerzo común de hacer de sus hijas unas mujeres perfectas.

Inspeccionó el mantel de lino bordado, la cristalería de Bohemia, la vajilla Wedgwood y los arreglos de flores y frutas habituales en su mesa: componían un pequeño escenario verdiano en el que todo tenía que funcionar con una sincronía absoluta.

Estudió los uniformes, los guantes y las caras de las doncellas y su gesto, para susto de ellas, se agrió en un acto reflejo al recordar a su marido y su repentino abandono, que la había dejado sola ante el mundo en su lucha. Las muchachas, dos fijas en el comedor y dos más que ayudaban en la cocina trayendo y llevando la comida, no se atrevían a mirarla a los ojos y parecían asustadas. «Eso está bien», pensó. «Que sepan quién manda aquí y que me tengan el respeto que merezco, no en vano soy la señora de esta casa». Y con un rictus de satisfacción cruel se acercó más a ellas para comprobar con atención tiránica que no fueran maquilladas o incorrectamente peinadas.

Todo estaba perfecto, concluyó con orgullo. Su mundo lo era. Había conseguido, una vez más, contra todos, contra todo, volver a alcanzar la perfección, como siempre había hecho.

Y todo seguiría estando siempre perfecto para ella. No importaba cómo ni qué tuviera que hacer para conseguirlo.

A pesar de que su hija mayor quisiera ser médico...

Llamaron al timbre y con un gesto napoleónico Clara ordenó al mayordomo que abriera la puerta y se encaminó hacia el *hall* extendiendo las manos dispuesta a estrechar las de sus invitados en un alarde de simpatía y educación perfectamente calculado.

Ya oía sus voces; comenzó a andar, un paso, dos, y la ceremonia previa a la cena se inició.

Ignacio llamó al portón con la sensación de incomodidad habitual que le provocaban las visitas a su familia. La tía Clara, la única hermana de su padre, y con la que su madre tenía una estrecha relación, era un recordatorio permanente de todo lo que detestaba y al mismo tiempo le ataba a ellos, a su vida, a su mundo.

Miró con afecto a la joven que le acompañaba y pensó fugazmente que estaba realmente sometiéndola a la posibilidad de un agravio. Dudaba de la aprobación de su tía respecto a ella pero confiaba en que, frenada por su estricta y exquisita educación, la tratará con el respeto que debía merecerle cualquier invitada a su casa.

Un mayordomo serio y desdeñoso les abrió la puerta y, cuando el olor a cera de limón y a jarrones desbordantes de flores frescas le inundó, una vez más, volvió a

dejarse llevar por esa atmósfera que le invadía y penetraba en sus sentidos trasladándole a su infancia. Aquella nunca dejaría de ser para él la casa de sus abuelos. Y él nunca podría dejar de ser en ella un niño.

«Todo está igual», pensó. «Éste ha sido el triunfo de la tía Clara. No ha cambiado nada, los mismos muebles, el mismo olor. Hasta juraría que las flores recién cortadas son las mismas y, por supuesto, también parecen serlo las partículas del polvo que flota en el ambiente y tamiza la luz. Sí, el mismo polvo detenido en esta casa, flotando de un sitio a otro a través de los años, de las décadas. Y ahí está su éxito, en esa idea de permanencia, de inalterabilidad que a mí me espanta pero que a muchísima gente le da seguridad, le da tranquilidad, le da paz. Es una idea burguesa, inmovilista, pero reconozco que a veces, como ahora, es una tentación».

Siguiendo al mayordomo accedieron al salón. Estaba sutilmente iluminado, y lleno de orquídeas y nardos que inundaban de un olor dulzón la habitación creando en ella una atmósfera casi eclesial.

Ignacio reconoció con un rápido vistazo la biblioteca neogótica, los sofás tapizados en terciopelo, los retratos de familia, los muebles pesados de caoba del bisabuelo indiano.

Y fotos, momentos paralizados, *flashes* de felicidad instantánea que nunca volverían.

«Siempre me deprime volver, pero era inevitable. Sabía que tarde o temprano tenía que hacerlo. En cierto modo, es mi casa también».

Clara recibió a su sobrino cogiéndole las manos y dándole un breve beso en la mejilla. Miró con curiosidad a su acompañante y sonrió:

—Lo siento, no nos conocemos. Soy Clara de Arzaga. Me ha dicho la madre de Ignacio que es usted médico. Encantada.

Él observó divertido, con un cierto atisbo de escepticismo irónico que pugnó en vano por ocultar, los esfuerzos de su tía para controlar su desaprobación profunda, su perplejidad ante la invasión de una intrusa en su santuario privado que no ostentaba la condición de novia, familiar o mujer del hombre a quien acompañaba.

—Igualmente, señora. Es para mí un placer conocerla, he oído hablar mucho de usted. Es un honor que me reciba en su casa. Es impresionante, siempre he tenido mucha curiosidad por visitarla.

—¿Esta vieja casona? —su tía insinuó una risa que pretendió hacer parecer modesta, pero que él adivinó llena de orgullo. Su acompañante había acertado de lleno alabando su casa. Más que un refugio, para ella era su trono, un testimonio de tiempos pasados de esplendor y gloria en los que fue la reina de la ciudad. Tiempos que no volverían, pero que allí encerrada siempre podría recordar.

—Es una mansión magnífica, tía, y has sabido conservarla de maravilla. Cada rincón, cada habitación son, sencillamente, impresionantes —replicó Ignacio con la intención de ablandar todavía un poco más las reticencias que Clara tuviera hacia la intrusa.

—Ahora vienen las niñas —y cuando Ignacio oyó esta respuesta tuvo la impresión de que su tía las mencionaba porque las consideraba, aun inconscientemente, parte del decorado, como un adorno más—. Por cierto, Isabel acaba de comunicarme que va a estudiar Medicina en Madrid. ¡Qué le vamos a hacer! Es tan terca... Estoy segura de que se arrepentirá, pero en fin...

Isabel y Ana interrumpieron el soliloquio de su madre en el momento preciso en el que iba a iniciar una disertación monocorde sobre los inconvenientes de que una mujer estudiara una carrera.

Vestidas en distintos tonos de azul, casi celeste para la blusa de Ana, que hacía juego con el color de sus ojos, y rabiosamente fuerte para el vestido, de corte sencillo pero muy elegante, de Isabel, las hermanas le parecieron sorprendentemente atractivas y llamativamente diferentes. Saludaron a Ignacio con un gesto impecable y una sonrisa. La de Isabel franca y directa, la de Ana, tímida y curiosa.

—Hola, Ignacio, soy Isabel. Hace años que no nos vemos —dijo ésta con soltura y seguridad al tiempo que le estrechaba la mano con firmeza, como un hombre, y después se ponía de puntillas para besarle en ambas mejillas—, pero todavía te recuerdo de aquella tarde en nuestro jardín.

Ignacio se dejó besar divertido, deslumbrado por su frescura, y se admiró de su prima, que se había convertido en una mujer imponente de físico exótico.

«Parece mexicana», pensó, y observó de reojo a su tía, como temiendo que pudiera captar sus pensamientos y censurarle por ellos. Estaba seguro de que a la aristocrática Clara no le gustaría nada saber con qué comparaba a su primogénita. Después vio acercarse a Ana y no pudo dejar de sorprenderse por la enorme diferencia que ambas guardaban en su aspecto físico.

—Curiosa disparidad —murmuró al tiempo que se inclinaba sobre su prima pequeña, que pareció encogerse cuando él se acercó para besarla y no dejó de contemplarle extasiada, clavándole todo el tiempo sus ojos enormes mientras recibía un solo beso en la mejilla tierna y dulce, palidísima—. No parecéis hermanas.

—Pues son inseparables, querido —intervino Clara con un deje que le pareció levemente cáustico.

—Os presento a Ruth —dijo él entonces, rápidamente ignorando el comentario de su tía—. Ruth, mis primas, Isabel y Ana.

Isabel monopolizó a Ruth preguntándole sobre Medicina, la carrera, la especialidad.

—Quiero ser médico en África —le explicó con entusiasmo—. Me encantaría trabajar en algún campo de refugiados.

—Es duro —contestó Ruth—. Yo voy todos los años dos meses a Togo. Es un país muy pobre, no hay nada. Los niños se mueren por no tener las vacunas más elementales. Vamos todo tipo de especialistas: oculistas, cirujanos, pediatras... La labor de los misioneros es impresionante, de hecho nos dejan vivir en su congregación. Y, sin embargo, nuestros esfuerzos no son suficientes para paliar todos

los problemas de esa pobre gente. Tendríamos que hacer mucho más, pero no damos abasto.

Clara de Arzaga, recostada en uno de los sillones franceses del salón, observaba pensativa a su sobrino Ignacio mientras Ana, sonriente, jugaba con los perros que iban y venían trayéndole pelotas y palos del jardín y contestaba con monosílabos a las preguntas de su primo.

—¿Tú también querrás ir a la universidad?

—No, no creo. No me gusta estudiar; yo prefiero casarme y tener muchos hijos, eso es lo que quiero.

Ante la sinceridad de la respuesta, rió divertido.

—Pues entonces tendrás que ir preparándote. ¿Tienes novio?

—No, todavía no. Pero lo tendré —respondió con decisión.

Ignacio no supo bien qué respuesta dar a esa afirmación y, temiendo perturbar a su prima, tan tímida, con más preguntas que quizá pudieran parecerle entrometidas o indiscretas, bebió un martini pausadamente y se volvió hacia su tía para contarle anécdotas y curiosidades de su destino como diplomático en un país africano que casi no se encontraba ni en el mapa.

—Qué horror, no sé cómo puedes, todo negros. Yo desde luego no sería capaz de soportarlo. ¿Es peligroso? —Clara preguntaba con desidia, tratando de arrinconar a su presa—. Willy, nuestro querido y añorado Willy, tenía un amigo inglés que vivía en Rhodesia. En una ocasión nos invitó a un safari en su finca y estuvimos quince días allí. Fue divertido, pero debo confesarte que volví encantada de dejar aquel país. Aunque era una colonia había mucha inseguridad y, no nos engañemos, no deja de ser un lugar tercermundista por más colonizado que esté. Me imagino que en cuanto puedas te irás a otro destino.

—No depende de mí, tía. En este momento soy el funcionario más insignificante en el escalafón del cuerpo diplomático. Ya veremos luego, más adelante.

El aperitivo transcurrió sin sobresaltos. Clara insistió en hacer alusiones a viejos amigos y conocidos para dejar a Ruth en evidencia y hacer resaltar sin disimulos que la amiga de su sobrino era una advenediza que no pertenecía en absoluto a su mundo ni a su clase.

—En esta ciudad nos conocemos todos —comentó con cierta agresividad, bebiendo el tercer *gin- tonic*. Pero Ruth no se inmutó y con una tranquilidad exasperante para Clara respondió a todas sus preguntas sobre familia y orígenes, algunas francamente indiscretas y fuera de lugar, con una docilidad que contribuía a resaltar lo inadecuado del comportamiento de la anfitriona.

Era hija de un funcionario del ayuntamiento y no, no era del club de tenis. Se había educado en colegios públicos y había estudiado con una beca, palabra que sorprendió a Clara.

—¿Beca? —preguntó despectivamente.

Ignacio escudriñaba pensativo a su tía; nunca hubiera imaginado que le gustara beber, y menos aún que bebiera mal. Su aspecto impoluto se iba deteriorando a medida que transcurrían las horas.

«Veremos qué ocurre en la cena», pensó, y entonces se percató de que Ana le contemplaba a su vez con algo parecido a la vergüenza.

«Pobrecilla», se compadeció. «Qué madre, qué planes, qué familia».

Y la cena se inició. Clara dispuso que ella presidiría la mesa sentada frente a Ignacio.

—Ahora tú eres el hombre de esta familia —le dijo, con sus manos huesudas sobre sus hombros y empujándole suave pero firmemente hacia la cabecera de la misma.

Las hermanas flanqueaban a su primo y a Ruth se le designó un sitio al lado de la anfitriona, que no volvió a dirigirle la palabra durante el resto de la noche.

Cuando tras una cena interminable por fin llegaron los postres, los comensales tenían ánimo y sentimientos muy diversos: Isabel estaba furiosa; Ana, aburrida; Ignacio, perplejo y Ruth, asombrosamente serena. Todos contemplaban sin saber bien qué decir a Clara, que, incapaz de articular una sola frase coherente, seguía bebiendo compulsivamente y no parecía que pensara dejar de hacerlo hasta el final de la velada.

Las hermanas, abochornadas y conscientes del espectáculo que estaba dando, absolutamente a la deriva, trataron inútilmente de convencerla para que se retirara a descansar. Pero Clara, obcecada, declinó con brusquedad su oferta y, con una grosería impensable en ella, acorraló a Ignacio y lo llenó de reproches echándole en cara su debilidad, su falta de valor e incapacidad para asumir el mando en el negocio familiar, del que ahora, con su padre y William muertos, tendría que ser el máximo responsable en vez de dejar su dirección en manos de asalariados no vinculados a la familia. ¿Por qué prefería una profesión aburrida en un país en el fin del mundo si su verdadero destino, como buen Arzaga, se prometía brillante desde su nacimiento?

—Yo te lo diré —balbuceaba Clara trabajosamente, respondiendo, sin esperar a la reacción de su sobrino, a la pregunta que ella misma había formulado con la única intención de insultar—: Por cobardía. Por eso, porque eres un cobarde y prefieres huir de tus deberes familiares y abandonarnos a nosotras y a tu madre, todas mujeres solas, sin un hombre que nos proteja, y marcharte a esa merienda de negros antes que dar la cara. Qué vergüenza, ¿y para eso quisiste ser diplomático, para estar en el medio de África comiendo moscas y haciendo nada?

—Mamá, no te enteras de nada —Isabel, exasperada y abochornada por su falta de respeto, intentaba acallar a su madre—. Sólo tu ignorancia puede amparar esa estúpida idea de que un diplomático comienza su carrera profesional como embajador

en París. No tienes ni idea. Y ése es tu problema: hablas sin saber, juzgas sin saber y tergiversas la realidad. Te dejas llevar por la envidia, no piensas lo que dices y con tu actitud nos haces daño a Ana y a mí.

El silencio se instaló pesadamente, convirtiéndose en algo tangible, espeso, demoledor. Ruth, sintiéndose completamente fuera de lugar, fijaba la vista en el mantel. Ana miraba horrorizada a su madre y a su hermana alternativamente. Isabel, por su parte, no podía quitar los ojos, que echaban chispas, de la cara de Clara, y en cuanto a Ignacio, su atención saltaba y se centraba a la vez en todas y en ninguna de las mujeres de la sala, observando sus reacciones.

Finalmente Clara se irguió, pretendiendo hacerlo con dignidad, y, tras ladearse un poco a fin de conservar el equilibrio, se dirigió al *hall* con paso vacilante. Una vez alcanzada la puerta del salón, se volvió desde allí y, con voz sorprendentemente clara, se despidió de los presentes:

—Disculpa este alarde de mal gusto, querido Ignacio. Encantada de conocerla, Ruth. Me retiro, buenas noches... —paseó su mirada, errática pero inusitadamente intensa, sobre los presentes y, con un gesto de la mano déspota pero vacilante, le indicó a una de las doncellas que aguardaban de pie en el comedor que acudiera junto a ella. Renqueante, escoltada y ayudada por la joven, se dejó guiar hacia el piso de arriba.

—No lo sabía, lo siento muchísimo. Nunca imaginé que vuestra madre, siempre tan inalcanzable, fuera víctima de pasiones y defectos humanos —dijo Ignacio dirigiéndose a Isabel en un intento de romper el silencio que, como una losa, se había instalado en la habitación.

—No es humana —respondió Isabel con dureza—. O no lo es al menos en la medida en que lo somos nosotros. Se rige por leyes diferentes a las nuestras y mañana estará como si no hubiera pasado nada. Es como una cobra, ataca de repente y una vez que suelta el veneno se repliega. Y es alcohólica. Digámoslo abiertamente: alcohólica. Desde que murió papá, ha sido incapaz de conducir su vida ni la nuestra. Creo que nunca fue feliz, pero ahora además está amargada. Pobre Ana, quedarte con ella y en su cueva.

—A mí me da pena —intervino Ana con sencillez—. Yo creo que sufre mucho. Desde que murió papá no es la misma.

Ignacio estaba consternado.

—Lo siento, mi madre no tiene ni idea del punto de no retorno al que ha llegado la tía Clara, se lo contaré, espero que no os moleste, son casi como hermanas y creo que podría apoyaros. Tiene que saberlo, no creo que lo haya percibido con tanta crudeza. Y al saberlo, ayudará a Ana a lidiar con vuestra madre cuando tú, Isabel, ya no estés aquí.

Las dos hermanas intercambiaron una mirada mientras Ignacio aguardaba

expectante. Asombrado, vio que sin hablar, como si se leyera el pensamiento, consiguieron que una chispa de entendimiento se cruzara entre ellas. Ana arqueó una ceja, Isabel movió imperceptiblemente la cabeza y, al unísono, las dos se volvieron hacia él para hablarle casi al mismo tiempo:

—Por supuesto —dijo Isabel, clavando muy seria sus ojos en los de él.

—Te estaré muy agradecida, y a tu madre también —aceptó Ana algo más azorada.

—Es un alivio para mí que nos dejéis ayudaros —sonrió por fin su primo—. Así me quedo mucho más tranquilo —y haciendo un gesto a Ruth le indicó que se despidiera, pues ya debían marcharse—. Espero que la próxima vez que nos veamos todo vaya mejor, queridas primas.

—¿Cuándo te vas, Ignacio? —preguntó Ana.

—Mañana iré a Madrid a ver a algunos amigos y después volveré a ese país que tanto horroriza a vuestra madre —explicó con un deje de humor algo triste.

—No le hagas ni caso, vive en su pequeño mundo y todo lo que ocurra más allá de la isla del faro no le interesa —Isabel hablaba con rabia y decisión, y por eso, vehemente, se dirigió a Ruth para hablarle también a ella—. Perdónanos, siento muchísimo que hayas tenido que asistir a este espectáculo. Disculpa la insolencia de mi madre, es su manera de defenderse de lo que no conoce, y tú representas muchas facetas de un mundo nuevo que ella ve como un enemigo.

Ignacio cogió del brazo a su acompañante, que sonreía a Isabel para darle a entender que no debía excusarse por una actitud de la que no era culpable, y sonrió con afecto a sus primas:

—Cuidaos mucho y llamadme si necesitáis algo.

—¿Al país africano? —la pregunta de Ana arrancó la primera carcajada espontánea de Ignacio en toda la noche.

—Al país africano. Y no dudéis que vendré...

Después de la despedida Isabel y Ana se quedaron solas y melancólicas.

—Mira la bahía, Isabel, está tan triste como nosotras. ¿Tendrá alma el mar?

Isabel rió, sorprendida:

—No, Ana, ni el mar ni nuestra madre tienen alma. Pero no te preocupes, algún día lo entenderás.

Cogidas de la mano entraron en el lóbrego *hall* de su casa pensando en el primo que había vuelto para irse y en la nostalgia del adiós.

Ignacio, desde la que había sido su habitación juvenil en casa de sus padres, contemplaba también la bahía. Los recuerdos se cruzaban hasta confundir unos momentos con otros en el tiempo. Se veía de niño jugando en el misterioso jardín de la casa de sus abuelos, solo ante la exuberante profusión de arbustos, setos, parterres y enredaderas en diversos verdes. Sentía, notaba todavía como si fuera entonces, un

vago temor a monstruos indefinidos que fueran a abalanzarse sobre él surgidos del amparo que les proporcionaban las hojas.

Repentinamente otra imagen empañaba ésta, la de Clara, su tía, joven y guapa, soltera todavía, feliz, radiante, anunciando a la familia, reunida una tarde de primavera en el mirador del jardín, su inminente compromiso. Sonreía, sus dientes eran pequeños y puntiagudos como los de un pescado, pensó, y la devoción que sentía por ella, tan guapa, tan joven, tan simpática con su único sobrino, un niño aún pero, a pesar de sus ocho años, ya un admirador en potencia, fue dejando paso a una inquietud indefinida que no sabía muy bien describir. Las palabras de los cuentos de hadas de su madre acudieron a su mente, y las frases que siempre repetían los malos no dejaban de sonar en su cabeza. ¡Son para comerte mejor!, reía su tía, y ahora sus hijas, sus propias hijas, como las princesas de los cuentos, valiente la mayor, inocente la pequeña, eran quienes estaban a punto de ser devoradas por ella, un insecto enorme y hostil, que las perseguía y acechaba tras los árboles del jardín.

De golpe despertó de sus ensoñaciones y volvió confuso a la realidad. Había bebido demasiado quizá, o tal vez era la falta de sueño lo que le hacía pensar en cosas tan extrañas. Pero era comprensible que no pudiera dormir. No se le iba de la cabeza la cena y la patética conducta de Clara durante ésta.

«Qué cena, qué madre, pobres niñas; atrapadas en una tela de araña que las asfixia y atrae al mismo tiempo, que nos asfixia y atrae a todos porque, es innegable, es muy fácil dejarse fascinar por la locura que empaña a la soberbia tía Clara pero, al tiempo, la hace brillar. Hablaré con mamá y le contaré el grado de deterioro al que ha llegado su cuñada. ¿Cómo es posible que viéndola con frecuencia no se dé cuenta? — decidió sin dudar—. Isabel se va a estudiar a Madrid, es independiente e inteligente, pero Ana... Es una niña, infantil y dócil. Hay que rescatarla de este mundo pequeño y provinciano. No podemos ignorar su situación y dejarla sola. No podemos ser tan mezquinos».

Volvió a la cama y, vencido por el cansancio y la tensión vivida aquel día, ahora sí se durmió. Tuvo pesadillas. Las protagonizaban sus primas: una vivía atrapada en una casona enorme, la de sus abuelos, cuyas ventanas estaban cegadas por la tela que tejía sin cesar una enorme araña. La prima atrapada en la casa no tenía cara, no era más que un bulto que desde el exterior podía verse tras la ventana, tapada por hilos gruesos como cuerdas. Él supuso que se trataría de la pequeña. La otra prima se había convertido en médico y cuidaba niños en África. Niños con moscas en los ojos, con hambre, que lloraban. Pero, curiosamente, su cara no era la de Isabel, sino la de Ana.

El teléfono sonó de repente. Ignacio, envuelto en una cápsula de calor asfixiante, buscó a tientas el origen del sonido. Enredado en el mosquitero, la única y frágil barrera que podía interponer entre la ferocidad de los insectos y su propia piel, descolgó confundido, pero la comunicación se cortó.

Sumido todavía en el sopor del sueño lleno de pesadillas que provocaba la quinina, único antídoto contra la malaria, volvió a descolgar en el momento en que el aparato sonaba de nuevo.

—Ignacio, soy mamá, ¿me oyes? Ha muerto la tía Clara, se ha suicidado. Tienes que venir cuanto antes. Confírmame tu llegada —se oyó un sollozo ahogado al otro lado de la línea.

—Pero... ¿Cómo ha sido? —confuso, recién salido del sueño, no acertaba a dar crédito a lo que oía.

—No sé, parece que se ha tomado un bote entero de somníferos o algún otro tipo de pastillas, ahora no sabría decirte exactamente cuáles.

—¿Estás segura? La tía Clara podía estar muy desquiciada, pero no parecía una suicida.

—Qué desgracia, hijo, qué desgracia, dos chicas tan jóvenes, apenas unas niñas, y ahora huérfanas... ¿Tú crees que hay diferencia entre que se tomara las pastillas por accidente o lo hiciera aposta? —su tono de voz, antes apenado, se endureció de pronto—. Por supuesto, para guardar las apariencias diremos que fue un accidente, si eso es lo que te preocupa, además con Clara, en el estado en que estaba últimamente, cualquiera sabe. Ahora lo importante es que no dejemos a esas dos pobres criaturas solas. Por eso es tan importante que vengas, Ignacio. Tienes que venir, es tu deber —sin darle tiempo a pronunciar ni una palabra más, su madre colgó.

Sentado en su cama, despeinado y sudoroso, Ignacio recordó sombríamente a su tía y su cara desencajada la última vez que la vio, cuando, sostenida por una doncella, subía trabajosamente las escaleras para ir a su dormitorio y, casi a punto de perder el equilibrio, se volvió para despedirse de él con la mano y una mueca horrible, triste, rota, que quería ser una sonrisa tan digna como antes, en su juventud de esplendor.

Tuvo la certeza, que ya había sido capaz de entrever incluso el día de aquella lejana cena de hacía dos años, de que Clara había ido perdiendo su honor y el respeto a sí misma a pasos agigantados. Se tiró en caída libre. No se resignaba a que su mundo se viniera abajo y, finalmente, quiso caer con él.

Pensó fugazmente en sus primas; apenas podía decir que las conociera, la diferencia de edad entre ellos había hecho imposible cualquier relación en el pasado. Cuando él era un adolescente ellas eran niñas y, cuando ellas por fin fueron

adolescentes, Ignacio era ya un adulto posiblemente inalcanzable para ambas, alguien con quien no se podía hablar de ningún tema común y que no las comprendería. «Pero ahora son adultas y esa diferencia ha desaparecido», pensó con un cierto atisbo de esperanza. «Tal vez ahora pueda hacerles comprender que pueden contar conmigo, que pese a la distancia no las dejaré solas, no les fallaré».

Era curioso hasta qué punto se sentía responsable de ellas. Al fin y al cabo no las había visto más que en contadas ocasiones, todas relacionadas con celebraciones familiares. ¿Entonces por qué le preocupaban tanto? ¿Porque nunca tuvo hermanas? ¿Porque las sentía desvalidas, indefensas, huérfanas y, habiendo sido tan extremadamente protegidas, sobre todo tan ignorantes de la vida?

Lo cierto, reflexionó, es que él era el único familiar cercano aparte de su madre. Sus abuelos, paternos y maternos, habían muerto también y, por desgracia, William era hijo único, y todos los parientes por vía paterna vivían en Inglaterra.

«Es por eso que me siento tan vinculado a Ana e Isabel aunque no las haya tratado apenas, porque sé que soy el único hombre de su familia, el único con el que pueden contar».

El entierro de Clara de Arzaga fue como todo lo que había marcado su vida, o al menos la que había transcurrido de puertas para fuera: impecable.

El cementerio frente al mar, en uno de cuyos extremos, flanqueado por altos y solemnes cipreses, se alzaba el impresionante panteón familiar, proporcionaba una curiosa sensación de serenidad estética frente a la tragedia de la muerte de una persona tan joven. Clara había muerto a los cuarenta y dos años. «En la flor de la vida», como decían entre susurros algunas de sus amigas. «Ni siquiera le ha dado tiempo a conocer a un nieto», comentaban otras. «Nunca llegaré a hacerse vieja», pensaban, pero no decían, la mayoría.

Sus hijas, de riguroso luto, flanqueadas por su primo Ignacio y su tía Ángela, y un sinfín de primos segundos, parientes y conocidos, caminaban serenas, lentamente, tras el féretro cubierto de rosas blancas, sus flores preferidas.

Ana e Isabel mantenían la compostura en todo momento y, cogidas del brazo, casi se diría que sosteniéndose mutuamente, avanzaban solemnes, refugiadas en un mundo interior que aislaba su dolor de todo lo que las rodeaba. Nadie vio ni una lágrima; nadie podría decir que las hijas de Clara de Arzaga dejaron de seguir sus indicaciones incluso ese primer día del resto de sus vidas en que ella no estaría presente. «Una dama no muestra sus emociones más íntimas en público», «Una señora educada no llora más que en soledad», «La elegancia es incompatible con la pena», «Nada de sollozos ni de gimoteos, eso es para las niñas maleducadas, no para mujeres hechas y derechas».

Ignacio, muy cerca de ellas, pendiente del más mínimo gesto, las vigilaba con el temor de que se vinieran abajo, pero poco a poco el cuidado fue dejando paso a la admiración.

«Dignas hijas de sus padres», pensó mientras las contemplaba frente al féretro de la que había sido su ejemplo, su guía, su carcelera más tarde y, en suma, su madre. «Es increíble, ni un suspiro, ni un lamento. Mantienen en todo momento el control sobre ellas mismas y sus sentimientos. ¿A qué disciplina las han sometido que casi no parecen ni humanas?»

El cortejo fúnebre había llegado por fin ante el panteón. Las dos hermanas se detuvieron y aguardaron de pie, serias, tranquilas y dignas, a que el féretro de su madre fuera introducido en el mausoleo.

Mientras contemplaba cómo los restos de Clara y su amenazadora influencia se alejaban para siempre de ella, Isabel sintió que la consternación envolvía sus sentidos sumergiéndola en un abismo de vacío en el que no se contaba el dolor.

«Esto no es pena ni tristeza. Es ira, es perplejidad, pero no dolor ni desolación», pensó con frialdad no exenta de arrepentimiento.

Nunca habían tenido una relación estrecha, nunca se habían comprendido, nunca habían estado cerca la una de la otra pero, con todo, esta ausencia de sentimientos era más terrible que el odio o la aflicción.

Su mente estaba en blanco, asombrosamente indiferente, horriblemente serena. Cuando perdió el ataúd de vista, sólo pudo pensar, con un atisbo de liberación que se le escapó con un suspiro: «Ya está, se acabó».

De inmediato se mordió los labios en una mueca inconsciente cuyo auténtico significado creyó que nadie podría adivinar. Echó una ojeada furtiva a su alrededor, pero no parecía que ninguno de los presentes reparara en su expresión. «No me gustaría tener que reconocerlo ante nadie, sé que es tremendo, pero he de ser sincera y admitir que es así: lo único que siento es alivio. Por fin este suplicio terminó».

Sin embargo sí había una persona cerca capaz de intuir los sentimientos contradictorios que estaba viviendo. Ignacio, pendiente de ella y dispuesto a intervenir si fuera preciso.

Sus ojos se encontraron e Isabel necesitó justificarse. Con una intensidad desesperada que evidenciaba la necesidad de ser comprendida, se acercó a su primo y le susurró:

—La quería, de verdad que la quería, o al menos la quise algún día. Pero no la entendía. Éramos muy diferentes, demasiado. Aunque eso no quiere decir que no la quisiera o que no lamente que el final sucediera así, con tanta amargura, tan rápido.

Él asintió con un parpadeo con el que quiso darle a entender que la comprendía,

que no necesitaba excusarse ni mucho menos explicarse. Lo había visto todo, el odio, el rencor reprimido en Clara, la envidia de una juventud que no era la suya, la compasión hacia sí misma, el narcisismo, el egoísmo exacerbado, el desdén por sus hijas... Y también el alcohol.

Isabel, aliviada, le sonrió fugazmente y, prestando atención a su hermana, pálida y frágil, casi en apariencia a punto de romperse, se colocó y preparó para recibir el pésame de caras y personas que se entremezclaban ante ellas.

Ignacio no pudo vencer la tentación de seguir contemplándolas para apreciar, una vez más, el contraste que producían las dos hermanas una junto a la otra.

Ana, frente a la seriedad, casi la dureza de Isabel, era todo dulzura y calidez. Si la hermana mayor representaba la fuerza, la inteligencia, la voluntad de plantar cara a las adversidades y luchar por salir adelante pese a todos los contratiempos, en la pequeña, sus gestos, su modo de besar una mejilla, su afabilidad al apretar una mano amiga evidenciaban el triunfo del corazón frente a la razón, de los sentimientos, incluso contenidos, frente a la lógica.

«De hecho», pensó su primo, «Isabel parece estar más allá de este sitio, en algún lugar seguro y tranquilo donde nada de esto está pasando. No llega a fijarse en ninguna de las caras de toda esta gente que la abraza y la estrecha, juraría que dentro de su cabeza no existimos ni existe este cementerio. Quién sabe, puede que esté en África, curando niños enfermos, o en Madrid, en alguna de las aulas de su facultad. En todo caso está lejos, y si puede soportar esta ceremonia eterna es porque sabe que, en el fondo, nada de esto es real. Sólo es real para ella la vida que la espera ahí fuera».

En cambio Ana se reveló ante sus ojos mucho más cercana y afable. Una joven sencilla y cariñosa tan agraciada por dentro como por fuera, sumamente evidente, acogedoramente natural. «Parece hecha ex profeso para este tipo de acto social. Está en su ambiente rodeada de todas estas personas a quienes, con toda probabilidad, casi ni conoce. Es mucho más simple que su hermana, de eso no hay duda, y estoy seguro de que ni siquiera ha llegado a calibrar todavía todos los aspectos y consecuencias de esta nueva situación. Confía en la gente, se deja llevar y tiene fe en que llegará un futuro mejor para ella aunque ni siquiera se haya parado a pensarlo. Tiene una ingenuidad innata, deliciosamente inconsciente, pero, al contemplarla, bien vale por todo este horrible viaje desde África, sólo por verla, entre guantes negros, coronas fúnebres y llantos. Y a pesar de todo, todavía puede sonreír a ratos».

Después, cuando todo acabó, la familia se trasladó a la casa para reunirse en la intimidad y tomar algunas decisiones urgentes.

Sentadas en la biblioteca, que permanecía inalterable, con sus flores frescas recién

cortadas, como si la muerte se hubiera ocupado de ellas ese mismo día, y el aroma del perfume de Clara todavía flotando en la habitación, Ana e Isabel aguardaban, nerviosa una, indiferente la otra, a que el abogado de la familia diera lectura al testamento de su madre.

Ignacio, sentado junto a su madre, las contempló con afecto y les sonrió para darles ánimos. Era consciente de que en este momento la soledad de sus primas se hacía mucho más patente que durante el entierro. Una vez conocieran la última voluntad de Clara, después de que ellos se hubieran ido, las hermanas se quedarían solas, absolutamente solas, y comprenderían que ellas dos componían su única familia. Que estaban solas frente al mundo.

Pero eso vendría después, ahora todavía quedaba un último trámite relativo a su madre por solventar, un hilo pendiente que las seguía atando a ella.

El abogado, a quien las hermanas conocían como «tío Luis» aunque no les unieran lazos de sangre, pues era amigo de la familia desde antes incluso de la boda de William y Clara, comenzó a leer las disposiciones con voz tediosa, saltando de la descripción de una propiedad a otra hasta que, al cabo de hora y media, las que habían sido todas sus propiedades estaban repartidas y distribuidas. Todo estaba concluido, todo lo que fuera suyo tenía ya nuevos dueños. Incluso las joyas, custodiadas en el banco, que antes habían pertenecido a su abuela o hasta a su bisabuela, fueron repartidas a las hermanas en una agotadora letanía.

Ante la imperturbabilidad de sus primas, como si no fueran conscientes de las propiedades y la fortuna que acababan de recibir, Ignacio se sintió en el deber de aclararles, de asegurarles que su futuro, al menos en lo económico, estaba resuelto:

—No os preocupéis, no os faltará de nada. Tomaremos las medidas necesarias para que no tengáis el menor problema de liquidez, sin que tengáis que preocuparos por acudir a los bancos o hacer efectivo vuestro dinero. Podemos asignaros una cantidad mensualmente y...

Isabel sonrió con gesto cansado.

—No te preocupes, Ignacio, lo hemos entendido perfectamente. Si no mostramos sorpresa es porque sabemos que esto está organizado desde hace muchísimo tiempo. El dinero lo teníamos en fideicomiso y ahora, al morir mamá, podremos disponer de él. Las acciones y el negocio seguirán gestionados por el consejo y los gerentes; todo está controlado. Así lo dejó mi padre a su muerte, aunque fue repentina él ya lo tenía todo organizado desde hacía años para garantizar nuestra seguridad. Al parecer era muy previsor. O eso, o no se fiaba del todo de dejar la gestión de nuestra fortuna en manos de mi madre. A fin de cuentas, él la conocía mejor que nadie.

Ángela y su hijo respiraron aliviados. Al menos las chicas eran capaces de valorar su situación y, al parecer, encargarse de sus bienes con responsabilidad.

—Bueno, pues parece que esto al menos está arreglado —dijo su tía, dirigiéndose a las jóvenes—. En cuanto a la casa, ¿qué pensáis hacer? ¿Habéis hablado entre vosotras de dónde viviréis?

La pregunta quedó sin responder unos segundos. Isabel ya iba a contestar a la madre de Ignacio cuando Ana, que había permanecido callada durante toda la conversación, habló de repente, clavando en Ignacio sus iris celestes con insólita intensidad.

—Estoy sola, Isabel ya no vive aquí y yo tengo ya dieciocho años. ¿Te casarías conmigo?

La perplejidad inicial dio paso a la hilaridad.

—No te preocupes —la tranquilizó él con tono paternal después de que hubiera transcurrido un rato que todos, hasta el abogado, aprovecharon para reír y, con la excusa del comentario de Ana, desahogar la tensión a que les había sometido primero el entierro y después la lectura del testamento—. Ahora estás abrumada por todo lo que ha ocurrido y es lógico que te asustes y no pienses con claridad. Pero debes estar tranquila, sabes que tanto tú como tu hermana podéis contar conmigo para lo que queráis.

Ana, impasible, sonreía a Ignacio con cierto desvalimiento y se agarraba a cada una de sus palabras. Sin que pareciera darse cuenta, las absorbía con fruición y las anudaba para hacer con ellas un dibujo de promesas que le envolvieran y le ataran a ella.

—¡Qué pena que te vayas tan lejos! —le respondió, posando sus ojos líquidos y azules en él—. ¿Qué vamos a hacer nosotras ahora?, ¿vendrás cada vez que puedas?

Isabel asistía pasmada a la transformación de su hermana. No daba crédito a su actitud, no la reconocía en esa táctica victimista y chantajista, no podía creer que quien hablaba así fuera Ana, con la que había crecido, con la que compartía tantos recuerdos buenos y malos, tantos secretos, a la que hasta ahora había creído conocer. ¿Tanto había cambiado desde que ella se fuera a Madrid? ¿Cómo era posible que en sólo dos años se hubiera vuelto así? ¿Había sido acaso la influencia de Clara, que había hecho mella en Ana desde que ella se fue?

Se sentía traicionada, le parecía estar de pronto inmersa en una pesadilla que, después de todo lo vivido con Clara, parecía condenada a repetirse, como si ahora que su madre estaba muerta y enterrada hubiera decidido perpetuarse, instalar su espíritu en la persona más impensable, su propia hermana.

«Es inaudito», se dijo dolida y desilusionada. «Acabamos de enterrar a mamá y ya está apropiándose de su lugar y de su manera de actuar, yendo a lo suyo sin contar con los demás, pensando solamente en ella».

Ignacio, por su parte, intentaba descifrar los mensajes de Ana ocultos en aquellas frases aparentemente inocentes y la mirada oscura y retraída de Isabel sobre ambos.

Ante el silencio de los demás, fue Ángela quien habló con calma, muy despacio, empleando el mismo tono que usaría si Ana fuera una niña a la que había que convencer para comer la merienda o irse a dormir:

—¿Por qué no te vas con Isabel a Madrid? En esta casa te vas a sentir muy sola. Podrías empezar a estudiar algo que te gustara, yo me ocuparía de la intendencia de la casa para que, cuando regresarais a pasar las vacaciones, pudierais encontrarla igual que siempre y...

—No, ni hablar —la interrumpió rápidamente Ana con contundencia—, yo me quedaré aquí para esperar a Ignacio. Y sé que no estaré sola, seguro que mi hermana viene los fines de semana para estar conmigo.

De un plumazo la inocente, la cándida niña huérfana a la que había que proteger, por quien había que pensar y decidir, había tomado las riendas de su vida y su futuro y, además, había implicado en su destino los caminos de los demás, cargándoles de obligaciones y deberes hacia ella.

El silencio, sorprendido o tal vez indefenso, de los presentes nuevamente se instaló en el salón. Nadie dijo nada. Todos callaban: Isabel con su mirada furibunda, Ángela absolutamente atónita, el abogado convenientemente al margen y Ana, tan tranquila, tan convencida de lo que acababa de decir, tan inconsciente y tan ajena.

Y en aquel momento Ignacio supo que se casaría con ella. A pesar de la diferencia de edad, de tener sentidos de la vida diferentes, hasta de su vinculación Familiar y, sobre todo, a pesar de una intuición que tarde o temprano lo acosaría como una realidad inevitable que no supo frenar a tiempo: esa boda sería el mayor error de su vida.

Segunda parte

Primavera de 1964

—Va a ser una ceremonia preciosa. Íntima pero preciosa —dijo Ana con entusiasmo al tiempo que llena de excitación se aferraba a las manos de su novio y las apretaba emocionada.

A sus pies, sobre la hierba recién cortada del jardín, reposaban un sinnúmero de revistas, catálogos y diversas pruebas de imprenta con diferentes tipografías que entremezclaban las iniciales de sus apellidos en lo que serían las invitaciones para la boda.

Ignacio, que disfrutaba de unos deseados días en su ciudad, libre por fin de sus compromisos, se rió ante la catalogación de «íntima» y, también, ante la exaltación de su jovencísima novia.

—Pero si vamos a ser quinientos, Ana. Eso será cualquier cosa menos íntima.

—Tienes razón, pero piensa que si mamá viviera hubiéramos sido mil o mil doscientos. Ya sabes cómo era en todo —repuso ella con gesto infantil.

La alusión a Clara hizo que el rostro de Ignacio y su expresión feliz se ensombrecieran por un momento. Habían pasado dos años desde su muerte, dos años como medida prudente de luto, de separación del mundo visible, de la vida social pública y festiva en la que tanto ella como sus hijas solían participar con asiduidad. Desde entonces, tanto Ana como Isabel habían procurado, por expreso deseo de ambas, vivir al margen de cualquier tipo de acontecimiento festivo.

En cierto modo, reflexionó Ignacio mientras contemplaba cómo Ana pasaba interesada páginas y más páginas de un figurín especializado en trajes de fiesta y de novia, es como si las dos hermanas achacaran el declive emocional y físico de Clara al enclaustramiento que se vio obligada a soportar durante su luto por William. Para una mujer como ella, acostumbrada a brillar y destacar en todos los actos sociales que se celebraban en su ciudad, aquel encierro que tuvo que guardar para cumplir con unas convenciones estrictas y provincianas que poco menos que arrinconaban en su casa a la viuda y la alejaban de cualquier fiesta, de cualquier acto, por el mero hecho de carecer de un varón que la acompañara, fue una condena, un entierro en vida que hizo que su existencia se volviera monótona, aburrida y carente de sentido. Por eso Ana e Isabel, creía él, se empeñaban en no participar ahora en ninguno de esos cócteles, té o meriendas: tal vez tenían miedo de acostumbrarse a esa existencia, volverse adictas a la despreocupación y la alegría. Quizá, habituándose a esa monotonía buscada y, en cierto modo, disfrutada, pretendieran evitar el derrumbe emocional y la soledad que torturó a su madre.

En aquellos dos años desde el entierro de su tía poco a poco todo había ido volviendo a la normalidad, ya no había habladurías sobre Clara, ni esa lástima

pegajosa y abochornante con que asediaban a sus hijas huérfanas, en misa o en cualquier pequeño paseo por el centro, todos aquellos conocidos que, de un modo ridículamente ostentoso, alardeaban de su cariño, de su enorme compasión hacia ellas.

Eran invitadas constantemente a todo tipo de actos sociales. La presencia de Ana, más guapa cada día, era anhelada y esperada en todo baile, puesta de largo, reunión o recepción y, sin embargo, tanto ella como Isabel, en las numerosísimas ocasiones en que pasaba fines de semana o festivos en la casa de la bahía, seguían negándose a salir, a conmemorar el más mínimo acontecimiento, a ser como los demás.

A Ignacio le gustaba esta diferencia. Veía en ambas un tesón, una independencia y en cierto modo una rebeldía de la que no podía menos que admirarse a pesar de que en los últimos tiempos había comenzado a sospechar que, al menos para Ana, aquel aislamiento empezaba a ser excesivo, de ahí que celebrara con un exagerado entusiasmo el que la joven se volcara en la planificación de la boda y, en un alarde de generosidad muy típico de él, se ofreciera a colaborar con fingido interés, durante el tiempo que durara su estancia, en todos los preparativos.

En realidad tanto para Ignacio como para Isabel aquel matrimonio y su costosa y aparatosa organización habían supuesto una inesperada maniobra de distracción que aceptaban con alivio y agradecimiento.

La ciudad había acogido con insospechada y desproporcionada expectación el anuncio de los esponsales de la menor de las hijas de William Tyler y Clara de Arzaga. En un ambiente carente de grandes acontecimientos, la fecha de la boda era esperada por muchos con gran interés. A fin de cuentas la novia era heredera de una de las mejores familias de la zona e hija, además, de una gran mujer ya casi legendaria por su belleza y elegancia. Y qué decir del novio, no sólo era un hombre de mundo, un diplomático con un brillantísimo futuro sino, y esto tal vez era lo que más comentarios suscitaba, primo carnal de la preciosa Ana y, por supuesto, heredero también de la otra rama de la fortuna de los Arzaga.

Conscientes del enorme cúmulo de intereses, comentarios y curiosidad que provocaba la boda, Ana y la tía Ángela, su futura suegra, se habían volcado en un impresionante despliegue de actividad destinado a decidir, comprobar y ensayar hasta el más mínimo detalle.

Traje de novia, música de la ceremonia, menú, arreglos florales, joyas, decoración de la sala del banquete, peluquería, pastel nupcial, maquillaje, contratación de la orquesta que tocaría el vals con que los recién casados abrirían el baile y, por supuesto, la tramitación de la bula papal que permitiría a los contrayentes unirse en la «sagrada alianza», todo era supervisado y comentado entre ambas durante días con suma seriedad, como si previeran que cada uno de los aspectos de ese gran día sería analizado después y comentado hasta la saciedad en los meses y los años venideros

por todos aquellos que asistieran.

—Entiéndelo, es una gran responsabilidad para los dos —le explicaba Ana a su prometido con tono trascendental cuando éste le reprochaba tantos desvelos y hasta, en ocasiones, la falta de sueño que la inminencia de la fecha comenzaba a provocar en ella—. ¿No te das cuenta de que las expectativas en torno a nosotros son altísimas? Nuestros padres fueron muy importantes aquí, y tú y yo somos sus sucesores. No podemos fallar a su memoria y casarnos de cualquier modo. A ellos no les gustaría, y a nuestros abuelos tampoco.

Cada vez que oía esos argumentos, se veía tentado a responderle que ellos no se debían más que a sí mismos. Sus padres habían muerto demasiado pronto y eso, por suerte o por desgracia, les hacía depositarios de un legado tan injusto como inmerecido del que debían disfrutar lo máximo posible sin remordimientos ni creerse portadores de ningún vestigio del pasado. No eran una losa, ni un castigo, ni una cota del éxito, la belleza, la riqueza, la inteligencia o la dignidad que sus antecesores lograron alcanzar y ellos tres, Ignacio, Ana e Isabel, debieran superar. Aceptar así su herencia, tanto en lo personal como en lo material, era otorgarle demasiado poder sobre el rumbo de sus vidas, les negaba toda libertad.

El más vivo ejemplo de todo eso que pensaba lo constituía la misma celebración de su boda. Se trataba de un acto que iban a protagonizar ellos y debía hacerse a su manera, no a la de un público morbosos y cotilla que asistiría dispuesto a sacar defectos, a alabar o hundir a todos los que se dejaran ver ese día.

Ignacio, a sus treinta y tres años, era todo un adulto y no se sentía en deuda ni con su apellido ni con su ciudad. Pero tenía la suficiente lucidez como para darse cuenta de que Ana, recién instalada en la veintena, no pensaba lo mismo. Es más, sospechaba que ella y también su propia madre, Ángela, ansiaban una ceremonia brillante para hacer olvidar a la ciudad la vergüenza de la muerte, nunca del todo esclarecida, de Clara.

En su selecto círculo de amigos, nunca llegó a decirse públicamente que Clara se hubiera suicidado y, como ya avanzara Ángela cuando habló con su hijo por teléfono para comunicarle la noticia, se hizo correr un tupido velo sobre las verdaderas causas de su muerte. Doctores vinculados a la familia certificaron que se produjo una ingestión errónea de medicamentos, pero no se especificó en qué cantidades aparecían éstos en el organismo, de manera que se dejaba la puerta abierta a la posibilidad de que la muerte se debiera a una reacción alérgica o a la administración accidental de una dosis incorrecta, antes que a la simple y contundente verdad de que Clara de Arzaga se hubiera tragado un bote entero de pastillas con la ayuda de una botella de ginebra, que se encontró vacía a sus pies.

Gracias a esta elaborada versión oficial, además de evitar el escándalo que hubiera supuesto el suicidio, se consiguió que pudiera ser enterrada en el panteón familiar.

Sin embargo, dos años después, la gente seguía hablando y murmurando. La viuda de William Tyler, la preciosa hija de los Arzaga, la refinada madre de dos jóvenes tan agraciadas como Isabel y Ana, había sido demasiado conocida y envidiada como para que su repentina desaparición, tras una época de degeneración física y mental que algunos, en contadas ocasiones, pudieron llegar a entrever y difundir, pasara desapercibida. Por más que los médicos y las autoridades se empeñaran en tapar el caso, siempre habría malpensados dispuestos a susurrar, a comentar, a sugerir, a dejar caer que no todo podía ser tan blanco y sencillo como lo pintaban. Era muy joven, mucho, y hacía semanas, casi meses que no se la veía salir de casa. Siempre encerrada allí, desarreglada, sin hablar con nadie, sin querer recibir a nadie...

A un mes de la boda, Ana perseguía con vitalidad casi enfermiza el empeño de orquestar un acto perfecto, de vivir vestida de blanco un día que todos recordaran como el más brillante y feliz, tanto como para hacerles olvidar aquel otro gris, plomizo, en el que enlutada de pies a cabeza seguía el ataúd de su madre, una madre borracha y triste, rota, que en sus últimos tiempos no había sabido llevar con la dignidad que requería el apellido de su familia.

Ella, Ana, a quien siempre habían considerado dócil y sumisa, pasiva y apocada, volvería a lograr que los Arzaga fueran los más respetables de la ciudad, y por eso volcaba todo su tiempo y energía en las pruebas de su traje, en la selección de los pajes y la distribución de los invitados, en trazar el itinerario perfecto para el viaje de novios, en comprar la ropa interior más delicada para una noche de bodas que intuía con cierto temor pero para la que, en todo caso, quería llegar tan preparada y dispuesta como para el resto de los trámites que debía formalizar ese día. El más feliz de su vida.

Con la novia y la madrina atareadas en una espiral de encargos, recados y paquetes, Ignacio e Isabel, cada uno en su respectiva ciudad de destino, gozaban de una placentera tregua en sus compromisos familiares, libres por primera vez en mucho tiempo de la atención que despertaban, él en su madre y ella en su hermana, y del férreo control al que, aun en la distancia, ambas les sometían.

Tanto Ana como Ángela, cómodamente instaladas en su pequeña ciudad junto a la bahía, donde la vida era mucho más tranquila y agradable al margen de los ajeteos de Madrid o del nuevo destino de Ignacio en Próximo Oriente, les vigilaban estrechamente, les llamaban con abrumadora frecuencia y les requerían, con la más mínima excusa, para que acudieran a visitarlas en cuanto tuvieran un respiro. Ellos, tal vez sintiéndose culpables por haberlas dejado solas y, presuntamente,

desamparadas, invertían prácticamente todos sus días libres en acudir a su lado para hacerse perdonar el haberlas abandonado.

Pero con la inminencia de la boda todo había cambiado y se había producido una inversión en los roles. Quienes siempre habían estado habitualmente desocupadas eran ahora dos frenéticas y compulsivas mujeres que gastaban dinero a manos llenas en las compras más absurdas e inútiles; siempre atareadas, cargadas con sus cuadernos llenos de notas, citas, recordatorios y diversas opciones en cuanto al orden de los invitados, la composición de las mesas o el lugar que debían ocupar los asistentes en los bancos de la iglesia.

En cambio Isabel e Ignacio, en Madrid y Damasco, no sabían qué hacer con sus fines de semana.

Él, que muchas veces se veía obligado a coger dos y hasta tres aviones en pocas horas, corriendo contra el tiempo y la prisa a fin de conseguir pasar uno o dos días junto a su novia antes de regresar una vez más a sus compromisos, se encontró de pronto desocupado y con tiempo suficiente como para intentar incluso conocer algo mejor el país en el que estaba destinado.

Sin embargo, pronto se sintió hastiado de mezquitas, jardines y lugares incomparables. No le gustaba visitar todos esos lugares solo y añoraba las constantes exigencias de atención de Ana y de su madre.

Las llamaba, pero no era fácil encontrarlas, el servicio le informaba invariablemente, casi con hastío, de que las señoras habían salido. Pero más tarde, cuando calculaba que ya habrían regresado de sus compras, comprobaba con desagrado que ninguna de ellas le devolvía la llamada. No le quedó más remedio que reconocer, con lógica aplastante y un deje de melancolía, que era un absoluto ignorante en todo lo relativo a moda femenina, decoración floral y tantos otros temas que las mantenían ocupadas. En definitiva: no les resultaba de utilidad. Y por eso le ignoraban.

Llegó a sentirse abandonado y relegado a un segundo plano muy poco estimulante, en un acto en el que, sin embargo, sería el protagonista. Hasta ese momento había sido el hombre de la casa tanto para Ana como para Ángela, la máxima autoridad, la mente pensante y serena, quien tomaba las decisiones trascendentales y a quien consultaban hasta en los aspectos más pueriles y evidentes. Se había habituado peligrosamente a las continuas llamadas a horas intempestivas — ya que ni una ni la otra conseguían ser conscientes de la diferencia horaria—, a darles prioridad a ellas, había relegado cualquier afición, todo intento de ocio privado y solitario por complacerlas, acompañarlas y entretenerlas y, de pronto, ya no tenía a nadie a su alrededor con quien hablar, aunque fuera de tonterías, más allá de las puras y cotidianas cuestiones laborales.

Se sintió solo, aburrido y traicionado. Sin embargo logró acostumbrarse a volver

a ser dueño de su tiempo, y se dedicó a leer, pasear e incluso a poner al día su siempre atrasada correspondencia personal. Fue así como se le ocurrió escribir a su prima Isabel, su futura cuñada, más que nada con la intención de desahogarse un poco contándole su contradictoria situación tanto con Ana como con su madre: de pronto habían dejado de necesitarle, su presencia se hacía del todo superflua junto a ellas y, por si no fuera suficiente con esto, habían empezado a tratarle, en las contadísimas ocasiones en que lograba contactar telefónicamente con cualquiera de las dos, como a un niño pequeño a quien vestir, aleccionar sobre su comportamiento en el *día señalado* y reñir por su falta de interés.

—Es mejor que ahora, que ya falta tan poco, te quedes donde estás. Aquí andarías todo el día metido por el medio haciendo las preguntas más tontas y nos distraerías de nuestras obligaciones —le dijo por teléfono su madre con contundencia.

—Sabes que te adoro, pero ahora no puedo dedicarme a ti. Tengo demasiadas cosas en la cabeza y me pondría nerviosa si estuvieras conmigo y tuviera que dejar sólo en manos de tu madre toda la organización. Ya empieza a chochar, ¿sabes? —le confesó Ana con tono cómplice—, así que no puedo fiarme de lo que decide y por eso prefiero estar encima de ella controlando todo lo que hace para que al final todo resulte perfecto.

Es inaudito. La novia prefiere tener cerca a la futura suegra antes que al futuro marido, la madre no quiere saber nada del hijo, el hombre, antes el sostén de la familia, se ha vuelto innecesario y yo, en el fin del mundo, en un país donde la gente no sabe ni siquiera que en Occidente las novias se casan vestidas de blanco, me siento enormemente aliviado y feliz. ¿Tú lo entiendes?, le comentaba en la primera de sus cartas Ignacio a Isabel.

Ella, sorprendida y halagada por este giro en su relación con él, hasta la fecha muy cordial pero nada profunda, aceptó la propuesta de acercamiento que suponían las cartas de su primo y, radicalmente diferente tanto a Ana como a la tía Ángela, no dudó en seguirle el juego con sus ironías y aportar su particular punto de vista:

Nos dejan al margen porque no quieren testigos. Imagínatelas soltando grititos de excitación ante una enorme tarta blanca, o en la peluquería, con los rulos y la cara llena de potingues, haciendo las pruebas de maquillaje y peinados. ¿No te parecen frívolas?

Ignacio siempre había sabido que Isabel era extraordinariamente inteligente y lúcida, pero desconocía su sentido del humor. Sus cartas eran frescas, divertidas, críticas pero risueñas. No se sentía decepcionada por la conducta de su hermana o su tía porque, en el fondo, no esperaba nada de ellas. Representaban un tipo de mujer totalmente obsoleto, pasado de moda, casi irreal, una reliquia de otros tiempos. Ella

estudiaba una carrera, se disponía a labrarse su propio futuro, creía en su independencia y en su libertad para pensar, elegir y, por supuesto, vestir más allá de las normas de su clase, de la distinción, de la moda o el buen gusto. Sus comentarios, sus reflexiones, estaban escritos con una abrumadora seguridad en sí misma, hasta con contundencia.

Él no estaba acostumbrado a tratar con mujeres así. En su trabajo siempre era el jefe, las funcionarias de la embajada eran sus subordinadas y jamás se atreverían a hablarle de tú a tú, muchas incluso eran nativas y su servilismo abortaba cualquier intento de relacionarse con ellas más allá de la mera transmisión de órdenes y peticiones. En cuanto a sus amigas de la época universitaria, lo cierto es que las mujeres que se decidían a estudiar una carrera, como Isabel, eran muy escasas, y con las pocas con las que había tratado, como Ruth, había perdido el contacto hacía ya tiempo, más o menos desde el inicio de su noviazgo con Ana.

Por ese motivo Isabel le parecía tan fascinante, era la primera mujer con la que podía departir como una igual pese a la diferencia de edad que les separaba. De pronto se encontró esperando con ansiedad sus cartas, que, poco a poco, dejaron de hablar de las dos mujeres que les unían para pasar a temas mucho menos aburridos: libros, música, recuerdos de infancia que descubrieron en muchos casos asombrosamente similares, las más dispares opiniones sobre política, la situación social del país y del mundo, una coincidente visión crítica y negativa sobre la vida en las ciudades de provincia como la suya, donde todos se conocen, donde mil ojos vigilan, donde es imposible la libertad de vivir, como hacían ellos, libre de prejuicios o ataduras, empezando de cero, sin nadie que les conociera ni les juzgara de antemano por su apellido o ser hijo de, nieto de...

¿Crees que lograré acostumbrarme a ser el marido de tu hermana? Ella me ve como un príncipe azul, alguien que la rescate y la redima de su mundo, de su vida, pero en el fondo dudo de que realmente quiera salir de la ciudad, huir de los fantasmas y las comparaciones con su madre, contigo, que la acosan desde niña.

Es agradable, pero también muy duro, que alguien, tu futura mujer, llegue a tenerte tan idealizado como ella me tiene a mí. No sé si estaré a la altura, no sé si sabré ser un buen marido...

Dime, tú que lo ves todo tan claro: ¿no seré demasiado viejo, demasiado diferente para ella? ¿No supondré una revolución demasiado brusca en su vida, hasta ahora tan monótona, tan controlada, tan tranquila?

¿Me ves como un buen marido?

le preguntaba en una de sus últimas cartas antes de la boda a Isabel.

Su respuesta, breve y contundente, llegó pocos días antes de que, con un permiso por su inminente enlace, partiera hacia su ciudad:

No sé cómo podrá verte Ana y, si he de serte sincera, nunca te he imaginado como novio, padre, marido, hijo...

Yo, simplemente, te veo como lo que eres para mí: un excelente amigo.

Verano de 1964

Isabel, a quien le quedaba sólo un año para terminar Medicina, había anunciado a su hermana y a su tía que tenía previsto llegar a la ciudad a última hora, apenas un par de días antes de la boda. Al parecer, las horas lectivas y las prácticas se acumulaban en la recta final de su carrera y no quería perder clases ni desatender sus estudios más de lo necesario. La fecha fijada para la boda de Ana e Ignacio estaba peligrosamente cercana a la de los exámenes de junio y no quería ni plantearse el tener que dejar de preparar el examen final de alguna asignatura por haber perdido demasiados días.

Cuando llamó para comunicarle esta circunstancia a Ana, detectó un evidente alivio en su voz. Tal vez con demasiada rapidez, ésta aceptó sus argumentos y opinó que era estupendo su empeño de no desatender sus obligaciones universitarias:

—Por supuesto que no me parece mal, no te preocupes, los deberes son lo primero y yo aquí, con la ayuda de tía Ángela, me las arreglo de maravilla —la tranquilizó con vehemencia—. Ya verás qué flores tan preciosas hemos elegido para arreglar la iglesia, todo el mundo se va a quedar con la boca abierta. Nos ha costado un dineral encargarlas, pero valdrá la pena.

Isabel le aseguró que estaba deseando verlas, por supuesto, y colgó con la molesta sensación de sospechar que toda aquella conversación había transcurrido tal vez con demasiada fluidez, mucho más fácilmente que las que solía mantener, cada vez más breves, cada vez más cortantes, con su hermana.

La relación entre Isabel y Ana había cambiado de un modo sutil pero muy significativo para ambas tras la muerte de su madre. Desde que optaran por un camino diferente, por no atarse ya nunca más la una a la otra y vivir en distintas ciudades —Isabel en Madrid dedicada por completo a sus estudios de Medicina; Ana en su pequeño escenario con vistas al mar y con el tranquilo fluir de la vida en provincias—, el lazo que las unía parecía cada vez más débil. Y, sin embargo, ellas se sentían curiosamente más libres.

Podría decirse que habían instaurado una tregua de no injerencia en las decisiones respectivas, lo que no significaba que las dos ignorasen que ninguna aprobaba el modo de vida y, sobre todo, el futuro que había trazado para sí misma la otra.

«¿Para qué querrá estudios universitarios?», se preguntaba a menudo Ana cuando, tras una de sus conversaciones telefónicas cada vez más breves y lacónicas, recordaba cómo su hermana le había explicado lo mucho que debía trabajar y estudiar, el cansancio de las noches en vela repasando un temario, la impresión de las prácticas de Anatomía destripando a cadáveres que fueron en algún momento seres vivos.

«Qué porquería. ¿Le valdrá realmente la pena? Está desperdiciando su juventud, dejando pasar su mejor momento. Al final acabará con gafas y envejecida prematuramente y ningún hombre querrá ser su marido».

Pero Isabel no estaba allí, y el peso de su soledad se mezclaba con un cierto alivio. «Lo prefiero así», se decía Ana para consolarse. «De este modo podré organizado todo a mi manera, gastar lo que me venga en gana de mi herencia, porque soy mayor de edad y ya no me valen esas miraditas reprobadoras que me lanzaba y que me frenaban en el pasado».

No obstante, esas miradas cargadas de significado seguían teniendo poder sobre ella y, a medida que la fecha de la boda se acercaba y a pesar de que las visitas de Isabel se espaciaban cada vez más, habían ganado en fuerza e intensidad y persistían en su memoria aunque ella no estuviera allí, tomando tranquilamente café a su lado en el mirador del jardín con los ojos entrecerrados pensando sabe Dios qué mientras la oía hablar de los preparativos que nunca parecían tener fin.

Ana era consciente de que Isabel desaprobaba su boda con Ignacio. De hecho, se opuso de un modo frontal desde el día en que su ingenua propuesta, justo tras el entierro de su madre, desconcertara a todos.

A la menor oportunidad, en cuanto pudo encontrar un rato para hablar largo y tendido a solas con ella, Isabel intentó hacer que cambiara de idea:

—Sabes que es una niñería. ¿Pretendes resolver tu soledad casándote con una persona mucho mayor que tú y a la que apenas conoces? Es un disparate, un grandísimo error que marcará todo tu futuro y el sentido de tu vida. Creo que te estás embarcando en un matrimonio sin haberte parado a pensarlo, y que esta locura terminará por pasarte factura.

A la Ana de dos años atrás, que acababa de perder a su madre, que se sentía más sola y más abandonada que nunca, que no se atrevía a pedirle a su hermana que regresara de Madrid para vivir junto a ella y a quien la gran ciudad aterrorizaba, ese juicio lapidario de su hermana le dolió como una bofetada inesperada.

En sus escasos veinte años de vida muy pocas veces le habían hablado así, con esa franqueza hiriente, con esa sinceridad que le pareció insultante. Acostumbrada en los últimos tiempos a hacer su santa voluntad sin consultar nada con nadie, dejando pasar los días perezosa, con Isabel en Madrid y la casa casi vacía, solas ella, el servicio y una Clara ausente que apenas salía de su cuarto y nunca solía dirigirle la palabra, que no se preocupaba de si comía o no, de si estudiaba o no, de si entraba o salía con alguna de sus pocas amigas, el que su hermana viniera ahora a marcar el rumbo de su futuro, a decirle qué hacer, le pareció un insulto a su inteligencia. Una ingratitud.

—En todo caso, si mi boda te parece una locura, no podrás evitarla. Tengo veinte años, como tan bien tú le dijiste a mamá cuando quisiste irte a Madrid a estudiar

Medicina, ¿recuerdas? Yo soy la dueña de mis decisiones, y precisamente tú no eres la más indicada para darme consejos sobre nada. Te fuiste a estudiar y me dejaste sola aquí, sola con mamá borracha y loca, con Amalia vieja para plantarle cara, con la tía Ángela que no me hacía ni caso, que sólo vivía pendiente de sus actos sociales, a los que ya no podía ni quería ir con mamá... ¿Cómo te atreves ahora a decirme que te parece mal que intente solucionar por mi cuenta mi situación si nunca te preocupaste?

—Eso que me dices no es justo. Venía aquí siempre que podía para que no estuvieras sola. No tengo ni un amigo en Madrid, nada, porque cada vez que he conseguido días libres los he usado para coger un tren que me trajera a tu lado. Y al llegar siempre sentía que estaba malgastando mi tiempo porque no me hacías ni caso. Estabas con tu amiga Irene encerrada en tu dormitorio y pasabas las tardes mirando figurines y oyendo la radio sin dedicarme ni un minuto. Me daba la impresión de que sólo querías que volviera para solucionar las cuentas, los pagos y los asuntos pendientes sobre la marcha de la casa.

—Eso podíamos hacerlo perfectamente Amalia y yo. Lo que pasa es que tú venías con tus libros y tus conversaciones elevadas sobre lo fantástico que es estudiar y cada vez que te oía hacerte la importante y planear adónde irías cuando acabaras la carrera, o si serías pediatra, o si prefieres las enfermedades tropicales o si esto o lo otro, todo mirándome con pena, como si fuera una tonta que no supiera de qué hablas, pues me enfadaba y ya no me apetecía hablarte, ni siquiera tenerte delante. Por eso me metía en mi habitación. Sólo por eso.

Isabel sintió que la invadía el vértigo cuando vio el odio en los ojos de su hermana, el rencor guardado tanto tiempo mientras le decía todo aquello con esa tremenda carga de resentimiento. Tuvo que sentarse y respirar hondo para digerir y asumir toda la arbitrariedad que dejaban traslucir las palabras de Ana.

Nada de aquello tenía sentido. No era cierto, no tenía justificación.

Se dio cuenta de que su hermana no era la niña indefensa que siempre había pretendido aparentar. Pero lo que más le dolía era la mentira, el que usara sus propias palabras contra ella y les diera otro sentido mucho más doloroso, mucho más hiriente, sin duda para hacerle daño, como pago por su afán de cambiar, de madurar.

Lo cierto es que nunca había hablado en ese tono que su hermana pequeña ahora le reprochaba. Jamás se hubiera atrevido a sugerir que estuviera desperdiciando su vida o que fuera menos inteligente, más inútil que ella por preferir vivir protegida en su casa de siempre, encerrada en el pequeño mundo de su jardín frente a su mar, en su ciudad, en su bahía.

Todos sabían que a Ana no le gustaba estudiar, que no tenía ambiciones en ese sentido, que prefería emplear su tiempo ante el espejo, eligiendo vestidos, charlando de cosas banales, navegando sola por la bahía o probándose sus mil pares de zapatos una y otra vez en las tardes de lluvia antes que abriendo un libro o una novela, por los

que desde niña nunca había manifestado interés.

En cuanto a la presencia de Clara y a su locura, Ana se había negado repetidamente a asumir cualquier tipo de responsabilidad relacionada con su estado de dejadez y descontrol. Lo que la joven sentía era que ella seguía siendo la niña de la casa a quien cuidar y proteger, la débil, la desatendida. No comprendía que los papeles se habían invertido y que, a pesar de su juventud y tal y como Isabel había hecho desde la muerte de su padre, era ahora el momento para tomar su relevo y comprometerse en el cuidado y la protección de una mujer rota, ida, que apenas era capaz de mantener su propia higiene o recordar los nombres de sus hijas.

Como un fogonazo, Isabel comprendió con total claridad que no podía hacer nada respecto a la decisión que había tomado su hermana. El matrimonio con Ignacio no era, como había pensado en un principio, un encaprichamiento de Ana hacia él y su atractivo, su experiencia, su aire de hombre con clase, seguro de sí mismo. No tenía nada que ver con el amor o la fascinación. Era simplemente un plan perfectamente trazado para huir de lo que hasta entonces había sido su mundo.

Encerrada en su universo particular de revistas y radionovelas, Ana había soñado durante toda su infancia y buena parte de su adolescencia con viajes a bordo de transatlánticos, noches de fiesta vistiendo trajes de gala espectaculares, recepciones cosmopolitas en maravillosas residencias de sitios exóticos, joyas, anfitriones galantes, aventuras inigualables de la mano de su marido, el flamante diplomático.

Ahora lo entendía todo: su afán por orquestar una boda de cuento de hadas, su empeño en salirse con la suya. Ana era una niña y aquella boda formaba parte de sus sueños románticos, era una pieza esencial de la imagen que se había trazado de sí misma y de cómo sería su vida. Por eso comprendió que era inútil tratar de convencerla. Ella, caprichosamente, seguiría, incansable, defendiendo con obstinación su decisión de casarse. No iba a renunciar a él.

—No tiene sentido seguir insistiendo contigo. Tu decisión está tomada desde hace años y nunca te haré cambiar de parecer. Lo que no entiendo es cómo Ignacio se ha dejado embaucar —claudicó al final con cansancio.

—No se ha dejado embaucar, él me quiere y es el hombre perfecto: es guapísimo, tiene experiencia y nadie gestionará mejor mis intereses que alguien de mi propia familia.

—¿De eso se trata, de proteger tus intereses y tus acciones? ¿Por qué no contratas entonces a un contable? —preguntó Isabel, dejándose llevar por un sarcasmo del que se arrepintió de inmediato.

—No seas malvada —replicó Ana furiosa, porque, aunque no lo pareciera, había comprobado que su hermana aún podía llegar a leer en el fondo de sus pensamientos—. Sabes de sobra que estoy enamorada. ¿No estarás celosa, verdad, porque yo, siendo la pequeña, vaya a casarme antes que tú? ¿O lo estás porque con quien lo haré es precisamente con Ignacio?

Isabel reconoció en su ataque repentino, en la vileza de su insinuación, los

indicios de la terquedad de su madre. Esa terquedad infantil y obsesiva que tantas veces le había preocupado y que podía llegar a ser mezquina y hostil.

—No, no lo estoy. Apenas conozco a nuestro primo, igual que tú, y sabes que casarme nunca ha sido el sueño de mi vida, de modo que no tengo motivos para sentir celos de ti.

—Pues entonces no sé por qué te empeñas en chafarme y estropear la época más bonita de mi vida. Deberías alegrarte por mí en vez de reñirme —razonó Ana con lógica aplastante y un gesto en la cara de niña enfurruñada y absurda que no comprendía las razones de los mayores.

—Tienes razón. Espero que seáis muy felices —contestó Isabel finalmente, pesarosa y cabizbaja, para cerrar la discusión, y en la sonrisa de triunfo de Ana pudo ver un punto de alegría irracional que la preocupó.

Pensó que no le quedaría más remedio que hablar con Ignacio para tratar de evitar la boda, pero aún había tiempo, pensó, podría intentar conocerlo mejor antes de afrontar esa conversación difícil, de advertirle que iba a arruinar su futuro, a un hombre del que no sabía apenas nada.

Ahora, dos años después y pocos días antes de la boda de su hermana y su primo, absolutamente despierta pese al traqueteo cansino y monótono del tren que la llevaba a la celebración de una boda que intuía fallida desde el principio, Isabel rememoraba aquella conversación sin sentido ni lógica con una Ana obcecada en salirse con la suya, y no podía evitar sentirse culpable.

Pensó en Ignacio. ¿Por qué retrasó tanto ese momento que supo desde el principio que tendría que vivir? ¿Qué fue lo que la ató, qué la frenó y le impidió sincerarse con él? ¿El miedo a hacerle daño? ¿A las preguntas que él pudiera hacerle?

Sí, eso había sido, pero le inquietaba una: ¿Por qué no quieres que me case con tu hermana?

Podría contestarle con cientos, con miles de razones a cada cual más coherente y contundente, pero sólo una de todas las respuestas válidas era la verdadera.

En silencio, mirando sin ver por la ventana el paisaje que desfilaba ante sus ojos como una ofrenda maravillosa, Isabel se sintió débil y cobarde, incapaz de frenar un desastre que destruiría para siempre la vida de Ignacio y Ana y, por qué no, también la suya propia.

También reconoció otro sentimiento incómodo: los celos.

Un día antes de la boda de Ana Tyler e Ignacio de Arzaga

—Es impensable, Ignacio —le dijo Isabel.

Navegaban juntos a vela por la bahía; al día siguiente, él sería su cuñado —a menos que pudiera impedirlo— y, desde su llegada, no había encontrado una ocasión mejor para que hablaran en privado. Ana siempre estaba por el medio, enseñándoles los regalos que habían ido recibiendo, la vajilla nueva que había comprado, o los vestidos que encargaba a las más caras tiendas de Madrid para el viaje de novios, o el velo de encaje que habían llevado desde muchas generaciones atrás todas las mujeres de la familia y que había mandado a arreglar. Isabel notaba una desconfianza que no terminaba de concretarse, era como si hubiera un intento premeditado de no dejarlos a solas, como si precisamente ella, la que había mencionado los celos varios años atrás, fuera ahora víctima de ellos. Pero la duda que no terminaba de despejar era de quién tenía celos Ana, si de Ignacio o de ella.

—¿El qué? —preguntó él tranquilamente, los párpados cerrados de cara al sol, las manos sujetando firmes el timón, la actitud relajada y despreocupada del que se siente libre en vivísimo contraste con su rostro tenso en presencia de su madre y su ya casi esposa, distante ante su parloteo incesante, alejado, en su mundo, cada vez que se le hablaba de la boda o de sus planes después de casado de cara al futuro.

—Sabes de qué te estoy hablando, no te hagas el despistado —le reprochó ella, alzando la voz por encima del ruido del mar, sintiéndose algo culpable por frustrar ese pequeño momento suyo de paz—. Cometes la mayor imprudencia de tu vida. Ana no está preparada para el matrimonio y mucho menos para ser madre y seguirte por los destinos que te toquen. No te dejes manipular por ella, todavía estás a tiempo de ponerle fin a toda esta locura.

«¿Realmente puedo pararlo? ¿Estoy todavía a tiempo, como dice Isabel?», se preguntó Ignacio en silencio.

Lentamente, con tristeza, abrió los ojos, contempló el rostro de aquella joven valiente y sincera y vio por primera vez el miedo.

La entendió. No se lo dijo, pero comprendió perfectamente que llevaba sobre sus hombros el peso de una responsabilidad tremenda: la de ver con claridad el error que estaban a punto de cometer otros y el dolor de tener que decírselo pese a que con ello podría causarles un daño terrible.

Sin embargo, admirando su coraje y agradeciendo ese gesto valeroso, se negó a

seguir escuchándola.

Él también llevaba una pesada carga, casi tanto o más que la de Isabel: la de saber que, a pesar de todos los consejos y todas las bienintencionadas advertencias, estaba a tan sólo un día de cometer un error quizá irreparable del que no habría vuelta atrás. Por eso, a medida que ella hablaba, iba filtrando todos los avisos y reflexiones de su futura cuñada a un depósito mental, a un cajón blindado dentro de su cerebro que había bloqueado meticulosa y deliberadamente. No quería saber ni recordar más argumentos ni razones. En su interior, desde mucho tiempo atrás, Ignacio veía con absoluta nitidez que la decisión no tenía vuelta atrás.

Sin embargo, su prima seguía insistiendo, hablándole con pasión y vehemencia, intentando convencerle, sin desanimarse, de lo desacertado e inconveniente del paso que estaba a tan sólo un día de dar.

Decidió sincerarse, explicarle sus motivos. Tal vez así ella desistiría y le dejaría proseguir en paz y disfrutar de sus escasas, poquísimas horas ya para él en total libertad.

—Me he comprometido con Ana. Le he dado mi palabra y yo no soy de los que se echan atrás. No la haré pasar por el deshonor, por el agravio de cancelar la boda después de dos años de noviazgo.

—El agravio es instalarte en esa resignación cerril, inmadura, incoherente para alguien como tú. Hace dos años cometiste el error de aceptar casarte con ella y, a sabiendas de que es una locura, te empeñas en seguir adelante sólo por no dar tu brazo a torcer. Arruinarás tu vida, y la suya, aunque ahora creas que haces lo correcto.

—Tampoco es para tanto, no seas tan dramática, por favor. Ana no es ninguna obligación dolorosa. Es joven, guapa y divertida. Haré de Pigmalión, viajaremos, le enseñaré el mundo. Tienes razón en que es algo infantil y muy inexperta, no te lo negaré, pero crecerá a mi lado, se convertirá en una mujer. Los dos tenemos dinero, salud, belleza... Con estos ingredientes —le comentó mirándola a los ojos con una sonrisa picara, desesperada por convencerla— no veo por qué no vamos a ser felices.

—Porque no estáis hechos el uno para el otro, porque no tenéis nada en común aparte del dinero, la salud y la belleza, como tú has dicho. No quiero ofenderte, me duele hablarte así, no soy quién para juzgarte y rebatir tus decisiones. Pero soy su hermana, la conozco, sé a lo que aspira, lo que busca en ti, y creo que vuestra visión del mundo, vuestros planes para el futuro, son radicalmente diferentes a lo que tú ves en ella. Si te hablo así es porque los dos me preocupáis.

Ignacio la escuchó en un respetuoso silencio, con la cabeza baja y la vista fija en el mar. Se diría que no se atrevía a mirarla, que le bastaba con la tristeza y el miedo que tenía la voz de Isabel. Cuando volvió a hablar, su expresión y su actitud ya no eran los de un hombre seguro de sí mismo y despreocupado. Se había esfumado la máscara de frivolidad que sólo unos segundos antes había mostrado ante su futura cuñada. Ahora era él, de verdad, sin disfraces ni tapujos.

—Te entiendo, de verdad, y no sabes cuánto te agradezco tu franqueza y tu

confianza al hablarme así. Sé que para ti atreverte a hablar de esta manera te ha supuesto asumir un riesgo enorme, y te doy mi palabra de que esta conversación no saldrá de aquí. Por eso, para corresponderte, te diré por qué voy a casarme con Ana: porque es una niña indefensa y me necesita.

»¿Recuerdas la conversación que mantuvimos en tu casa hace dos años con vuestro abogado y mi madre nada más enterrar a la tía Clara? Yo sí, con total nitidez. Tú tenías veinte años y sabías perfectamente cuál era tu lugar en el mundo. Nos tranquilizaste respecto a vuestra situación y vuestro futuro. Todo estaba controlado, el dinero, tu destino, dónde vivirías, qué querías ser en la vida y adonde querías llegar tras estudiar Medicina.

»Tú eres fuerte, Isabel, y templada y firme. Tú no nos necesitas. Puedes salir adelante perfectamente sin Ana, sin nadie. Sin mí.

»En cambio Ana... ¿Qué será de ella si sigue aquí sola? Se destruirá, se ajará como le pasó a tu madre. Y es tan joven... Necesita que la protejan, que la cuiden, que la saquen de esta ciudad. Yo soy el único hombre de vuestra familia, lo he pensado muy detenidamente y me parece una crueldad impedirte que sigas tu camino por permanecer a su lado y hacerte responsable de ella. Ese paso debo darlo yo. Ana me quiere, o se ha encaprichado conmigo, o sólo busca utilizarme para cambiar de estatus, me da igual. Voy a ser su marido, voy a cuidarla, me niego a aceptar que te entierres aquí con ella, que os destruyáis, que os enterréis las dos. Lo he analizado desde muchos puntos de vista y es la mejor solución para todos, créeme.

—Te equivocas, Ignacio. No evitarás la destrucción que conlleva Ana y no arreglarás nada inmolándote. Destruirá tu mundo y se destruirá ella. Piénsalo. Aún puedes parar todo esto.

Rodearon la isla del faro en silencio; al salir a mar abierto, el barco escoró a babor y navegaron paralelos a la costa, impulsados por el viento del este.

«Este barco es en este momento mi lugar en el mundo, el único al que pertenezco», pensó Isabel mirándolo fijamente. «Sólo puedo ser yo misma con Ignacio. ¿Cómo no me he dado cuenta hasta ahora? Es la única persona con la que he logrado sincerarme totalmente, ser yo en plenitud, sin temor, con todas las consecuencias. Nunca había podido hablar así antes con nadie, ni siquiera con Ana. Pero dentro de un día será el marido de mi propia hermana, y el abismo en nuestra relación se hará cada vez más profundo. Ya no habrá más cartas, más confesiones en la distancia, más bromas o ironías o lecturas compartidas. Mañana se acabará nuestra amistad, se acabará todo, le cerraré la puerta al único hombre con el que he podido mostrarme tal y como soy y él dejará de hablar de pinturas o películas, de exposiciones o inquietudes, para pasar a comentar lo bien que le sienta el vestido a su preciosa mujer, la eficiencia que demuestra al organizar, los maravillosos hijos que tendrán».

—¿En qué piensas? —preguntó Ignacio al advertir su ceño fruncido—. No te preocupes, todo saldrá bien. Ya lo verás. Por otra parte, la endogamia es una característica de nuestra familia. ¿No eran nuestros abuelos también primos hermanos? Y fueron felicísimos.

Isabel sabía que ese comentario, tan banal y, de alguna manera, tan insustancial y vacío de contenido, no era más que una promesa de paz y tranquilidad en la que ni él mismo creía. Sólo se trataba de espejismos de felicidad, de decir algo por romper el silencio, de hablar para evitar que los pensamientos siguieran fluyendo descontrolados y los pudieran entristecer todavía un poco más. Sin embargo, aun siendo consciente de que todas aquellas frases habían sido dichas sin pensar, llenas de buenas intenciones y nulas razones, no pudo evitar analizar lo que había oído, y escandalizarse por sus comentarios sin querer pasarlos por alto:

—No se trata de que seáis primos, Ignacio. Toda mi congoja tiene su razón de ser en que sólo yo parezco ser consciente de que Ana es la persona más ajena a ti que te puedas imaginar. Es una niña que no ha madurado y quiere tu protección, pero me temo que ahí se acaba todo. En fin... Antes pensaba que esta locura no tenía remedio porque sólo yo la veía como realmente es. Ahora no sé qué pensar ni qué es peor, que no seas capaz de darte cuenta o que lo hagas y, pese a ello, te niegues a evitar la catástrofe que sabes que vendrá.

Isabel había hablado con un deje de rencor, que, por inusual, por desacostumbrado en ella, convertía todo en mucho más doloroso de lo que Ignacio habría podido imaginar jamás. Era como una losa que tapiaba para siempre su comunicación con ella dejándola sin luz ni aire. Quiso hablar para volver a explicarle por qué era irrevocable su compromiso, por qué no podía echarse atrás, pero le pareció que ya no había nada que decir, que todo estaba perdido.

Cuando pensaba que ya ninguno de los dos sería capaz de articular una sola palabra después de la crudeza de todo lo que ya se habían dicho, inesperadamente ella añadió dos frases más que le sonaron huecas, absurdas y patéticas a pesar de que sabía que eran el lugar común ineludible para intentar cerrar con un mínimo de elegancia todo lo que ya se había dicho y ocultar bajo las buenas maneras los deseos reales.

—De todos modos ya no importa. Nunca más hablaremos de esto, no tiene sentido. Ojalá seáis felices. Sabes que dudo que lo consigáis, pero os lo deseo de corazón.

Ignacio aceptó sus buenos deseos en silencio, simplemente con un imperceptible gesto de asentimiento.

Isabel, por su parte, después del esfuerzo sobrehumano que había realizado para mantener su entereza durante toda aquella terrible, devastadora conversación, estaba agotada y tensa, exhausta y tan desanimada que sólo quería silencio y seguir navegando, contemplar el mar en paz hasta volver a puerto, callados los dos, cansados ya antes de empezar a asumir sus nuevas responsabilidades como marido y

hermana, como amigos condenados a una injusta, tal vez eterna separación, a ser sólo cuñados.

No hubo más palabras ni miradas. Únicamente el ruido del mar en sus manos, el azul rodeándolos, abrazándolos, y la congoja que poco a poco comenzaba a envolverlos como el manto de niebla que empezaba a invadir la costa.

16 de junio de 1964

La boda

La catedral estaba atiborrada de flores distribuidas en racimos de lirios, orquídeas y rosas blancas que se enroscaban en las columnas y se distribuían por todas las hornacinas y baldaquines. El altar, desbordante, acogía a Ignacio y a Isabel, que como madrina de la boda de su hermana asistía con una gran sensación de irrealidad a aquel enlace que las organizadoras habían planificado para que resultara un momento de ensueño y no la pesadilla que era para ella.

Tía Ángela, a quien como madre del novio le hubiera correspondido el honor de ser la madrina, había rechazado desde el mismo instante del compromiso ese papel en favor de la hermana de la futura esposa, pues consideraba que, ya que ambas eran huérfanas y una constituía toda la familia de la otra, era mucho más justo que Isabel ocupara su lugar. A ésta no le cabía duda de que ese gesto había sido un acto de auténtica generosidad en su tía; sin embargo, lo que para su tía era un honor, para ella misma no era sino un suplicio, una especie de broma de mal gusto, una jugada un tanto macabra del destino.

Se sentía culpable, traidora, deshonesta. La tarde anterior había intentado por todos los medios hacer desistir al novio de su intención de casarse, incitándole a él, que era todo un caballero, a que rompiera la promesa que el día de la pedida de mano hiciera a su única hermana, y ahora allí estaban, vestidos los dos de etiqueta, él elegante y sereno, la piel curtida por el sol y la brisa del mar, con una pequeña flor de azahar en el ojal de su chaqué; ella, espectacular de azul turquesa, con un impresionante collar de brillantes y perlas que había pertenecido a Clara y toda la rotundidad de su belleza exótica y morena, aguardando a una novia que, aunque quizá no lo supiera, era la única realmente ilusionada ante aquel matrimonio y que, como era preceptivo en todas las bodas, se retrasaba.

Ana hizo su entrada del brazo del orgulloso y venerable tío Luis, el abogado y viejo amigo de la familia, diez minutos después de la hora prevista para el inicio de la ceremonia.

El vestido de pesado satén blanco hielo arrastraba una cola larga sostenida por varios pajes, niños y niñas con idénticos vestidos y trajecitos de raso azul, hijos de parientes lejanos de los contrayentes o, en algún caso, de amigas de la novia. La espléndida tiara de brillantes, la joya más destacada de la herencia familiar, sujetaba el velo de encaje de Bruselas que numerosas generaciones de mujeres Arzaga habían

llevado antes. Bajo el velo, el rostro de Ana sonreía con la satisfacción y el orgullo indisimulado de haber, por fin, alcanzado una meta.

A su paso, todos admiraban su belleza de princesa de cuento.

Cuando llegó al altar del brazo de su padrino y se separó de él para colocarse junto al que sería su marido, Ignacio la contempló sonriente, halagado porque una muchacha tan hermosa fuera a ser suya, y no pudo evitar decirle en un susurro:

—Estás preciosa.

—Gracias, lo sé —contestó ella absolutamente tranquila.

Esa misma tranquilidad, que fue tal vez uno de los aspectos más comentados durante los días que siguieron a la boda en su ciudad, la mantendría a lo largo de toda la ceremonia siguiendo el rito con aparente devoción y también durante la fiesta posterior.

A la salida de la catedral y mientras recibían la consabida lluvia de arroz y pétalos de rosa, su ya marido oyó cómo una invitada comentaba:

—Qué joven es, parece una niña de Primera Comunión.

Por un instante efímero, fugaz, se giró y su mirada se cruzó con la de Isabel, que salía tras los contrayentes y recibía también parte de aquella lluvia de arroz y buenos deseos. Supo lo que ella pensaba sólo con percibir su expresión, y supo también que ella leía en su cara con la misma claridad que si se mirara en un espejo. Acababan de condenarse, los dos, a un exilio forzoso, eran extranjeros de sí mismos, abocados a un silencio voluntario y eterno, a una comunicación sin futuro en un lenguaje muerto. Y Ana, la persona que les ataba, ajena a todo, reía.

Ignacio recordaría años más tarde la tentación de escapar, de huir de la claustrofobia de una decisión trascendentalmente equivocada cuando, tras la celebración del banquete, justo después de despedirse de sus invitados, de las lágrimas de emoción de su madre, del rostro lleno de compasión y fingida alegría de Isabel, mientras la feliz recién casada tiraba a las solteras su ramo de flores, ya sentados en el coche que les llevaría a su hotel y, de allí, a su luna de miel, miró furtivamente la expresión impenetrable de su mujer y tuvo la certeza de que enmascaraba la frialdad total, el vacío más absoluto.

El viaje de novios duró un mes. Su itinerario, al igual que hasta el más pequeño de los detalles de todo lo relacionado con su boda, había sido cuidadosamente planificado por Ana y Ángela e incluía escalas en diversas ciudades y continentes, para contentar los gustos tanto de Ignacio como de su flamante mujer.

Desde su ciudad llegaron por carretera a Madrid y desde allí se trasladaron en tren a París, sin duda la escala preferida de Ana. Tras varios días en la ciudad, comprando en las mejores tiendas y disfrutando de la ópera, el *ballet*, las exposiciones y los restaurantes, se dirigieron a Londres, donde Ignacio, como siempre que recalaba en aquella ciudad y para desquitarse del desdén que Ana le dedicara al Louvre, recorrió

incansable el British Museum y la National Gallery hasta agotar la paciencia de su mujer. Apenas una semana después volaron a Nueva York y, partiendo de esa ciudad que fascinaba a Ignacio y asustaba a Ana, visitaron varias ciudades norteamericanas hasta, finalmente, recalar en el Caribe para descansar del intenso viaje.

Sin embargo, aquel viaje no fue en absoluto tan maravilloso como ambos habían previsto y no cumplió las expectativas de ninguno de los dos.

Desde la misma noche de bodas Ignacio entrevió que Ana rehuía el contacto físico. En un primer momento lo achacó al cansancio tras la ceremonia, y a los innumerables preparativos anteriores. Creyendo que estaba extenuada y previendo que necesitaría reservar todas sus fuerzas para emprender el largo trayecto en tren que les llevaría hasta París, prefirió no agobiarla y dejarla descansar. En la Ciudad de la Luz, calculó haciendo uso de los tópicos, todo sería mucho más fácil y romántico.

Pero nada sucedió como él había imaginado. Pese a haber esperado al momento que creyó más adecuado, en la *suite* más lujosa del Ritz, tras una estupenda tarde de compras y regalos, y la sorpresa bajo la servilleta a la hora de la cena de la ofrenda de una nueva joya, para Ana el descubrimiento de las relaciones íntimas fue traumático y repugnante.

Sin embargo él no era un hombre ansioso ni inexperto, por lo que, después de aquella primera tentativa fallida y desastrosa, con Ana rota en sollozos y tan rígida entre sus brazos como una muñeca, tomó la decisión de ser paciente y hacer acopio de toda su caballerosidad.

Pero su mujer, la joven ilusionada de tan sólo unos días atrás, se lo ponía muy difícil. Ya no era aquella niña dulce y desamparada que pedía su protección, a la que se le iluminaban los ojos cada vez que lo veía bajar del tren que lo llevaba a su encuentro, la que aguardaba ansiosa sus visitas recopilando anécdotas e historias con que entretenerle, esperando para estrenar sus nuevos vestidos hasta el día en que llegara, escuchándole embelesada describir todas sus expediciones por aquellos exóticos destinos que soñaba compartir con él.

Ignacio asistía horrorizado a la transformación de esa joven adorable en un ser despótico y malcriado. No sabía si se debía a que había estado sometida a mucha presión durante el tedioso proceso de organización de la boda, o tal vez porque el largo viaje de novios la tenía agotada, o quizá por los nervios que le creaba la situación, pues ella misma se daba perfecta cuenta de que su actitud quisquillosa y temerosa hacia el sexo no era la más favorable para crear un buen clima entre ambos.

Nada estaba sucediendo tal y como los dos habían previsto y el viaje se iba convirtiendo poco a poco, día a día, en una experiencia lacerante y humillante para los dos.

Por el día, todo parecía fluir con normalidad, se entregaban a los placeres de las mañanas con el fervor de los que quieren entretenerse porque tienen algo que ocultarse a sí mismos. Caminaban. Iban de un lado a otro, no dejaban ni un rincón sin visitar en todas las ciudades que pisaban. Hablaban muy alto, reían con entusiasmo

artificial, frecuentaban teatros, jardines, lugares pintorescos, Ignacio pasaba horas en los museos, Ana de compras. Por fortuna, el dinero no era un problema para ellos, aunque sí lo suponía su propio miedo, el que se tenían el uno al otro.

La hora de la comida solía reunirlos, si es que habían pasado la mañana separados, en los mejores restaurantes, donde representaban a la perfección la ficción de la feliz pareja de recién casados. No era difícil parecer felices en público, e incluso había momentos en que creían serlo, momentos fugaces en los que parecía que ella era, efectivamente, la joven frágil y necesitada de protección y él su príncipe elegido.

Sin embargo, a partir de la sobremesa, que transcurría en relativa tranquilidad, la tensión creciente comenzaba a inundarles, impregnando su relación de incomodidad y desasosiego.

Tanto Ignacio como, sobre todo, Ana eran absolutamente conscientes de la inquietud, de la tirantez y el ansia indisimulada entre ellos. Era un malestar definido y preciso que podían identificar a la perfección, y se extendía, cercándolos con congoja y hostilidad.

Durante una de las últimas cenas que disfrutarían en su viaje de novios, sentada ante la magnífica mesa iluminada con velas y rosas del comedor de su hotel de ambiente colonial, tras una noche en blanco en que fue incapaz de dormir preocupada por que Ignacio, harto de su actitud, acabara por perder la paciencia y forzarla o, peor aún, por repudiarla, Ana decidió prepararse para vencer su asco y su turbación, para ofrecerse a su marido, para dar la cara.

Recordó los múltiples intentos de hablar con ella, de instruirla, que había hecho Isabel cuando, la mañana del día de su boda, mientras la ayudaba a vestirse, aprovechando una ausencia de la tía Ángela, intentó sacar el tema y aleccionarla sobre el oscuro acto que tendría lugar la noche de bodas.

—No deseo saber nada —le cortó esquivamente, enfadada porque precisamente ella, que tan amiga se había vuelto en los últimos tiempos de Ignacio, que mantenía con él aquella relación extraña de amistad, de camaradería, tuviera que ser quien le hablara del contacto que se produciría entre sus cuerpos—. Todo lo que tenga que saber ya me lo dirá mi marido.

—Es por tu bien... —insistió Isabel tímidamente—. Para que estés preparada, para que sepas...

—¿Y tú cómo sabes lo que va a pasar? —le cortó maliciosamente, con un golpe bajo del que más tarde se avergonzaría—. ¿Es que acaso ya has pasado por esa experiencia sin haberte casado?

Isabel, dolida, se retrajo, quitó las manos de su vestido de novia, como si le quemara, y se defendió intentando mantener la calma, aplacar la ira que poco a poco empañaba su voz:

—Te recuerdo que estoy estudiando Medicina, ya no me falta nada para

licenciarme y ser médico. Como comprenderás, tengo que saber en qué consisten y cómo se producen todos los actos relacionados con el cuerpo humano aunque por mí misma no haya llegado a experimentar muchos de ellos.

La novia, a través del espejo, pudo adivinar la decepción en su mirada, y se dio cuenta de que le había hecho daño y había truncado aquel intento de acercamiento de su hermana, tan lejos de ella desde hace tanto tiempo. Cambió de tema de inmediato apartándose, por prudencia y un instinto de conservación perfeccionado con los años, de cualquier asomo de conflicto, y dijo algo del velo y su peinado. Isabel se irguió y la ayudó con las horquillas y aquel momento de intimidad, ese conato de cercanía, se fue para siempre y se llevó con él cualquier posible respuesta a las dudas que ahora asediaban a Ana.

Sin recursos, bebió más de la cuenta durante la cena.

Ignacio, asombrado, obedecía a sus demandas y llenaba la copa de su mujer una y otra vez, primero con vino, luego con champaña. Cuando llegaron a su habitación y Ana se dejó caer, risueña y atolondrada, en sus brazos, pudo percibir su aliento y, en él, el deje amargo, rancio, del alcohol. El recuerdo de Clara, tambaleante y vencida, se abrió paso en su mente y bloqueó cualquier sentimiento que no fuera de desolación.

De modo que así consumaron por primera vez su unión: ella vencida por el alcohol, fingiendo una pasión que no sentía; él esmerándose en quererla, fingiendo una atracción en la que de golpe, a menos de un mes de su boda, ya no creía.

Fue un acto mecánico y aséptico que les dejó con la amargura de la mentira. Y sentó las bases de lo que sería, de ahí en adelante, su relación.

A la mañana siguiente despertaron avergonzados, sintiendo odio hacia el otro, y sobre todo rencor, un rencor oscuro enmascarado de indiferencia.

En los días restantes, incapaces de establecer el menor pacto o tregua, la tensión y el conflicto alcanzaron grados infinitos de disparidad. El mínimo espacio común para establecer una relación al menos razonable fue imposible.

El final del larguísimo viaje fue un alivio para ambos: Ignacio se adelantó a Damasco, y esperó allí a Ana, que llegó un mes más tarde.

En Madrid, inmersa en una vorágine de exámenes y largas horas de biblioteca y estudio, concentrada en el empeño de sacar adelante su propio futuro, su nueva vida, Isabel recibió la llamada de su hermana con sorpresa y alegría.

—¿Qué tal ha ido todo, Ana? Sólo he sabido de ti por las escasísimas postales que me habéis ido enviando, estoy deseando saber hasta el último detalle: ¡cuéntame!

—La luna de miel ha estado bastante bien, he comprado montañas y montañas de ropa, de perfumes, de zapatos y bolsos y joyas de lo más *chic*, y hemos estado en unos restaurantes carísimos tan elegantes, tan cosmopolitas que no te los puedes ni imaginar, ¡yo creo que incluso vi en algunos a varias estrellas de cine, con eso te lo

digo todo!

—Supongo que habréis hecho miles de fotos, ya me las enseñarás, seguro que pasamos un buen rato viéndolas en cuanto podáis venir unos días, claro.

—Ojalá sea cuanto antes, llevo poquísimo aquí y ya estoy harta de este sitio —refunfuñó Ana, refiriéndose al nuevo destino de su marido—. Ésta es una ciudad horrible —le confesó furiosa—. Una ciudad de segunda con un régimen casi comunista hasta hace nada, y todo es siniestro, cutre y pobre. ¡Y son moros!

Isabel sonrió ante la ira de su hermana.

—Pero es Próximo Oriente, Ana. No me lo compares con el destino anterior...

—Me da igual, es tristísimo y la vida diplomática no es lo que yo pensaba. Es bastante aburrida, y más en una ciudad como ésta. Nos encontramos siempre a los mismos en todos los cócteles y sin embargo fuera de los actos sociales casi no veo a Ignacio. Estoy sola mucho tiempo, la mayor parte del día, porque las mujeres de este país, aunque sean mujeres de funcionarios locales de la embajada, son unas paletas, así que no voy a perder mi tiempo con ellas. Lo que pasa es que si me quedo en casa, con el servicio, claro, no puedo hablar, y lo mismo pasa si se me ocurre salir a dar una vuelta. No son gente de nuestro nivel; no nos entienden, son de otro mundo. Y además, que ya no sé qué es peor, si los negros o los moros. Luego, a la noche, cuando por fin llega Ignacio me encuentra, como comprenderás, de un humor de perros, pero es que yo ya no sé de qué otro modo hacerle comprender que me tiene encerrada en un infierno.

Pasmada, Isabel escuchaba la queja desordenada de su hermana con creciente aversión y, aunque se negara a reconocerlo, una insólita sensación de alivio. Por fin, tras tantos años, su actitud infantil y caprichosa ya no le preocupaba. Ella no era ya su problema. Ignacio, pese a sus advertencias, se había empeñado en asumir esa responsabilidad, se casó con ella, se la había llevado con él, lejos, y ahora debía complacerla, escucharla y mimarla; era su marido.

Con todo, no pudo evitar compadecerse.

«Pobre Ignacio», pensó cuando colgó. «Se ha atado a mi hermana de por vida, y lo peor es que, a pesar de la actitud de Ana, él aún no tiene ni idea de la que realmente le ha caído encima».

Verano de 1966

Desde aquella llamada absurda y lastimera de Ana a la vuelta de su desastroso viaje de novios, Isabel sólo sabía de sus quejas, sus exigencias nunca satisfechas y los problemas que cercaban su nueva vida con Ignacio gracias a las escasísimas cartas escritas por ella que recibía o a las llamadas que cada vez con menos frecuencia se entrecruzaban, únicamente para felicitarse en las fechas señaladas o en las fiestas tradicionalmente consideradas familiares. Como la Navidad, que nunca antes habían tenido que pasar separadas hasta que se vieron obligadas a hacerlo debido a la profesión de Ignacio en su primer año de casados y, en el siguiente, a causa de un oscuro incidente político surgido repentinamente justo antes de Nochebuena en el que su embajada tuvo que intervenir y que él mismo se encargó de solventar con su participación directa y comprometida.

La operación diplomática se saldó con considerable éxito y reconocimiento internacional para su marido, pero Ana nunca le felicitaría por aquel triunfo. Ella sólo pensaba en que su viaje a España se había frustrado por segunda vez por su culpa y, por ello, se pasó la mayor parte de las celebraciones sin dirigirle la palabra aunque, por guardar las apariencias, a Isabel le contaría con todo lujo de detalles qué se puso y en qué mansiones se celebraron los bailes y cenas.

El resto del tiempo Isabel se limitaba a tener noticias de la que de hecho era su única familia por las conversaciones que muy esporádicamente mantenía con su tía Ángela, a quien visitaba cada vez que iba a su ciudad, en donde el mantenimiento de la casa de su familia, que su hermana y ella se empeñaban en sostener escrupulosamente para no desvincularse por completo de su infancia, solía reclamarla con cierta periodicidad. La tía Ángela estaba cada vez más mayor y se había vuelto más y más egoísta y neurótica con el paso de los años. De ser una perfeccionista nata en la organización de actos de caridad, funciones solidarias y veladas, había pasado a convertirse en una hipocondríaca en todo lo relacionado con su propia salud. Su afán por vencer el paso del tiempo y conservarse en el mejor estado posible a pesar de su edad la llevaron a transformarse en una obsesiva controladora de todo cuanto comía, de la temperatura de cada habitación, de los estornudos que emitiera casualmente cualquiera que estuviera cerca de ella y, en definitiva, de todo aquello que pudiera enfermarla, lastimarla o simplemente molestarla.

Su sobrina opinaba que vivir sola estaba comenzando a afectar a su cabeza y era el motivo de su creciente número de manías. Al parecer su hijo pensaba lo mismo, porque en más de una ocasión le había ofrecido o incluso rogado encarecidamente que se trasladara a vivir con él y su mujer. Ángela, por supuesto, se negaba en redondo, alegando que no había ningún lugar en el que pudiera estar mejor que en su

ciudad, aunque para Isabel aquella negativa enmascaraba el miedo de su tía a vivir fuera de su país.

En cuanto a la propia Isabel, lo cierto es que no echaba de menos a su hermana. Su vida en Madrid estaba demasiado llena de trabajo, deberes y responsabilidades como para disponer de un solo segundo de añoranza y evocación y, por otra parte, sentía que ya no tenían nada en común más que su parentesco, una infancia perdida, extraña y curiosamente feliz.

Muchas veces, al despertar, se sentía culpable por haber soñado con Ignacio, y esa culpabilidad, que no conseguía quitarse de encima desde aquella tarde lejana en que, navegando por la bahía los dos, le había hablado con franqueza, hacía que se sintiera una traidora.

Cuando al final del día llegaba a su piso, que compartía con otras dos estudiantes de Medicina y una compañera que estaba, como ella, a punto de licenciarse, y se tumbaba, rendida pero contenta, Isabel intentaba sacar una fuerza de voluntad que no conseguía encontrar para dirigirse al teléfono y marcar la serie infinita de números que le devolverían la voz de su hermana, pero apenas acertaba a conseguir levantarse y buscar la agenda. Pensaba que era el cansancio; se eximía convenciéndose de que, si de verdad pasara algo importante, serían ellos quienes la llamarían; se enfadaba en ocasiones con ella misma por su egoísmo y, otras, pensaba que los egoístas eran ellos, que se habían ido lejos, muy lejos, dejando a su cargo a la tía Ángela y sus propiedades.

Pero ella sabía que lo que la ataba, lo que de verdad le impedía descolgar el auricular e interesarse por ellos era el miedo. Miedo a que Ana o Ignacio, cualquiera de los dos, le confirmara lo desastroso de su vida en común, el fracaso enorme de su matrimonio. Y, sobre todo, miedo a alegrarse de recibir esa noticia.

La carta la estaba esperando sobre su escritorio y apenas reparó en ella cuando llegó del hospital. No la esperaba, en absoluto, y quizá fue por eso que, cuando por fin la vio y reconoció su letra, estuvo con ella entre las manos más de media hora pensando qué hacer, si abrirla o no.

Desde la última vez que se vieron a solas, aquella tarde de sol y viento marino en que tuvieron la reveladora, la contundente conversación, se había hecho a la idea de que su relación nunca volvería a ser la misma. Cambiaría, como ellos, con la nueva situación y les vetaría un trato y una sinceridad que antes era una fuente de ilusión.

Por eso no esperaba recibir noticias suyas directamente, contadas por su propia voz. Próximamente haría ya casi dos años que no se veían y había asumido que, cuando lo hicieran, habría demasiadas personas presentes como para que pudieran charlar con tranquilidad, de verdad.

Y ahora aquella carta llegaba como un recordatorio de un tiempo pasado en el que todavía creía que podía cambiar a las personas que la rodeaban, influir en ellas y en su modo de querer, de quererla.

Pensó en deshacerse de la carta. Sí, tirarla era la mejor solución.

Finalmente, acabó abriéndola, vencida por la curiosidad, por un sentido del deber que la obligaba a interesarse por todo lo que afectaba a su familia.

El placer de los viejos tiempos, la anticipación con delectación mientras abría el sobre, esperando reír con sus ironías, saber más de él, dio paso a la sorpresa más absoluta, a la consternación más dolorosa, cuando leyó la carta de Ignacio.

Querida Isabel:

Hace mucho, mucho tiempo que quería hablar contigo, y si no lo he intentado, si no te he llamado nunca, si hasta ahora no me he atrevido a escribirte es porque creo, o mejor dicho, sé que, desde mi boda con Ana, has cerrado la puerta a una amistad que, para mí, era de verdad muy importante.

Te preguntarás por qué te escribo ahora; te lo diré: desde que vetaste nuestra relación —supongo que por un motivo tan simple como el negarte a ser la mejor amiga, la confidente del marido de tu hermana, algo por lo demás totalmente inocente y que nadie, ni ella, ni tú ni yo deberíamos juzgar como reprobable aunque, no te lo negaré, sí entiendo que te resultara violento— me siento totalmente asfixiado, como si se hubiera quedado sin aire el mundo en el que vivo.

Además, y eso es algo que ya sabes de sobra, tu silencio, tu inaccesibilidad coincidió con el inicio de una vida en común con Ana que esperaba gratificante y divertida, y que ha resultado ser una pesada carga.

Y no me veo con fuerzas para seguir soportándola solo, Isabel.

Necesito saber que cuento contigo, que estás ahí al menos para escucharme.

No hace falta que me contestes, no tienes que hacerlo, el simple hecho de saber que tarde o temprano esta carta te llegará y tú la leerás y me comprenderás ya me gratifica.

Si te digo la verdad, me avergüenzo de mostrarme tan débil, tan hundido, pero tú sabes lo demoledor que puede llegar a ser vivir con alguien como Ana, no en vano has convivido con ella —cuando era más joven y feliz, cuando no estaba descontenta con todo, cuando parecía capaz de no amargarse, de disfrutar— y, sobre todo, con Clara, y espero que entiendas esta necesidad de compartir con alguien mis pensamientos y mi soledad.

Comprendería también que me reprocharas mi egoísmo —yo, que tanto se lo echo en cara a Ana— al querer desahogarme cargándote a ti con mis problemas, pero si he de serte sincero, como siempre lo he sido, lo cierto es que tú eres la única persona que creo capaz de entenderme y, sobre todo, la única que sabe realmente cómo es tu hermana y cómo puede llegar a hacer que se sientan

quienes la rodean.

También estás en tu perfecto derecho de romper esta carta y, después, todas las demás que vayan llegando. Me pongo en tu situación y entiendo lo incómodo que puede resultar que el marido de tu hermana vuelque en ti toda la desazón, la frustración que siente debido a un pésimo matrimonio que no ha generado más que malentendidos y conflictos en los dos.

Sin embargo, tengo un argumento que estoy seguro de que te va a convencer definitivamente: vamos a tener un hijo.

Sí, Ana está embarazada de poco más de dos meses.

Un hijo no va a arreglar nada en nuestra situación.

Nuestro matrimonio ha sido como una condena, una cadena que nos ata a ambos, el uno al otro, y que no nos dejará nunca libres a ninguno de los dos. Todo lo que hago, todos mis esfuerzos son inútiles, Ana no está nunca contenta con nada, sólo quiere volver a España, regresar a nuestra ciudad, alejarse de aquí y, posiblemente, de mí.

Además, el embarazo le está sentando fatal, se pasa días enteros llorando en la cama y, cuando me acerco para interesarme por ella, me mira colérica, con rencor. Creo que me odia.

Y, hasta cierto punto, está cargada de motivos para hacerlo y tiene toda la razón. Ella era una niña, sin cabeza, sin sentido común, ilusionada con una boda de cuento. Yo, sin embargo, era, o debería haberme comportado como un adulto; yo debí haberle puesto freno a esta locura, tuve que prever que la diferencia de edad y nuestros distintos caracteres serían completamente incompatibles. Sin embargo me dejé llevar por ella, por su entusiasmo, no usé en absoluto mi sentido común y ahora así estamos: mi mujer, tu hermana, sigue siendo una niña, y yo continuaré siendo su juguete hasta que me haya roto del todo.

Isabel, que hasta entonces había permanecido de pie en el centro de la habitación absorta en lo que leía, notó cómo las rodillas le flaqueaban. Sentía que todo a su alrededor daba vueltas y comenzaba a fallarle su sentido del equilibrio. Buscó con las manos el borde de la cama, como una autómatas, y terminó por sentarse torpemente en una de sus esquinas para evitar seguir mareándose hasta caer y perder el conocimiento. Por un lado sentía una alegría salvaje: habría de nuevo niños en la familia, un resquicio a la esperanza y a la cordura, iba a ser tía. Por otra parte, sin embargo, no podía dejar de apenarse por el destino, el tipo de hogar hostil que recibiría a un niño como aquél, hijo de padres que no sólo no se quieren sino que incluso, por lo que sugería Ignacio, se odian.

Y sentada sobre su cama, algo desorientada y con la cabeza todavía dándole vueltas, tras acabar de leer la breve y cariñosa despedida de su cuñado, supo lo que había que hacer sin dudar un instante. Se dirigió a su escritorio y escribió:

Querido Ignacio:

Me gustaría que me confirmaras si tenéis sitio en vuestra casa para una persona más. He decidido pasar una breve temporada con vosotros, ojalá no te moleste. Ana se animará y estará más entretenida y yo me aseguraré de que mi futuro sobrino nazca feliz y perfecto.

Tardaré algún tiempo en gestionar el viaje y, sobre todo, en cambiar todos los horarios y turnos de mis prácticas, pero creo que me necesitáis, los dos, de modo que no voy a fallarle a la única familia que tengo.

Sé que tú, que la tratas a diario, encontrarás el mejor modo de darle a Ana esta noticia, que espero que os alegre a ambos, sin que se altere demasiado.

Mientras llega el momento de nuestro encuentro, os envío besos, abrazos y todo mi ánimo.

Isabel

Ignacio recibió con alivio la carta de su cuñada y se apresuró a responderle confirmándole que, efectivamente, había sitio de sobra para ella en su casa y que, además, tanto Ana como especialmente él estaban más que entusiasmados con su visita.

Los siguientes días fueron frenéticos para Isabel. Explicó a sus compañeras, profesores y tutores que una enfermedad repentina de su hermana hacía inexcusable y urgente su salida del país para atenderla y, como esperaba, nadie puso demasiados problemas a su partida, todo por obra y gracia de una mentira piadosa que, en el fondo, no estaba tan lejos de la realidad.

Sólo cuando embarcó en el avión y se desplomó en el asiento que le correspondía fue consciente del cansancio y la tensión acumulada sobre ella durante los últimos días. Los preparativos para su viaje habían sido una auténtica locura de prisas, papeleos, maletas y cambios de horarios y entrega de trabajos repentinos y apresurados.

«Estoy agotada», pensó. «Pero veré a Ana, y a Ignacio, y sólo eso hace que valga la pena».

Mientras descansaba contemplando por la ventanilla las nubes, como enormes bolas de algodón, no pudo evitar preguntarse el porqué de esa entrega frenética a un viaje no previsto que, más que unas vacaciones, iba a suponerle días tan agotadores como los que vivía en Madrid. Acudía a la otra punta del mundo en calidad de hermana mayor, o de apaciguadora.

En todo caso, tenía un objetivo, una misión: intentar aplacar los ánimos de los dos, conseguir la paz entre ellos y el sentido común necesario en su hermana para que pudiera llevar su embarazo adelante con la mayor tranquilidad posible.

Pero, en el fondo, ¿a quién quería ver en realidad?

Se convencía a sí misma con énfasis de que a Ana, pero lo cierto es que su hermana, en los últimos tiempos, cada vez le recordaba más a su madre, y ésa no era una comparación agradable ni mucho menos atrayente para Isabel.

Recordó con tristeza el desprecio de su madre por su carrera y su futura profesión y aquella sensación de irritación y abatimiento a partes iguales que siempre le provocaba.

«Ignacio, en cambio, sí me comprende. Y, lo que es más importante todavía, me respeta. Me pregunto cómo puede ser que Ana esté quejándose todo el rato de él. Es la vida que ella quería y sin embargo reniega de ella. Es curioso: antes quería ser una mujer cosmopolita, pero ahora que lo es no quiere más que volverse a casa». Isabel movió con pesar la cabeza, como reprobando en su interior el comportamiento de Ana. «Debe de ser frustrante para un hombre como Ignacio, tan curioso, tan culto, tan inquieto, tener que compartir su vida con ella».

Y decidió de pronto, sin pararse a pensarlo demasiado, que durante el tiempo que pasara con ellos intentaría, además de atender y contentar a su hermana, dedicar algún rato a hablar con su cuñado, a entretenerle, a escucharle todo lo que fuera necesario para compensar la ignorancia y la frialdad con que le trataba Ana.

Se quedó muy tranquila con esta decisión, tan inesperada como firme. «Sí», se dijo. «Esto les ayudará. Él podrá desahogarse, tendrá alguien con quien hablar esos días y así, por su parte, mi hermana podrá descansar y dedicarse a ella y a su embarazo mucho más tranquila sabiendo que yo estoy con Ignacio».

Y a continuación, tan contenta como engañada, con la verdadera naturaleza de sus sentimientos por su cuñado oculta hasta de su propio yo, se durmió.

Ana e Ignacio la esperaban en un aeropuerto modesto y desangelado. Todo era abrumadoramente triste y sucio.

Ana, radiante, la abrazó con fuerza.

—Menos mal que has venido, porque si no me muero. Esto es horrible, pero ahora que estás aquí las cosas irán mejor —le dijo con pasión, e Isabel vio brillar en sus ojos un fondo febril de ira que la asustó.

Ignacio, algo alejado, observaba la escena voluntariamente excluido del círculo de afecto de las hermanas. Mientras las contemplaba sintió una tenue punzada de envidia ante su efusividad.

«Son sus claves», pensó. «Y aunque ellas sean tan diferentes, tienen mil complicidades compartidas en las que yo nunca podré entrar».

Las dos hermanas, cogidas por la cintura y flanqueadas por Ignacio y uno de sus asistentes, que llevaba las maletas de Isabel, se encaminaron a la entrada del aeropuerto, donde les esperaba un sedán negro. Un chófer salió de inmediato del interior del vehículo y se apresuró a abrirles las puertas traseras y guardar en el maletero el equipaje de Isabel. La percepción del estado de pobreza de aquel país era

tal que no le costó aceptar un fondo de razón en las palabras de descontento y las quejas de Ana. Con sólo echar un apresurado vistazo a través de la ventanilla, las condiciones infrahumanas de la mayoría de los habitantes de aquella ciudad se hacían evidentes. Niños sucios y harapientos, obviamente sin escolarizar, correteaban por doquier, perros famélicos, edificios desconchados, automóviles que circulaban en paupérrimo estado de conservación y, sobre todo, muchos, muchísimos ciudadanos desocupados poblaban las aceras, charlando en pequeños grupos con un único objetivo, dejar pasar el día, para regresar de nuevo a sus casas, una noche más, con las manos vacías.

Aunque para Isabel aquel paisaje desolador no hacía sino reafirmarla en su decisión, aquella que la había llevado tantos años atrás a enfrentarse a su madre para estudiar Medicina y ayudar a la gente, a la más pobre, como aquélla, a salir adelante, no le costó mucho ponerse en el lugar de su hermana y comprender que, para Ana, la estancia en aquella ciudad fuera una condena. La pobreza, la suciedad, la fealdad, todo aquello le suscitaba rechazo, incluso miedo, y seguramente por el simple temor de enfrentarse a aquellas visiones, preferiría quedarse en casa, encerrada.

Era normal que deseara cualquier cambio en su rutina, desde las visitas de las esposas de otros miembros del cuerpo diplomático de la ciudad a los viajes por la zona en compañía de Ignacio o, como ahora, el recibir a diplomáticos españoles en su casa, para los que ofrecía cenas y recepciones.

Isabel nunca había visto a su hermana tan contenta ante su visita. Cuando ella estudiaba en Madrid y Ana todavía no había salido de su ciudad natal, sus visitas a la casa familiar formaban parte de una rutina de encuentros y separaciones durante tanto tiempo asumida que las despedidas o los regresos, el juntarse y separarse, se habían convertido para ellas en algo habitual.

Ahora, en cambio, la visita de Isabel había sido largamente anhelada ya que, por supuesto, ninguna de las dos pensó el día de la boda que tendrían que estar separadas tanto tiempo. De ahí que no quisieran ni soltarse de la mano a lo largo de todo el trayecto y que, en cuanto franquearon la verja que rodeaba su casa —una construcción de considerable tamaño en la zona diplomática, distribuida en dos plantas, con un añejo aire señorial y rodeada de un pequeño y cuidado jardín— y se bajaron del coche, con la excusa de ayudarla a deshacer las maletas, Ana aprovechara para subir con ella al dormitorio destinado a los invitados y, ya allí, se pusiera a hablar y contarle su vida y sus cuitas con tanto lujo de detalles que se les pasaron las horas de aquella tarde y por poco se olvidan casi hasta de bajar a cenar.

Ana no paraba de lamentarse y quejarse por su situación.

—¿Ves como todo esto es horrible? Ya te lo dije mil y una veces por teléfono, y ahora podrás comprobar que no te mentía.

—Sí, tienes razón, pese a su exotismo comprendo que al cabo de un tiempo, ahora que ya conoces la zona a fondo, te hayas cansado de la ciudad y de tratar siempre con la misma gente —concedió Isabel, en parte para aplacarla—. Pero míralo por el lado

bueno: en cuanto nazca tu niño estarás mucho más entretenida cuidándolo y te dará totalmente igual el ambiente de la ciudad, o que las salidas sean limitadas, o no encontrar gente afín con quien tratar, créeme.

—No creas que yo voy a vivir aquí con mi hijo —le reveló furiosa, en un arrebato caprichoso de genio que le hizo descuidar lo que decía y desenmascarar ante su hermana la realidad de sus planes—. Ni lo sueñes, yo me vuelvo a España contigo y que Ignacio venga después, cuando pueda o cuando quiera.

Isabel la observó consternada y sintió de nuevo aquel vértigo tan familiar que la invadía provocando la sensación de que el mundo se desmoronaba a sus pies. Qué curioso, hacía mucho tiempo que no lo sentía, y era sólo algo que ocurría, además, cuando estaba cerca de Ana o recibía noticias relacionadas con ella.

La veía mirándola con gesto de sorpresa, sin acertar a reaccionar, incluso puede que sin percatarse de lo que le estaba ocurriendo, de que un nuevo ataque de pánico se apoderaba de ella. Acababa de darse cuenta de que sus esfuerzos sobrehumanos por llegar hasta allí, su afán por aplacar los ánimos de los dos seres más importantes de su vida, no habían servido de nada. Es más, su irrupción en aquella casa llena de rutinas y desdenes, en vez de suavizar, había ahondado aún más la fractura entre su hermana y su cuñado.

Damasco

La ciudad resultó ser interesante y llena de color. Las mezquitas, las calles, la gente, todo estaba impregnado de una luz extremadamente intensa y de un exotismo que apasionó a Isabel a pesar del enorme deterioro que se advertía en edificios, paisajes y hasta en las personas que la poblaban.

A menudo salía temprano a dar una vuelta por sus rincones más pintorescos. Ignacio no la dejaba salir sola y, en un exceso de responsabilidad y hospitalidad, había habilitado un coche de la embajada que puso a su disposición y que la llevaba y traía a cualquier hora del día a su antojo. Ella, tras consultar en las escasas guías turísticas de la ciudad que pudo encontrar, averiguó que eran especialmente relevantes sus restos arqueológicos, de modo que casi todos los días que duró su estancia allí organizó excursiones destinadas a ir conociendo poco a poco la zona sin por ello descuidar la atención que sentía que debía a su hermana.

Por fortuna, Ana pasaba gran parte del día descansando, en principio sus primeros meses de embarazo no estaban resultando muy molestos, pero ella utilizaba su estado para hacer y deshacer planes a su antojo, evitar madrugar o saltarse algunos de los actos y compromisos oficiales a los que, como mujer de Ignacio, debía asistir.

Él, aunque sospechaba que todo su cansancio no era más que una estrategia para librarse, como siempre había intentado hacer, de sus obligaciones, no se atrevía a contradecirla ni a imponerle ninguna actividad. Tenía ese temor un tanto ilógico y absurdo de los padres primerizos que tienden a sobreproteger a la embarazada y tratarla como si fuese, más que una gestante, una enferma. Ana disfrutaba con esa nueva reverencia con que todos la trataban ahora y con todo descaro, a juicio de su hermana, se aprovechaba de la situación.

Pero a Isabel no podía engañarla, y fiel a su papel de voz de la conciencia, empeñada en hacerla entrar en razón en todo momento y ocasión, no cesaba de advertirle de los peligros que la inactividad podía causarle en su estado.

—El embarazo no es ninguna dolencia ni merma tus capacidades —le advertía con dureza, intentando imprimir a su tono toda la seriedad de que era capaz—. Es cierto que en el primer trimestre las mujeres suelen sentirse más cansadas de lo habitual, pero eso no justifica que te pases la mayor parte del día tirada en la cama comiendo bombones. Tienes a tu disposición una ciudad magnífica e increíble. Es un mundo nuevo y distinto que renuncias a conocer sólo porque se trata de una cultura diferente a la nuestra, y es una lástima que dejes pasar esta oportunidad de disfrutarlo.

Pero Ana estaba muy lejos de compartir ese entusiasmo que embargaba a Isabel.

—Dices eso porque llevas una semana aquí. Si te quedaras más tiempo pronto se te caería el velo de los ojos: esto ni siquiera es una ciudad, es un pueblo grande y

sucio, polvoriento y seco, sin mar, sin cultura, sin tiendas ni nada. Aquí no hay nada que ver y mucho menos nada que hacer, así que no me recrimines que me quede en casa descansando por el bien del niño.

—Lo mejor que podrías hacer por tu embarazo y por ti misma es andar un poco, pasear y mantenerte activa. Te estás alejando de todo, vives encerrada en el mundo color de rosa de tu cuarto y no pareces darte cuenta de que Ignacio, tu marido, pasa cada vez más tiempo solo.

—¿A qué has venido aquí, a preocuparte por mí o por él? —preguntó capciosa Ana ante el reproche de su hermana.

—Sabes de sobra que me preocupo por los dos. Sois mi única familia, vosotros y el niño que vas a tener —respondió Isabel, dolida de nuevo por la repentina mezquindad de su hermana—. Si te digo todo esto es por tu bien. No es bueno que estés inactiva. Además, una cosa es que cojas los kilos propios del embarazo, y otra que comas el doble y no te muevas, como si fueras inválida. ¿Es que quieres ponerte como un tonel y quedarte así después del parto?

Ana dio un respingo y uno de los pastelillos que iba a meterse en la boca se le cayó de la mano sin querer. Se quedó con la boca abierta, como si no se hubiera parado a contemplar esa posibilidad, e Isabel no pudo evitar sentirse satisfecha por haber conseguido dejarla sin palabras. Sí, era cruel, pero tenía que reconocer que la había puesto contenta demostrándole que ella también sabía devolver, si se lo proponía, los golpes.

—Quiero irme contigo, júrame que hablarás con Ignacio y le convencerás. Por favor, Isabel, júramelo —lloró de pronto, como una niña pequeña que no supiera decidir por sí misma el rumbo de su vida—. Si me llevas de vuelta a España te prometo que me moveré, y saldré, y pasearé, iré a comprar el ajuar para el niño, andaré por el jardín y el campo y la costa de la bahía y seré buena y no comeré dulces ni estaré malhumorada. ¿Hablarás con Ignacio? ¿Sí?

Isabel, sorprendida por ese acceso de tozudez malcriada que tan bien conocía desde la infancia, asistió sobrecogida e impotente a aquella llantina que no supo muy bien cómo atajar. Por una parte era plenamente consciente de que Ana la estaba sometiendo a un chantaje emocional nada disimulado, aplicando con ella una técnica que desde su matrimonio había llegado a mejorar hasta alcanzar casi la perfección. Pero ella no era Ignacio, no era un hombre atrapado entre su propio sentido del deber y los caprichos de una mujer-niña. Había crecido con Ana, habían llegado juntas a la adolescencia y todos los problemas que ésta había tenido y que ahora lastraban su madurez los había superado, y con creces, la propia Isabel.

Estaba decidida a contestarle que, si tan claro tenía que quería volverse a España, tuviera el valor de plantárselo a su marido, que ella no podía mediar para rebajar una tensión cada día más intensa y evidente, que había sido un error acudir allí porque con ese gesto se había vuelto a hacer responsable de nuevo de sus problemas y su solución cuando, realmente, no era asunto suyo y no quería interceder en una crisis

matrimonial.

Iba a explicarle cómo la llenaba de impotencia el tener que solucionar siempre sus problemas sin recibir a cambio ni un gesto de agradecimiento, porque era algo que se suponía que debía hacer, cuando la sonrisa de su hermana la detuvo.

—Todo va a salir bien —decía en voz baja—. Nos iremos de aquí, saldremos por fin de este horrible país. Volveremos a casa, a casa...

Su voz cantarina, su sonrisa embobada, más que tranquilizar a Isabel, la llenaron de pánico. Para un observador ajeno a su pasado común aquella escena suponía que el instinto maternal comenzaba a aflorar. A su hermana, en cambio, aquella expresión ida, los ojos ausentes y soñadores, hasta la melodía que tarareaba, le recordaban peligrosamente a Clara, la Clara que no quería salir de su casa, que se negaba a vestirse y peinarse, que no aceptaba que su existencia hubiera cambiado, lo que, finalmente, acabó con ella.

En una fracción de segundo, Isabel cambió de táctica.

—Cálmate, no te preocupes, estés donde estés, yo cuidaré de ti. Todo va a salir bien, ya lo verás —le dijo con voz arrulladora mientras le acariciaba el pelo.

—Es que *tiene* que salir bien, ¿no lo entiendes? Yo no puedo dar a luz aquí. Yo no puedo vivir aquí. Tengo que irme, ¿no lo entiendes? Tengo que hacerlo... —y un llanto manso y desnudo la convertía todavía en más vulnerable, aún más inconsistente.

Más tarde, después de que Ana se hubiera acostado tras un último ataque de llanto, nada más acabar de cenar a solas y en un preocupado y tirante silencio, Ignacio e Isabel tomaron una copa en el salón.

—Ésta es la situación, Isabel —se sinceró de pronto, poniéndose en pie con la copa de licor en la mano y acercándose a la barandilla de su porche para no tener que mirarla a los ojos mientras le hablaba—: Tu hermana es una niña consentida que no ha crecido y te puedo asegurar que, en este momento, nuestra vida, que tendría que ser feliz ante la llegada del primer hijo, es un infierno.

No le sorprendió esta confesión descarnada e inesperada, siempre había sabido que él era un hombre sincero, hasta brutalmente honesto. Lo que la dejó impresionada fue su sencillez. Ignacio no buscaba palabras que enmascararan la situación. Tampoco daba rodeos. Expresó su situación y eso hizo que Isabel le admirara todavía más.

—Ten paciencia, es muy joven, muy mimada, está en un país extraño y me imagino, o creo que estoy en la certeza de que se siente sola. No sé, a lo mejor no es tan mala idea que se venga a España. La casa de nuestros padres está preparada para que nos instalemos en cualquier momento. ¿Por qué no la dejas ir un tiempo?

Tras decir todo esto quedó expectante, pendiente de la expresión de su cuñado, intentando averiguar si había logrado convencerle de que dejara ir de su lado a su

mujer precisamente en lo que ella creía que debía de ser una de las épocas más felices de toda vida en pareja: la espera del primer hijo.

Para su asombro, Ignacio apenas se sorprendió por esta petición. La miró con tristeza y habló con voz pausada y una expresión que reflejaba su supremo hastío:

—Que haga lo que quiera. No hacía falta que te pusiera a ti por medio para decírmelo. Lo veía venir hace tiempo y, si he de ser franco, creo que será un alivio que se vaya.

—Siento que hayas tenido que enterarte así, ya sabes cómo es, me preocupa su estado no sólo por ella, también por el niño, y por eso yo...

—Déjalo, no necesitas darme explicaciones —la cortó, amable pero contundente, con un ademán firme—. A estas alturas conozco a mi mujer más que de sobra. No sabes lo agotador que es, el esfuerzo que me supone trabajar y vivir en un país como éste y luego tener mi propio infierno privado en casa.

Isabel no supo qué contestar. Sentía, intuía que lo mejor que podía hacer era escucharle en silencio. Se había preparado, desde el mismo momento en que supo que iba a aceptar embarcarse en aquel viaje, para hablar, razonar, convencer o enfrentarse a su hermana. Pero nunca previó que Ignacio fuera a confesarle su derrota, cómo había destruido su futuro y sus sentimientos. Y ante esto no se le ocurría absolutamente nada que argumentar.

—¿Te acuerdas del día que navegábamos por la bahía y tú dijiste que esta boda era un error? —le preguntó él, de pronto, volviéndose hacia ella.

Ella lo miró suplicante, rogándole sin palabras que no volviera a mencionar aquella tarde de sinceridad y mar, pero finalmente, al advertir su expectación, terminó por asentir.

Ignacio continuó.

—También recuerdo el silencio del barco, como un espacio alejado del mundo. En aquel momento me di cuenta de que me había equivocado de hermana —rápidamente Ignacio se rió, como para restar importancia a lo que acababa de decir—. No me hagas caso, es un mal momento y ya está. Pasará.

Pero no pasó.

Ana, como siempre había conseguido hacer a lo largo de toda su vida, se salió con la suya y, cuando la estancia de Isabel acabó, apenas cuatro días después, se volvió con ella a Madrid. Ignacio no pudo, o puede que no quisiera, acompañarlas al aeropuerto. Alegó que tenía una importante reunión a la hora en que salía su avión y prefirió despedirse de ellas en la intimidad de su casa.

Isabel y él tuvieron mucho tiempo para hablar a solas durante casi todas las veladas que tenían lugar después de la hora de cenar, ya que Ana se retiraba temprano alegando, como era habitual en ella desde que se confirmó su embarazo, su cansancio. En esas horas de conversación y confidencias, Ignacio llegó a confesarle

que tenía desde hacía tiempo asumido que su mujer terminaría por irse y que ello, más que aflicción, más que dolor por la separación, le provocaba una desazón mucho más amarga, la de la derrota. La de saber que no había servido de nada su sacrificio, su lucha a brazo partido contra la lógica que vaticinaba la ruina de su unión desde el principio. Que tanto esfuerzo no había servido para nada. Que había perdido el tiempo.

Ella recordó todo eso cuando se abrazó a él y, luego de besarle en ambas mejillas, le deseó suerte tras añadir que esperaba verle muy pronto en España. «Sí», contestó él como ausente. «Claro, ahora tendré que ir a España para el parto», añadió, y parecía que acababa de caer en la cuenta en ese preciso momento. «Es lo que debo hacer, al menos intentaré ser un buen padre, de modo que allí nos encontraremos».

Algo más tarde, ya a bordo del avión, Isabel no dejaba de darle vueltas a una de sus últimas frases, «Al menos intentaré ser un buen padre», y no podía evitar admirar su generosidad, su entrega, y compararla con la actitud exultante y risueña de Ana, que no podía dejar de reír feliz y satisfecha con ese triunfo que, sin que se diera cuenta, rompía en dos su familia tal vez para siempre.

Pero ella no era una persona dada a ponerse en el lugar de los demás. No se le pasaría jamás por la cabeza pararse a pensar que su marido quedaba roto, destrozado. Sólo podía repetirse que había vuelto a salirse con la suya y ahora estaba de camino a la preciosa mansión de sus padres, a su mar y su jardín, a su verdadero lugar, allí donde era alguien y todos la conocían y admiraban.

Sí, allí volvería a ser la que era, la más guapa, la más envidiada. Sólo tenía que dar a luz de una vez, lo antes posible, para recuperar sin perder tiempo su figura y, en su nueva condición de dignísima esposa, fuera de toda sospecha, dedicarse a asumir el papel que, desde la muerte de su madre, nadie se atrevió a interpretar: el de la perfecta anfitriona, la mejor organizadora, la protagonista de la vida social de la ciudad.

Ana apenas quiso permanecer más que un par de días en Madrid junto a su hermana. Sólo quería viajar de inmediato al norte, llegar a su casa cuanto antes. Isabel intentó arañar algunos días más a sus obligaciones para acompañarla a su ciudad y ayudarla a instalarse, pero le fue imposible y, además, sin saber muy bien qué la llevaba a pensar aquello, percibía en ella el deseo de viajar sin compañía, de llegar sola allí.

—Es un mecanismo de reafirmación —le explicaría una de sus amigas, especializada en Psiquiatría—. Por lo que me has contado, vuestra ciudad significa mucho para ella, es donde estuvo sola, con la única compañía de tu madre, totalmente ida, cuando tú ya acababas de empezar la carrera aquí. Luego, tras su compromiso, se dedicó a esperar a que su marido fuera allí a verla, y su boda tuvo lugar también en la catedral donde os bautizaron, donde vuestros padres se casaron, donde hicisteis la Comunión. Para ella —concluyó—, esa casa, esa ciudad, es su escenario, su marco

ideal, el lugar donde su vida tiene sentido. Por eso es tan importante que entre en ella en solitario, sin compañía.

—Pero yo crecí con ella en el mismo lugar, jugamos juntas, navegábamos solas las dos con nuestro velero por la bahía... ¿Por qué me rechaza ahora?

—No te rechaza, simplemente está tratando de encontrar su sitio en el mundo. Mira —dijo tras haberse parado a pensar un momento—, plantéatelo con los parámetros de un animal, de un mamífero, una loba o tal vez una leona: el embarazo desencadena procesos psicológicos especiales, una mujer, una hembra, necesita acondicionar una madriguera, una casa, un nido. Busca para ello un entorno seguro tanto para ella como para su cachorro y espera la protección de la manada. Ahora bien, el embarazo también otorga, incluso entre los animales, un cierto estatus. Los otros miembros del grupo respetan más a esa hembra, y ella debe hacer valer desde ese momento su posición.

—Sigo sin entenderlo... —reconoció Isabel confusa.

—Tu hermana va a la casa donde creció porque es ahí donde se siente a salvo, donde quiere montar su nido. Y no olvides que ha dejado atrás a su marido. Para ella entrar sola en la ciudad es una toma de posición: ya no se siente como la niña a quien los demás amparan y protegen. Ahora va a ser madre y ella se encargará de cuidar a su niño. Desde esa nueva posición de fortaleza, llegar sola e instalarse en la mansión familiar independientemente, sin que ni tu cuñado ni tú la acompañéis y la llevéis de la mano hasta allí, es un acto simbólico de reconocimiento de su propia determinación. Por eso debes respetarlo.

Isabel agradeció las explicaciones y los consejos de su amiga y se despidió en la estación de una Ana contenta e ilusionada, y cuando por fin pudo ella también estar a solas en su cuarto, frente a una montaña de apuntes y de trabajos por entregar, se paró a reflexionar un instante y se dio cuenta, sorprendida, de que nunca había visto a su hermana tan entera, tan decidida, incluso tan audaz.

«Sí, Ana ya es una mujer», se dijo. «Y no estará sola, Amalia y la tía Ángela cuidarán de ella. La casa está lista para ella, de hecho siempre lo ha estado porque yo me he encargado todo este tiempo de seguir pagando al servicio y reparar lo que fuera necesario para que pudiera recibimos a cualquiera de las dos. No tiene más que entrar, instalarse en su antigua habitación, o pedir que adecuenten la que más le guste, y empezar a recibir a sus antiguas amigas contándoles las novedades de su vida. Estará entretenida, y feliz, y yo también lo seré».

Sin embargo no pudo evitar recordar a Ignacio, solo en su destino lejano, y aparcando por un rato los deberes y compromisos pendientes —«Por media hora más no pasará nada», pensó—, se sentó en su escritorio, apartó la montaña de papeles a los que debía dedicarse para recuperar el tiempo perdido, y comenzó a escribirle una carta en la que le ponía al tanto del estado de Ana y de lo animada que parecía.

Quería tranquilizarle, que supiera que ella estaría pendiente de su mujer y de su embarazo, decirle que todo iría bien, que podían valerse por sí mismas las dos como

ya llevaban tanto tiempo haciendo. Esperaba que así él pudiera volcarse en su trabajo y relajarse, al menos calmarse un poco sabiendo que su familia estaba relativamente feliz, segura y a salvo. Incluso le contó que su madre, Ángela, con quien ya había hablado por teléfono, esperaba impaciente la llegada de Ana y su futuro nieto.

... Seguro que ya se ha puesto manos a la obra y estará tejiendo como loca chaquetitas, gorros de bebé y patucos diminutos. Creo que le vendrá bien la presencia de su nuera en la ciudad, estoy segura de que tenerla allí, tan cerca, le aportará nueva energía y, sobre todo, la sensación de volver a sentirse útil de nuevo. De tener alguien a quien cuidar.

No tienes por lo que preocuparte, de verdad, encárgate de cuidar de ti mismo, de animarte y reencontrarte de nuevo. Sé por propia experiencia lo duro que puede llegar a ser hacerse cargo de una persona como Ana, acostumbrada a ser mimada a todas horas. Me duele tener que reconocerlo, pero podría calificarla como devastadora.

En el momento en que está lejos la adoras, la echas de menos y añoras su modo de reír y cómo se le iluminan los ojos cuando te escucha, pero cuando estás a su lado es como si te quitara algo de vida y de energía y, al encontrarte solo otra vez, es como si no supieras qué hacer con toda esa vitalidad.

Aprovéchala. Sé que sabrás hacerlo.

Me gustaría que me escribieras, como antes, y que al leer tus cartas sintiera que vuelves a ser el mismo de antes, el Ignacio que yo conocí de niña. Haz lo posible por buscar en tu interior y encuéntrate, por favor.

De tus seres queridos, por ahora, me ocupo yo.

Releyó los últimos párrafos y aquella última frase le pareció un buen final para su carta. La firmó, la metió en un sobre que cerró de inmediato y, mucho más serena, casi hasta orgullosa de sí misma, en cuanto salió a la calle al día siguiente la echó al correo. Se sentía, por primera vez en mucho tiempo, en paz. Sí, exactamente así. Ignacio había hecho por ellas mucho, muchísimo. Desde la muerte de Clara él solo se decidió a asumir y cargar sobre sus hombros la responsabilidad de aglutinar en torno a él una familia a la que pertenecían tanto ella y Ana como la propia tía Ángela. Ahora, tras tantos años dedicado a su cuidado, por fin ella podía devolverle algo a cambio: libertad.

Precisamente de eso se trataba, reflexionó, de dejarle espacio y calma para realizarse, tal y como hizo ella durante su estancia en Madrid para estudiar la carrera. «Eso es lo que él necesita», se convenció. Paz, tranquilidad y espacio vital para ser él mismo, para reencontrarse de nuevo, para volver a ser él en su esencia sin tener que estar pendiente de Ana y sus caprichos.

Sin embargo, no se dio cuenta de que lo que realmente estaba haciendo era transmitirle la idea de que tanto ella como Ana, o incluso su madre, eran capaces de

vivir por su cuenta, de que no le necesitaban y, lo que era peor, de que todo el tiempo que les dedicó no había servido para nada porque, realmente, podían seguir adelante sin él o, dicho de otro modo, con él en la distancia.

Llegó a considerarse estafado. Durante años contentar a su mujer, aplacar las histerias de su madre y tenerlas ocupadas y entretenidas volcando todas sus penas, frustraciones y caprichos en él, era el fin para conseguir espacio y tranquilidad en la vida de Isabel, para que permaneciera en Madrid sin agobios y estudiara su carrera sin llevarlas sobre sus hombros como la losa que realmente eran.

Así, mientras Isabel dormía en Madrid con la conciencia tranquila y la sensación de haber saldado una antigua deuda, Ignacio esperaba, ignorante de la carga de frustración y desengaños que contenía, una carta que, pese a sus buenas intenciones, contribuiría a ahondar todavía un poco más la brecha que la marcha de Ana había supuesto para él.

Octubre de 1966

En la ciudad junto a la bahía

Al principio, Ana hablaba todos los días por teléfono con Ignacio, hasta que la distancia y la indiferencia fueron espaciando las llamadas y aumentaron sus compromisos sociales, sus meriendas, los contactos con antiguas amigas recién recuperadas.

Nada más llegar, a los pocos días de instalarse en la enorme casa acompañada por Ángela, a quien le rogó encarecidamente que se mudara junto a ella por un temor irracional a encontrarse sola con el servicio en caso de que le sobreviniera alguna complicación imprevista del embarazo, comprendió que, sólo por el hecho de haber residido en el extranjero, de ser la mujer de un diplomático y la hija de Clara de Arzaga, su presencia en la ciudad causaba una enorme expectación.

Se dio cuenta una de las primeras veces que, acompañada de su suegra, se acercó a la Calle Real, una de las principales arterias comerciales, dispuesta a comprar ropa adecuada a su nuevo estado y, también, para el niño que iba a llegar. Desde el momento en que Ángela y ella franqueaban el umbral de cualquier juguetería o tienda, no dejó de observar que las dependientas y muchos de los clientes se intercambiaban miradas, codazos y hasta cuchicheos sin quitarle la vista de encima. A veces los gerentes o los dueños de los locales salían de la trastienda para atender en persona a su tía, a quien consideraban una clienta fiel y excepcional, pero lo más sorprendente es que inmediatamente después se dirigían a ella para felicitarla por el feliz acontecimiento de su embarazo o preguntarle cómo había encontrado la ciudad tras tanto tiempo fuera.

—Bueno —le respondió Ángela con su lógica aplastante mientras mojaba con parsimonia un bollo suizo en su café cuando, durante una de las pausas que hicieron en sus compras, Ana le confesó sus impresiones—, tampoco es tan raro. ¿Cuánto tiempo llevas fuera? No más de tres años. En ese tiempo tampoco has cambiado tanto.

—Cierto, pero ¿por qué todos saben ya, si no llevo ni una semana aquí, que estoy embarazada, que vengo de Siria y todos y cada uno de los destinos por los que ha pasado Ignacio en todo este tiempo?

—Ay, hija, pues yo qué sé —contestó con un evidente punto de impaciencia que Ana, más preocupada por averiguar por qué extraños mecanismos se había convertido en una figura popular en la ciudad, ignoró soberanamente—, en un lugar tan provinciano como éste todo es motivo de curiosidad y cotilleo. El funcionamiento de las redes de información local es un misterio que una pobre vieja como yo ya no

entiende. Compréndeme, querida, he estado tanto tiempo sola, estoy tan desfasada...

Pero Ana cortó de un tajo la incipiente letanía de quejas sin fundamento de su tía y suegra, que no era tan mayor, pues ni siquiera había cumplido los sesenta años, ni estaba tan desinformada como se pretendía, y, con su habitual destreza para manejar a las personas y obtener de ellas lo que quería, la halagó zalamera hasta averiguar lo que quería:

—Venga, tiita, no seas boba, a ti no hay nada que se te escape, te enteras de todo, conoces al dedillo quién es quién aquí y eres una de las señoras más respetables y más admiradas de toda la provincia. Si alguien sabe cómo se maneja este cotarro de dimes y diretes, ésa eres tú.

—Bueno, supongo que no es difícil suponer —reconoció tía Ángela, esponjándose ante tanta adulación— que muchos de los miembros del servicio han echado sus lenguas a volar nada más instalarte en tu casa. Compréndelo, tu boda fue sonadísima, la gente estuvo hablando durante meses y meses de lo guapa que ibas, de lo apuesto que es mi hijo, de tu maravilloso vestido y nuestra perfecta organización... Claro, tú te fuiste de luna de miel y no llegaste a enterarte del revuelo que causó todo. En la boda estabas tan emocionada, tan nerviosa... Luego toda esa gente volvió a sus casas comentando que eras preciosa, tan guapa como un ángel, y claro, empezó a propagarse el rumor de que eras la mujer más guapa de la zona y de que te ibas a África, a gobernar a los negros con Ignacio... Imagínate, deben de estar que revientan de la curiosidad por saber cómo has vuelto, si has cazado elefantes, si te ha regalado alguna alhaja un marajá... En fin, cualquier tontería que hayan visto en el cine o leído en una revista. Somos todos tan paletos, tan pazguatos, que de ti se habla por aquí como si fueras una estrella de cine. Ya te acostumbrarás —concluyó, meneando la cabeza con resignación—. Y mucho menos te asustes —añadió al reparar en las pupilas de su nuera, furiosamente dilatadas y brillantes debido a lo que la pobre mujer tomó como pánico cuando sin embargo era un reflejo del más vivo éxtasis, de la más absoluta emoción.

Aquella tarde Ana, encantada de haber regresado, convencida de que su vuelta había sido la mejor decisión que jamás había tomado, se propuso firmemente no volver a seguir a su marido a ningún otro destino, nunca.

Nada la arrancaría de su reino, de las calles llenas de tiendas y dependientes serviles y encantados de atenderla y admirarla, dispuestos a reiterarle hasta la saciedad lo contentos que estaban de atenderla de nuevo; de su mundo social, en el que no se cansaban de pedirle una y otra vez que les relatara cómo era el mundo exótico que había visitado.

Una noche, en una de las habituales conversaciones que solía mantener con Isabel, que la llamaba diariamente para hacer un seguimiento de su salud y de la evolución de su embarazo, en el que, milagrosamente, había desaparecido cualquier

asomo de cansancio, se le escapó un comentario sobre lo gratificante que resultaba la vida en una ciudad cuando se ostentaba la categoría de gloria local. Era algo, afirmó, a lo que no pensaba renunciar. Sentía una especie de responsabilidad para con su público.

—Piensa que les debe algo, quedarse allí para siempre a cambio de todas sus muestras de admiración y casi diría que hasta de adoración —le comentaría después Isabel a Ignacio, con quien solía hablar con frecuencia para mantenerle informado del estado de ánimo y de salud de su indiferente mujer.

—Igual de engreída que Clara —suspiró Ignacio—. E igual de tenaz.

—Lo peor es que se está transformando en una especie de prisionera, vive en una jaula de oro, pero no se da cuenta porque puede pasear a sus anchas por ella, no en vano es tan grande como la propia ciudad. Es muy triste, se ha convertido en rehén de su propio prestigio —suspiró su hermana.

—Sí, pero como dice el refrán, «sarna con gusto no pica» —rió al otro lado Ignacio—. Míralo de este modo, al menos mi madre y ella están entretenidas.

—Es verdad, se han embarcado en una vorágine que me recuerda mucho a la que vivieron con los preparativos de vuestra boda. Cuando hablo con ellas sólo me repiten frases como: «Al niño no le puede faltar nada» o «Vendrá tanta gente a verlo que habrá que preparar varios faldones distintos». Piensan que es un muñeco con el que jugar a vestirlo de mil modos distintos...

—No te preocupes, es cuestión de tiempo que se den cuenta de lo que realmente comporta tener un niño. Por suerte o por desgracia la realidad vendrá a ponerlo todo en su sitio —profetizó Ignacio, flemático, con un deje de serenidad en su voz que tranquilizó a Isabel.

Hacía un par de meses, al comienzo del otoño, durante una de las muchas conversaciones que mantenían desde que el viaje de Isabel a Siria les hiciera retomar su antigua confianza, se sinceró con ella llegando a confesarle la crisis personal que desencadenó aquella carta que le envió nada más llegar a Madrid. Sin embargo, poco a poco, con el paso del tiempo, había logrado comprender que ella, que tanto tiempo había pasado junto a Ana, tenía razón: su marcha, su vuelta a España, la separación, fue finalmente beneficiosa para él. Iras un verano solitario en el que renunció a sus vacaciones para poder después, tras el parto, pasar más tiempo con su familia, dio inicio a un proceso de reconocimiento e incluso catarsis del que finalmente salió renovado y fortalecido. Se sentía como si se hubiera reencontrado, tras mucho tiempo alejados, con un amigo de la infancia. Y ese amigo era él mismo.

Ahora, aquellas charlas con su prima, a veces informales, otras más profundas, que podían llegar a alargarse horas y horas a pesar de las conferencias a larga distancia, eran para él, aunque jamás se lo reconocería, una necesidad irrenunciable. Hablando con ella ponía en orden sus pensamientos. Si estaba enfadado o preocupado, ella aplacaba su furia o aligeraba sus dificultades; si se creía vencido por la soledad, sólo con oírla se sentía acompañado. Pensaba con más claridad, se notaba

de buen humor. En definitiva, Isabel le había vuelto una persona mejor.

—Con todo, no puedo evitar sentir miedo por ella —continuaba su conversación Isabel con un rasgo de aprensión en su voz—, temo que acabe como mi madre, atada a su propia imagen.

—No te inquietes, eso no sucederá. Es mucho más fuerte de lo que parece. Es una superviviente, y sabe cuidarse.

—Eso espero. Al menos —se consoló—, está pasando un embarazo muy activo con tanta vida social —rió Isabel—. ¡Y yo que le decía en Damasco que no podía pasarse nueve meses tirada en un sofá! En fin, ahora hay que ocuparse de su salud y del niño que va a nacer. ¿Vendrás para el nacimiento, verdad?

—Por supuesto, trataré por todos los medios de estar ahí.

Pero octubre les trajo una noticia inesperada que precipitó su decisión de acompañar a Ana en los últimos días de su embarazo. Justo tres meses antes del parto, el ginecólogo confirmó lo que ya sospechaba:

—Son dos, traes gemelos, Ana.

Ella le miró consternada.

—¿Dos? No me lo puedo creer. ¡Es que no me lo puedo creer! —y rompió a llorar desconsolada.

La tía Ángela, la futura abuela, incapaz de reaccionar ante aquella información, sólo acertó a cogerle la mano y, suavemente, como con miedo o extremo cuidado, darle delicadas palmaditas destinadas a mejorar su ánimo.

Esa noche Ana llamó a su hermana y le contó lo que le había comunicado el médico.

—No voy a poder, Isabel. ¿Sabes lo que es traer a dos hijos al mundo a la vez?

—Entiendo que ahora te preocupe más el momento del parto, y sé que los últimos meses del embarazo serán un poco más duros para ti. Luego, cuando los gemelos nacen, siempre tienen algo menos de peso y...

—No me hables en términos médicos —la interrumpió su hermana, enfadada—. Sabes que no lo soporto. Además, todo eso ya me lo ha explicado mi ginecólogo.

—Lo siento —Isabel se disculpó de inmediato en un vano intento de aplacar así algo del mal humor de Ana—, pero es que entonces no entiendo por qué te preocupas tanto. Tendrás toda la ayuda del mundo, la nuestra y la de una niñera, o dos, o las que hagan falta, y todo el servicio que necesites...

—¿Y yo qué? —gritó de pronto al otro lado del hilo telefónico—. No entiendes nada. No os enteráis. Ni tú, ni mi marido, ni mucho menos la tonta de mi suegra. ¿Qué va a ser de mí ahora? Con un niño todavía podía ser yo, pero con dos ya es imposible.

—Ana, no te entiendo —respondió confusa Isabel—. Tendrías que estar feliz, vas a ser madre y no dejas de quejarte.

—Por eso. Porque seré madre. Ya no seré Ana Tyler de Arzaga, ahora seré sólo la madre de dos niños. Creí que tal vez con uno podría conseguir seguir siendo yo, tener al niño y hacer mi vida, ser su madre y ser también yo, con mi propio mundo, con mis reglas... Pero con dos... Eso no podré superarlo. Me hundiré, me volveré vieja y fea criándolos, me destrozarán la vida... Me acabarán. Pronto me veré organizando bautizos, comuniones, luego sus bodas... Se terminó organizar nada para mí. Ya ves. Soy todavía joven, pero se va a acabar mi vida. Como le pasó a mamá con nosotras. Tú y yo la hundimos. Fuimos su fin.

—Pero ¿cómo dices eso? Las hormonas te están afectando, te entristecen, te alteran... Sí, eso es. Ya verás, después de dar a luz todo cambiará y volverás a ser la Ana de siempre, alegre y feliz con tus niños. Imagínate que son niñas —y sonreía en su cuarto intentando hacer llegar a su hermana la fuerza, el calor de esa sonrisa—, no quiero ni pensar la alegría que se habrá llevado Ignacio. Estoy convencida de que te apoyará muchísimo y de que ahora mismo debe de estar loco de contento. ¿Cómo ha reaccionado?

La respuesta final de Ana, metálica y fría, la dejó sin palabras:

—No lo sabe. Mejor díselo tú, yo me voy a la cama.

—Ignacio, espero no molestarte.

—Hola, Isabel, ¿cómo estás? —la reconoció de inmediato y su voz, al principio animada por hablar con ella, cambió al instante al darse cuenta de que su cuñada parecía muy seria allí, tan lejos, en Madrid, y le telefoneaba a una hora inusual—. ¿Es que ha pasado algo? ¿Va todo bien?

—Verás, acabo de hablar con nuestra Ana y ¿a que no sabes lo que me ha dicho? —intentó imprimir un matiz de alegría a sus palabras, temblorosas y encorsetadas por lo nerviosa que la ponía esa extraña situación—. ¡Que vas a ser padre de gemelos! ¿No es estupendo?

El silencio se instaló al otro lado de la línea telefónica y, finalmente, Ignacio respondió con una voz que le sonó cansada, cargada de hastío.

—Ya, qué bien, y te manda a ti de correo del zar para que me lo comuniques.

—Me dijo que estaba muy cansada y se iba a la cama. Compréndelo, estaba impresionada por la noticia y me imagino que tendrá que digerirla poco a poco, acostumbrándose con el tiempo.

—No sé qué decirte, Isabel, voy a ser padre de dos criaturas y en este momento sólo siento abatimiento. Estos meses aquí, a solas, no han sido para mí más que un espejismo, un engaño. He vuelto a ser dueño de mí mismo, sí, de mis pensamientos, de mi carácter y mi voluntad, bloqueados antes por el intento de vivir en paz sin despertar las iras de Ana, por una prudencia que me hacía ignorar su tiranía, sus exigencias, y que me llevaba a preferir la indiferencia a plantarle cara de una vez y ponerla en su sitio, que es algo que quizá hubiéramos debido hacer todos, tanto tus

padres como tú o yo, antes.

»Pero no debo engañarme, no puedo seguir haciéndolo por más tiempo. Ella es mi mujer, la madre de mis hijos, de mis dos hijos, y debo volver a España para estar a su lado, porque soy su marido. Por más que intente olvidarlo, por más que me sienta libre aquí, soy su marido, es la verdad. Y si antes me sentía atado a ella, imagínate cómo será a partir de ahora, con dos niños en camino.

—No te desanimes, no te lo tomes así. Ya sabes cómo es mi hermana, cualquier noticia, el cambio más insignificante en sus planes, es motivo para ella de una hecatombe. Siendo así, es lógico que ahora se haya llevado un disgusto. Sin embargo yo estoy convencida de que se sobrepondrá.

—¿Tú crees? —respondió él escéptico, incluso con una ironía subyacente en su tono que tranquilizó a Isabel, pues comprendió que seguía siendo el hombre sereno y fuerte que había vuelto a encontrar en los últimos meses a pesar de la losa de realismo que ahora se cernía sobre él.

—Deberías venir y estar con ella, a lo mejor al encontraros, al pasar todo esto juntos, las cosas resulten más fáciles para los dos. Al fin y al cabo la paternidad, como la maternidad, es un momento precioso que no debes perderte desde el primer momento.

—Sí, no te angusties, por supuesto que iré. Yo no huyo de mis responsabilidades, y Ana es una de ellas. De hecho, ella y esos dos niños son la principal de mis obligaciones. Me imagino que estará furiosa, como siempre, sólo que ahora un poco más. Pobre —se compadeció—, tendrás que soportarla hasta que llegue. Y también a la loca de mi madre, que se habrá puesto histérica con la noticia.

—Un poco —reconoció Isabel—, pero no es nada que no pueda controlar y sobrellevar. No te olvides de quién soy hija. El nerviosismo de tu madre no es nada comparado con las crisis que tenía la mía.

—Me alegra que digas eso, me consuela que al menos conserves el sentido del humor —y ahora, justo antes de despedirse, abandonó el tono íntimo reservado para las confidencias y las conversaciones familiares para usar el práctico de quien está acostumbrado a tomar serias decisiones y dar órdenes—. Nos veremos pronto; y no te preocupes más de lo necesario por tu hermana, es una chantajista nata. Mañana la llamaré para felicitarla, supongo, por la noticia. Hasta pronto, Isabel, nos veremos en Navidad. Cuídate, y muchas gracias por tu ayuda. No sabes el valor que tiene para mí.

Isabel colgó abatida.

Más tarde, tumbada ya en su cama, daba vueltas sin conseguir dormir a pesar de estar agotada.

«Todo está saliendo mal», pensó. «Pero ahora, nuestra prioridad son los niños».

Y lentamente se durmió sin caer en la cuenta de que pensaba en ellos y se angustiaba por su futuro y su estado con mucha más intensidad que la propia Ana, que soñaba ya desde hacía un buen rato, despreocupada de todo una vez que hubo

desahogado su enfado con su hermana, con fiestas maravillosas en las que ella era, por supuesto, la reina.

Enero de 1967

La bahía parecía cobalto fundido a aquella hora de la tarde. La luz invernal que se filtraba a través de las nubes daba a la estancia un aspecto irreal y fantasmagórico. A ojos de Ignacio, casi siniestro.

«Hay viento sur», pensó. «Por eso el mar está tan agitado ahí fuera y el viento golpea con esta fuerza insistente los ventanales de la casa».

Suspiró y recordó con nostalgia los momentos atesorados en ese paraíso acuático que ahora se rebelaba con fiereza enfrentándose, levantándose casi sobre la barandilla del embarcadero, más allá del jardín. Esa bahía, ese mar, habían sido para él lo más parecido a la felicidad. Ahora, aquella felicidad de antes parecía más escurridiza que nunca justo en un tiempo en que tendría incluso que haberse acrecentado.

Pero no era así. Se revolvió inquieto en el sillón donde leía perezoso la prensa. Le hubiera gustado poder dar una vuelta por el jardín con las ramas de los árboles zarandeándose furiosas, las manos en los bolsillos del impermeable que se pegaría contra sus piernas y el pelo alborotado, tanto como él. Su ánimo era acorde al del clima de ese día, se notaba tan nervioso e intranquilo como el viento que azotaba la costa. En aquella casa se sentía prisionero, pero sabía que sólo la insinuación de que le gustaría salir un rato fuera alteraría profundamente a las mujeres; a su madre, que dormitaba frente a él en la mecedora, con una aguja de ganchillo en las manos, y a Ana, que iba y venía de un lado para otro de la habitación recolocando cojines, tapetes y cualquier objeto susceptible de ser movido y acomodado.

Sabía que lo hacía por el afán de entretenerse. Ignacio intuía que trajinar por su casa y reorganizar su decoración una y otra vez le producía un secreto placer, un sentimiento de orgullo provocado por saberse dueña y señora de aquella casa.

Sí, sin duda en cada gesto, cada vez que su mujer tocaba una cómoda, una butaca, un simple cubierto de plata que hubiera pertenecido a su madre, se revelaba la vanidad, el regocijo, hasta se diría que la sensualidad que le causaba reconocer que había llegado a dominar ese territorio que a él le parecía, tan lleno de flores, de muebles antiguos y pesados, de polvo que por más que se limpiara nunca se acababa de eliminar del todo, un mausoleo, una casa de muertos que seguían vagando por aquel lugar grande y frío dispuestos a cargarles con su recuerdo.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió para ver a Ana enorme y malhumorada recolocando distraídamente las camelias de un florero. Una vez más, su imagen le recordó a la de Clara. Su madre tenía la misma obsesión que ella por las flores frescas. Siempre, en cualquier rincón de la casa con la única excepción de los dormitorios y la cocina, podía encontrarse un jarrón cargado con ellas, daba igual la hora del día o en qué época del año se hallaran. No importaba que fuera otoño,

verano o invierno. En aquella casa siempre había flores, preferiblemente acordes a la estación y, en caso de no poder conseguirlas de su propio jardín, hermosos ejemplares de invernadero.

Lo más curioso de todo era que tanto Clara como Ana eran expertas cortadoras de flores, pero no las querían. Veía la imagen de su tía con un enorme sombrero de paja recorriendo incansable el jardín con una cesta de mimbre colgada del brazo y unas aterradoras tijeras en la otra mano dispuesta a dar con los mejores *Lilium*, los más grandes, los más bonitos. No tenía ningún problema en cortarlos con firmeza porque, para ella, el fin de adornar su salón justificaba la muerte de su belleza. Sin embargo, ni Ana ni su madre eran aficionadas a la jardinería ni habían plantado, cuidado o podado un rosal o cualquier tipo de planta o parterre en su vida.

—Estoy deseando que esto acabe cuanto antes —refunfuñó de pronto su mujer, sacándole de sus reflexiones—; no me puedo mover, casi no puedo ni abrocharme la poca ropa que todavía me sirve. Parezco una ballena —lo decía con resentimiento, mirándole con una luz de reproche que ya era permanente.

—Ya queda menos, luego todo será más fácil —repitió maquinalmente, como venía haciendo en los últimos días, procurando parecer sereno, apacible, dócil.

El veneno de la respuesta que Ana iba a lanzarle quedó neutralizado por el sonido estridente del timbre de la puerta.

Ángela se despertó sobresaltada de su siesta involuntaria y ellos quedaron en silencio y expectantes mientras escuchaban cómo los pasos de una doncella se dirigían a la puerta principal y ésta la abría para a continuación saludar a la visita recién llegada.

Aunque en cuanto oyeron su voz supieron que no era ninguna visita:

—¡Qué frío hace ahí fuera! —exclamó Isabel, temblando nada más pisar el *hall*.

Inconscientemente, tanto las manos crispadas de Ana que sujetaban el florero como el rictus tenso de Ignacio se relajaron.

—¡Isabel, menos mal, qué bien que hayas llegado ya! Estoy a punto... —su hermana, mucho más rápida de lo que pudiera creerse a la vista de su enorme volumen, llegó en un santiamén hasta ella y la cogió de las manos estrechándoselas con cariño o, tal vez, la efusividad egoísta de sentirse por fin segura, protegida por la presencia de un médico en su propia casa.

La tía Ángela, por su parte, había conseguido despejarse de aquel día plomizo y, algo más rezagada, se acercó también hasta su sobrina para abrazarla y besarla, se diría que con cierto alivio.

—Ay, hijita, qué alegría tenerte aquí, hay tantas cosas por hacer, tanto que contarte y tantos consejos que te tengo que pedir que me dan ganas de no soltarte y llevarte directamente a la cocina para que me ayudes a organizar esta casa enorme.

Lo cierto es que la petición de Ángela no estaba carente de razón. En las últimas

semanas se había visto algo desbordada por los preparativos que generaba la doble venida de sus nietos, y entre el mal humor de Ana, la apatía de su hijo, tratar con los pintores que adecentaban el nuevo cuarto para los niños y mil cosas más se sentía agotada. Agradeció la llegada de Isabel, que con su eficiencia, sus dotes organizativas y el respeto del servicio ganado tras años de gobernar aquella mansión con firmeza, amabilidad y decisión, era una magnífica ayuda en un momento en que todos, lo reconocieran o no, desde la futura madre a ella misma, se notaban inquietos y nerviosos por la inminencia del parto.

—¡Vaya! ¡Si lo sé me quedo en Madrid! —exclamó ésta entre risas que todos corearon.

Su aparición había sido providencial, de pronto los sentimientos de preocupación e inquietud que oscurecían las cabezas de todos habían desaparecido.

Isabel rodeaba los hombros de Ana con un brazo, mientras con el otro se cogía del brazo de su tía, orgullosísima de tener por fin en la mansión de los Arzaga a toda la familia reunida, cuando se dio cuenta de pronto de que alguien faltaba. Levantó la cabeza inquieta y buscó en torno suyo a Ignacio. Éste se había quedado algo rezagado, un poco apartado de las tres mujeres, y desde el umbral del salón las observaba, apoyado en la arcada que daba acceso a la estancia desde el *hall*, con las manos metidas en los bolsillos y una indescifrable expresión, difusa, cercana y lejana a la vez, en la mirada.

—Qué gran alegría verte, querida cuñada. Fue una pena que no pudieras venir por Navidad.

Ella le miró directamente a los ojos y esbozó una sonrisa franca que, con todo, ocultaba mucho más de lo que parecía expresar:

—Sí, para mí también es una alegría estar aquí para el nacimiento de vuestros hijos —respondió sin más.

Y se dejó arrastrar por las dos mujeres, que ansiosas la conducían al salón y le ayudaban a quitarse el abrigo y se atropellaban y se quitaban la palabra una a la otra para contarle, sin orden ni concierto, los cotilleos, los cambios en la casa y en la ciudad y cualquier acontecimiento que se hubiera perdido por no estar allí en las fiestas.

Realmente, Isabel tuvo la intención de acudir a su ciudad por Navidad, quería aprovechar las fiestas para estar junto a su familia, reunidos por primera vez en mucho tiempo. A pesar del estricto régimen de guardias que como interna del hospital en el que trabajaba desde su licenciatura debía cumplir, consiguió más de una tarde sacar un par de horas para acercarse hasta el centro y comprar con esmero regalos para todos y, por supuesto, para los dos niños por venir. Sacó con antelación su billete de tren, dispuso sus asuntos pendientes, arregló los turnos con sus compañeros, cuidó que no quedara ningún tema urgente pendiente y, dos días antes del 21 de diciembre,

la fecha en que tenía previsto partir para su ciudad, se encontró a sí misma por la noche, ante la maleta abierta sobre su cama, probándose varios vestidos en busca de uno que le sentara especialmente bien para lucirlo durante la cena de Nochebuena.

Acababa de descartar uno de color vino que contrastaba enormemente con su pelo, se lo quitó, lo tiró de cualquier modo sobre la cama y, al girarse, se encontró con su propia imagen en el espejo. Estaba descalza, llevaba una combinación color marfil y en sus ojos brillaba un fuego que no veía desde hace tiempo. Estudió con calma, con ansia, su propio cuerpo, la equilibrada distribución de curvas y rectas que se revelaban bajo la seda y el encaje que la cubría, la voluptuosidad del escote, el relieve de los labios, el contorno de los muslos y tobillos, la brevedad de la cintura y la gracia del cuello, se ahuecó la melena negra y, sin previo aviso, se puso a temblar.

¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿Por qué se examinaba con ese afán? ¿Por qué la pulsión de probarse un vestido tras otro y el ansia de encontrar el más perfecto? ¿Por qué, precisamente ahora en que por la presión de su trabajo casi no tenía tiempo ni de fijarse en su aspecto, dedicaba horas y horas de una noche en que debía estar descansando a preocuparse por su aspecto? ¿Para quién?

Buscó una bata, un viejo jersey, cualquier cosa con la que cubrirse. Se puso un camisón de franela feísimo que le había regalado la tía Ángela y siempre se había negado a estrenar, tiró todos los vestidos de cualquier manera sobre una silla y se metió en la cama apresurada, sin querer volver a mirarse al espejo.

Tardó mucho en dormirse pese a que estaba rendida.

Al día siguiente, muy temprano, fue a la estación y anuló su billete de tren.

En casa, sin embargo, no se disgustaron demasiado. Ana estaba de un pésimo humor que apenas empeoró al saberlo, Ignacio pareció algo decepcionado, pero vivía sumido en un estado de indiferencia tal que tuvo que esforzarse por demostrarlo, y sólo su tía supo hacerle llegar por teléfono su profundo pesar y su estupefacción por que en el hospital fueran tan abusivos como para hacerle cambiar sus planes a última hora.

—No lo entiendo, querida, ¿es que no saben que tienes familia?

Ahora, sin embargo, era su tía, sin pena en la voz, algo atolondrada tal vez por aquella explosión de alegría familiar, la que sentada a su izquierda en el sofá parloteaba sin cesar, contándole todos los detalles de la ropita que llevaban meses comprando, de las cunas encargadas al mejor ebanista de la ciudad, de los coches gemelos que habían tenido que encargar a toda prisa. A su derecha se sentaba Ana, muy cerca, y todavía la cogía de las manos; por su parte Ignacio, de pie junto a la chimenea, las miraba desde arriba, algo más alejado, y fue quien impuso un poco de lógica en la reunión:

—Pero basta ya de palabrería, vendrás con hambre y querrás comer algo, ¿no?

—La verdad es que sí, no me vendría mal. Creo que he cogido un poco de frío

desde la estación hasta aquí.

—No os preocupéis, ya voy yo a avisar y así me muevo algo —dijo Ana con una sonrisa. Estaba radiante y feliz por tener a su hermana cerca. Al levantarse miró al suelo—. Y también les diré que traigan algo para limpiar el suelo. Tu paraguas debe de haber mojado la madera del parqué, mira cómo se ha puesto todo.

—No ha sido mi paraguas, y me parece que tendremos que dejar la cena para más tarde. Ana: acabas de romper aguas.

Las niñas nacieron después de un parto largo y difícil más de quince días antes de lo previsto. Isabel entró en el quirófano y estuvo todo el tiempo con su hermana, apoyándola y dándole fuerzas cuando ésta se sentía desfallecer.

Cuando por fin todo acabó y pudo salir junto con una de las comadronas a enseñarle a Ignacio a sus dos hijas, él pudo comprobar que eran absolutamente diferentes. El poco pelo que casi tuvieron que adivinar en la pequeña cabecita de Teresa era rubio, del mismo color, quizá un poco más claro, que el de su madre; en cuanto a María, nació con una pelusa oscura que recordaba al de su padre y su tía Isabel.

Ana tardó más de una semana en regresar del hospital con sus hijas e instalarse en la casa. A pesar de haber pasado buena parte de su embarazo ilusionada y ocupada preparándolo todo para que su bebé fuera el mejor vestido y equipado de la ciudad, cuando empezaron a llegar las visitas, deseosas de conocer a las recién nacidas, las recibió con apatía.

Tenía sólo veintitrés años, pero su recuperación fue lenta y dolorosa. La tía Ángela calificó su estado con una frase que le había oído siempre decir a su abuela:

—Es melancolía de madre —vaticinó—. Muchas veces había oído hablar de ella, pero nunca la había visto antes, o no al menos de una manera tan acentuada. Sin embargo todo encaja: al caer el día se echa a llorar y no puede parar, dice que está agotada, se le está yendo poco a poco la leche, no quiere coger a sus hijas ni dejar que la toque Ignacio, al que no puede ni ver, y se ha vuelto tan indiferente a todo que da la sensación de que las niñas le dan totalmente igual.

—Eso es una dolencia que estudia la psicología y que se llama depresión posparto —la corrigió Isabel—. Es un término médico muy poco extendido, pero básicamente los síntomas coinciden con los que tú has descrito: Ana cada vez está más retraída y ajena, incluso conmigo, pero no es culpa suya, ni tampoco es una mala madre por no estar pendiente de sus gemelas. Es su organismo, que ha reaccionado mal al parto y a los cambios que supone la maternidad. Seguro que se le pasa pronto, tía, no te preocupes.

Pero luego, más tarde, solos los dos en el salón como solían hacer en Damasco

después de que Ana se retirara, Isabel le confesó a Ignacio sus temores:

—Le dije a tu madre que las crisis de astenia, llanto y apatía de mi hermana pasarían, que mejoraría y volvería a ser la de siempre: le mentí. Lo cierto es que dudo que vuelva a ser la de antes.

—Sí, yo también he pensado lo mismo. Siempre ha sido impredecible, pero según mi experiencia con ella de todos estos años, ninguno de los cambios que con el tiempo ha experimentado ha sido para mejor. ¿Es posible que una depresión posparto, como tú la llamas, pueda prolongarse mucho tiempo?

—Por lo que sé, podríamos decir que en el caso de Ana, de tendencias depresivas desde siempre, el parto podría desencadenar una melancolía crónica, por decirlo de algún modo. Si quieres saber mi opinión y dejando el lenguaje médico a un lado, te diré que ella es, por educación, por herencia, una perpetua descontenta. Siendo así, es previsible que los trastornos de su personalidad sean permanentes y que, con el paso del tiempo, se acentúen.

Ignacio agradeció su franqueza, ese ejercicio de sinceridad sin tapujos que formaba parte del germen de su personalidad, de su auténtica manera de ser, pero no por ello dejó de analizar el peso enorme que su veredicto tendría sobre su vida.

—Creí que la maternidad podría cambiarla a mejor. Pero veo que me equivoqué —confesó abatido.

—A veces pasa, me han hablado de casos en que ha sido así. Sin embargo Ana...

—Ya, es lo que te dije antes: va cambiando con los años, pero siempre para peor —Ignacio hizo un gesto con la mano como para querer apartar ese pensamiento, parecía comprender que el carácter y la relación con su mujer estaban predestinados a no mejorar jamás, por lo que no valía la pena dedicar un solo minuto a lamentarse o intentar buscar una solución. Lo cierto es que tenía cosas mucho más importantes en que pensar—. Lo que me preocupa son las niñas: ella se niega a regresar conmigo y yo me debo a mi cargo, pero me aterra dejar a las gemelas solas con su madre.

—Eso no ocurrirá. Yo estaré pendiente desde Madrid, su abuela ahora vive también en la casa, y el servicio, y Amalia, aunque algo mayor ya...

—Sabes como yo que no es suficiente, sólo que no se me ocurre qué medidas tomar o cuáles podrían ser menos dolorosas o, al menos, más fácilmente aceptadas por ella.

—Tendríamos que buscar a una o dos personas que se ocupen tanto de las niñas como de Ana, y no me refiero a niñeras, sino tal vez a una enfermera habituada a tratar con gente con los problemas de mi hermana y a otra persona que se encargaría exclusivamente de las gemelas —planeó Isabel en alto, poniendo a funcionar la extraordinaria capacidad práctica que tanto le había alabado su tía Ángela.

—Sí, pero ¿cómo justificamos que vengan dos personas en vez de una sola para cuidar a las niñas? —preguntó Ignacio—. Porque queda descartado explicarle que una estaría encargada de vigilarla y atenderla. Ana es muy suspicaz.

—Lo sé, por eso es tan importante que demos con dos profesionales cualificadas

y de total confianza. Les diríamos a ella y a tu madre, porque de conocer la verdad tía Ángela se asustaría muchísimo y, lo que es peor, probablemente terminaría metiendo la pata y contándoselo todo, que contratamos a dos niñeras internas porque así habrá una para cada niña, Amalia ya está mayor y los gemelos, al nacer con menos peso, siempre requieren más cuidados al principio. Además, si todo sale bien, eso es lo que harán. Espero que no haya complicaciones, pero de ocurrir tendríamos a una persona dedicada a vigilar y atender a Ana exclusivamente y a la otra al cuidado de las gemelas.

—No me expliques más —atajó él—, confío plenamente en ti. Busca a quienes te parezcan más adecuadas y ofréceles lo que pidan. En esta familia, por desgracia, el dinero no es un problema y sí lo es el tener que soportarnos entre nosotros.

Mes y medio después del nacimiento de sus hijas, a mediados de marzo, Ignacio volvió a Próximo Oriente. Intentó por todos los medios conseguir algunos días más, pero le resultó imposible. Sus superiores del Ministerio ya le habían requerido varias veces y estaba seguro de que un paso en falso daría al traste para siempre con una brillante y ascendente carrera profesional.

Isabel, por su parte, regresó algo más tarde a Madrid. Durante los días que permaneció en su ciudad se dedicó en cuerpo y alma al cuidado de las niñas, a atender a Ana y soportar con paciencia sus continuos cambios de humor, sus llantinas, su indiferencia y, como siempre, su inagotable descontento. En los breves lapsos en que no la requerían ni su hermana ni sus sobrinas, que por haber nacido algo más pequeñas que la media habitual necesitaban más atención y cuidados específicos, se dedicaba a entrevistar a las enfermeras que habían contestado a los anuncios que, antes de partir, Ignacio había ordenado poner en los periódicos locales.

Las entrevistaba en el salón de una en una y procuraba ser lo más fría y cerebral posible a la hora de descartar o elegir a las candidatas. Era consciente de que se iría en breve y dejaría a dos niñas indefensas en manos de unas desconocidas en las que tendría que confiar más incluso que en su propia madre. Finalmente, la presión se le hizo insoportable, se veía incapacitada para tomar una decisión, la responsabilidad la desbordaba y le impedía concentrarse.

Para colmo, Ana, al tanto de su trabajo de selección, aparecía a veces de improviso en el salón cuando alguna de las aspirantes al puesto y ella estaban enfrascadas en una conversación sobre cuidados de recién nacidos o cómo tratar a una histérica durante sus crisis y las obligaba a cambiar de tema rápidamente o, en el mejor de los casos, se sentaba allí prometiendo no molestar y, en cambio, no dejaba de intervenir en la charla, poniendo más nerviosa si cabe a la entrevistada y estropeando su contratación.

—Por la noche me meto en la biblioteca cargada con un montón de carpetas llenas de currículos y cartas de referencia y te juro que todos me parecen iguales, o

demasiado diferentes unos de otros, o me da por pensar que todas las interesadas en los puestos mienten y no me puedo fiar de ninguna —se quejó amargamente una noche a Ignacio.

—Estás bloqueada, te está venciendo la ansiedad de dar con las enfermeras perfectas y va a llegar un momento en que pierdas cualquier asomo de objetividad. Tienes que calmarte —le aconsejó Ignacio.

—Para ti es fácil decirlo, tú siempre has tenido un don especial para decidirte sobre las cosas sin vacilar.

—Claro, y así me ha ido —reconoció con ironía.

—Qué torpe he sido —se lamentó Isabel azorada—, no quise decir eso, yo...

—Tú estás ahí, en mi lugar, ocupándote del bienestar de mi mujer y mis hijas mientras yo estoy a miles de kilómetros de distancia, así que no tienes que disculparte por nada —atajó Ignacio antes de que su cuñada pudiera continuar—. Y en cuanto a esas decisiones que tienes pendientes, yo te recomendaría seguir el dictado de tu instinto. Estoy seguro de que acertarás.

Y así fue. Se acostó muy pronto después de hablar con Ignacio y durmió por primera vez tranquila y relajada en muchos días, dejando por una noche los llantos de sus sobrinas al cuidado de Ángela, su abuela, y Amalia, la niñera que tanto hiciera por ella misma.

Al día siguiente, nada más levantarse, con una taza de café en las manos, tuvo una intuición repentina, ya sabía lo que tenía que hacer.

Esa misma mañana telefoneó a dos de las candidatas más jóvenes e inexpertas. Apenas tenían experiencia, pero sus calificaciones eran altísimas y, sobre todo, su juventud y su entusiasmo unidos a unas sonrisas expresivas y sinceras la llenaron de tranquilidad. No se trataba de buscar sargentos para sus sobrinas ni su hermana, sino de dar con personas flexibles, conecedoras de su trabajo y sus responsabilidades pero lo suficientemente inteligentes como para adecuar todos sus estudios a las necesidades de la vida misma, con su cuota de imprevistos.

Ya en Madrid, se dejó absorber por el ritmo de su vida profesional como recién licenciada aceptada como interna en el hospital. Desde su condición, tan baja en la jerarquía médica del centro, no podía hacer otra cosa que someterse con cierta alegría a aquella sucesión de días y noches dedicadas exclusivamente a aprender y dormir lo mínimo para seguir adelante, sin poder apenas robar unos minutos al tiempo para pensar, lo cual era muy de agradecer a la vista de las complicaciones de su vida personal.

El ambiente del hospital era agradable y en general los médicos jóvenes trataban de sostenerse unos a otros en el laberinto de horas y guardias que monopolizaban su vida. Vencida por el cansancio, pero mucho más relajada en aquel ambiente cargado con la intensidad de las urgencias y las llamadas imprevistas para atender un caso tras

otro, logró sacar fuerzas para entretenerse, hasta ilusionarse, con algún que otro flirteo con otros médicos tan jóvenes, tan inexpertos y tan confusos como ella.

A veces ellos querían que la cosa fuera a más, pasar del grado de acompañantes, de parejas ocasionales, al de novios, pero ella era muy firme en ese aspecto: no quería compromisos más allá del de verse al día siguiente en el hospital o desayunar juntos tras toda una noche de guardia. No quería hacer planes para la semana próxima, para el mes siguiente. No quería comprometer su futuro, ni siquiera sus fines de semana, porque ahora, en plena etapa como residente, era en éstos cuando conseguía escaparse hasta su ciudad y su casa.

Desde el mismo instante en que Isabel entraba por la puerta, Ana se desentendía más si cabe de sus hijas y se enfrascaba en interminables conversaciones telefónicas con sus amigas de la ciudad encaminadas a quedar a una hora y en algún lugar concreto del centro. Sólo quería salir de casa. Su única preocupación era retomar su vida de adolescente donde la había dejado.

La de Isabel, en cambio, consistía en negarse a tener vida propia a cambio de escaparse unas pocas horas más junto a Teresa y María.

Algunos de sus amantes ocasionales llegaban a comprenderlo. Otros, en cambio, seducidos más aún por esa misteriosa renuencia a compartir su tiempo fuera del hospital o de las horas inmediatamente anteriores o posteriores a su horario laboral, se encaprichaban más todavía, empeñados en descubrir qué era lo que la atrapaba cuando no estaba con ellos, el resto de su vida.

Fue así como Isabel se ganó su fama de mujer altiva, misteriosa, infranqueable.

Ana, entretanto, seguía adelante empeñada en borrar todos sus años de matrimonio y maternidad. Quería volver a su adolescencia de princesa prometida. Quería volver a ser otra vez esa niña a la que todos pretendían.

Coincidiendo con el segundo cumpleaños de las niñas, Ignacio sugirió a Ana la posibilidad de acordar mediante sus abogados una separación matrimonial. Ella aceptó encantada. Llevaban ya separados físicamente casi tres años, y le pareció más que adecuado que sus representantes legales acordaran una división de sus bienes a efectos totalmente privados que le daría libertad para disponer de buena parte de su capital sin tener que solicitar a cada momento el permiso de su marido. Ante su evidente avaricia y viendo su predisposición a aceptar su propuesta, Ignacio se atrevió a insinuarle que, ya que era imposible el divorcio en España, podían intentar solicitar la anulación matrimonial ante la Iglesia católica. Pero en ese punto Ana se negó tajantemente. Sabía que con una buena cantidad de dinero podría conseguir una sentencia favorable del Tribunal de la Rota, sí, y de hecho tenía amigas que lo habían logrado, pero no quería la libertad de volver a casarse, como le había recordado su marido aludiendo a su juventud. No se volvería a casar nunca, jamás, porque no soportaba a los hombres, le dijo entre gritos. Y mucho menos aceptaría que la tomaran por loca o pusieran en duda su juicio, pues sabía de sobra los argumentos que se esgrimían ante ese tribunal y jamás aceptaría que los usaran contra sí misma.

Ignacio, agotado, asqueado incluso, dio un poder total a su abogado para que dispusiera todo conforme a los deseos de su mujer. Liberado, acepto el calendario de visitas a las niñas y concedió todo lo que, en el plano económico, fueron exigencias desorbitadas por parte de Ana.

Una vez más, la noche antes de partir rumbo a su nuevo destino, hizo balance de lo que dejaba atrás, no ya en aquella ciudad exótica, como siempre tan difícil en lo laboral y tan maravillosa y enriquecedora para él en experiencias como todas las que no se cansaba de conocer, sino en lo personal, y recordó los últimos cinco años de su vida como los más amargos, los más duros y devastadores.

En un impulso, levantó el auricular del teléfono y se desahogó con Isabel como tantas otras noches:

—Ni un momento de felicidad, ni uno solo —comentó con pesar—. Ya en el viaje de novios me di cuenta del error. Tu hermana es como vuestra madre, exactamente el mismo carácter. Cuando era niña no lo veíamos por su aspecto angelical, y cuando era una adolescente, si te soy sincero, me deslumbró su belleza. Después, el embarazo y el posparto de las niñas destaparon la caja de los truenos. En fin, es una etapa acabada. Espero que me deje a las niñas el tiempo que me corresponda aunque mi destino no le guste. Al fin y al cabo soy su padre y tengo todo el derecho a verlas. Además, ya que las trata con esa frialdad y me demuestra que le importan tan poco, así se libra una temporada de ellas.

Isabel asentía en silencio, sin atreverse a decir nada que hiriera aún más a su cuñado. Finalmente, preguntó con timidez:

—¿Y a qué lugar del mundo te mandarán, sabes algo?

—No, no tengo ni idea. Pero, francamente, espero que sea lo más lejos posible. Será el momento ideal para recomponer una vez más mi ego, pulverizado por tu hermana en estos años. Creía que cuando se volvió contigo había logrado reencontrarme y volver a fortalecerme, pero no esperaba que tras el parto su comportamiento fuera tan destructivo ni que fuera tan manipuladora, tan chantajista con las niñas de por medio. Los hijos duelen muchísimo, Isabel, no sabes hasta qué punto, ni lo que llega a soportar un hombre sólo por no perderlos.

—Yo me comprometo a llevarte a las niñas siempre que pueda donde tú nos cites. Entre Ana, tu madre y yo lo resolveremos. Es lo mínimo que podemos hacer.

—Gracias, Isabel, ya lo sé, siempre he sabido que puedo contar contigo —tras una pausa, añadió—: ¿Te has dado cuenta? Hemos recuperado nuestro estatus familiar anterior, aunque tu hermana y yo seguimos estando casados de cara a la galería y a la Ley, en el fondo tú y yo sabemos que volvemos a ser sólo primos.

—No, somos mucho más que eso, le has dado dos hijas a mi hermana que lo son todo para mí, y además tu madre seguirá viviendo en nuestra casa con ellas, lo que me tranquiliza muchísimo.

Isabel se arrepintió de inmediato por esta corrección, por apostillar lo que Ignacio acababa de decir. Sabía que hubiera sido más fácil responderle simplemente que sí, que volvían a ser sólo primos, pero se rebelaba, se negaba a que él lo considerara de un modo tan simple, a que cortara de golpe tantos años de confianzas, de consuelo y apoyo mutuo, una relación cimentada por las dificultades que provocaba Ana pero que, también, se basaba en las alegrías de las niñas, en las llamadas telefónicas para comunicarle que les habían salido ya los dientes, que habían echado a andar.

—De nuevo tienes razón, como siempre —y volvió a callar antes de afirmar con tono pensativo—: Tú y yo lo sabemos, en el fondo lo nuestro siempre ha sido mucho más. Creo, de hecho, que no he tenido nunca una relación tan intensa con otra mujer como la he tenido contigo.

Isabel se sintió muy violenta por estas palabras, enrojeció y dio gracias de que a través del teléfono él no pudiera percibir su turbación. Cuando por fin pudo hablar sólo se le ocurrieron una serie de espacios comunes de los que echó mano para despedirse:

—Disfruta del tiempo que te queda en Próximo Oriente. Ojalá encuentres pronto a alguien que te haga feliz, te lo mereces tras todos estos años atado a mi hermana. Seguro que te habrán salido mil novias a las que habrás tenido que renunciar por ella.

—No ha habido nada permanente, Isabel, pero agradezco tus buenos deseos.

La respuesta seca, impenetrable y aséptica de Ignacio la llenó de desolación.

«Hay alguien seguro», pensó nada más colgar. «Tiene que haberlo, o si no lo habrá pronto. Es imposible que un hombre tan atractivo y brillante lleve tanto tiempo solo. Ana lo ha estropeado todo. En realidad, ni lo ha intentado».

Y por primera vez en años se permitió la libertad de reconocerse furiosa. Y lloró. Lloró desconsoladamente por lo que nunca tendría y pensó por primera vez en su hermana, que había destrozado sus vidas de un modo gratuito y estúpido, como en una enemiga.

Una semana después, contestó afirmativamente a una propuesta de trabajo que le había llegado desde un importante centro médico del Golfo Pérsico.

«Yo también necesito distancia», se dijo para justificar alejarse tanto de Ana y las niñas justo cuando las pequeñas estaban pasando por un momento de su infancia tan feliz e inocente. Sabía que no era justo alejarse precisamente ahora, dejarlas con su madre y Ángela cuando Ignacio también acababa de romper los lazos con Ana. «Pero al fin y al cabo son aún muy pequeñas. No se dan cuenta de nada. Y llevan desde su nacimiento lejos de su padre. Sigue casado con Ana, sí, pero no está en casa. No lo notarán. Y lo necesito tanto...»

Cinco años después

Ignacio de Arzaga contempló con desinterés a la gente que asistía al cóctel de la embajada de Francia.

«Tanto tiempo en Indonesia que ya me sé de memoria las caras de toda esta gente. Siempre las mismas, los mismos gestos», pensó aburrido. «Ésta es la parte de mi trabajo que menos me gusta, la vida social del diplomático, las relaciones vacías y superficiales, pero necesarias, y a veces tan aburridas...»

Apoyado en el pedestal de mármol de una estatua clásica, no se daba cuenta de que estaba siendo observado por algunas de las damas que pululaban por el salón, mujeres guapas que, sólo con sus miradas, dejaban entrever claramente que lo deseaban en silencio.

Posiblemente si hubiera salido del mundo de sus pensamientos habría comprendido que un solo ademán suyo bastaba para conseguir compañía esa noche y apartar así su lado oscuro. Pero no era consciente, o no del todo, del efecto que causaba en las mujeres.

Sólo la mayor parte del tiempo, serio y elegante, el enigmático diplomático español se había convertido en un misterio para muchas mujeres que, conociéndolo y frecuentándolo, veían en el gesto distante y escéptico de aquel hombre tan atractivo y aparentemente tan desdichado todo un desafío, un reto hacia sí mismas, que consistía en arrancarle una sonrisa y convertirse en su sombra y averiguar por qué casi nunca reía, qué le impedía ser feliz.

No sabían, no podían saber que su mente estaba lejos de aquel salón iluminado, totalmente ajena a lo que le rodeaba. En aquellos instantes, por ejemplo, recordaba a Ana y la última conversación que había tenido con ella.

Su relación con la que, de hecho, todavía era su mujer era correcta pero carente de afecto. No interfería en la educación de sus hijas, pues la habían consensuado hacía ya tiempo y ni ella ni él deseaban cambiar los términos de un acuerdo de separación que resultó muy duro de negociar, y procuraba viajar a España lo máximo posible para verlas, amén de los periodos de vacaciones que le correspondían.

En esas temporadas, dado el rechazo de Ana por los países en los que vivía debido a su trabajo, solía alquilar una villa en Italia o Francia y disfrutaba enormemente con sus hijas. Ésas eran para él las buenas épocas, los contados momentos del año, de su rutinaria y serena existencia, por los que valía la pena vivir. De aquellos días felices de risas infantiles y sentimientos puros y nobles se alimentaba y nutría el resto del tiempo. De hecho ahora mismo, en aquel salón, bajo los ojos hambrientos de sus admiradoras, estaba pensando en las últimas vacaciones con Teresa y María, en las que viajaron a Roma y Florencia. Aquella estatua junto a

cuyo pedestal estaba apoyado le había traído la imagen de sus hijas y, también, la de su propia madre.

A la vuelta de aquel viaje, pocos días después de regresar a España, Ángela había muerto repentinamente, fulminada mientras dormía a causa de una afección cardíaca a la que nunca le había dado mucha importancia.

«Es curioso», reflexionó, «exceptuando a Teresa y María, ya no queda prácticamente nada de aquellas mujeres que fueron tan importantes en mi vida. Con Ana casi ni hablo cuando llamo a las niñas por teléfono, mi madre está muerta, como mi padre y Clara, y de Isabel hace muchísimo que no tengo noticias».

Su todavía cuñada estaba prácticamente aislada del mundo o, al menos, de él. Después de su estancia en Bahrein en aquella primera oferta que recibió fuera de España, y tras confirmar durante su estancia en el Golfo Pérsico que aquello era lo que quería para sí misma, que al fin había conseguido su sueño de ser médico en los países más necesitados, decidió ejercer la pediatría, que para ella era una pasión, en África. Finalmente pudo encontrar una plaza en un hospital de Somalia, mal pagada para la labor que realizaba, pero el dinero no era importante para ella, o no tanto como sentirse realizada como médico y como persona, como le confesó por teléfono en una de sus cada vez más escasas llamadas, debido no sólo a la distancia sino también a una cierta incomodidad que sin saber muy bien por qué se había abierto paso entre ellos.

«Es libre», pensó Ignacio recordándola. «Y feliz. Pero yo no».

Decidió abandonar su privilegiada posición junto a la estatua, que le permitía observar a los demás desde cierta distancia sin tener que hablar mucho con ellos, y levemente incómodo al sentir el peso de varias miradas sobre él, tan apartado y solo, se sintió en la obligación de moverse un poco, de deambular por el salón y pasear entre los invitados con una copa en la mano, deteniéndose brevemente a saludar a muchos conocidos que se le aproximaban.

De repente la vio: vestía un sencillo vestido negro y estaba tan guapa como la recordaba, con un tono tostado en la piel que todavía la hacía parecer más irreal.

Ella se volvió y le sonrió tranquila desde el centro del grupo de personas con quien hablaba, a varios metros de distancia. A continuación se excusó para avanzar hacia él y, finalmente, abrazarlo con afecto.

—Pero, bueno —sólo acertó a balbucear él entre contento, sorprendido y enfadado—, ¿cómo es posible que no me hayas dicho que estabas aquí?

Isabel se rió con esa risa suya espontánea y alta, algo escandalosa, que hizo que un par de invitadas volvieran sus cabezas.

—Sabía que te vería hoy aquí y quería darte una sorpresa. He llegado ayer y estoy

prácticamente de paso, mi destino es Camboya, pero quería visitar un hospital infantil que hay en Yakarta especializado en medicina tropical. Sólo estaré aquí tres días y luego me iré.

Ignacio la cogió por el brazo en un arranque de impetuosidad.

—Huyamos ya, vamos a mi casa. Este sitio es rancio y está lleno de momias. ¿En qué hotel estás?

Isabel le dio el nombre del suntuoso hotel donde se había instalado y, consciente de que era un lujo que muy pocas personas en aquella ciudad pobrísima podían permitirse, se justificó:

—Llevaba sin darme una ducha de verdad casi un año —le expuso en tono de disculpa—, por eso he elegido un hotel tan caro. Es una de las pocas ventajas que tiene el haber heredado, y en contadas ocasiones como ésta consigo no sentirme culpable por todo el dinero que tengo.

—No tienes que explicarme nada —la excusó Ignacio con confianza, contento por primera vez en mucho tiempo de poder hablar con alguien así, directamente, con toda su franqueza, fuera de reservas y convenciones—. Mírame a mí, que llevo el dinero encima como una condena, que tengo que frenarme para no mimar demasiado a las niñas y volverlas unas malcriadas.

—No sabes qué bien te entiendo, sobre todo desde que he viajado por África y he visto la pobreza total en que está el continente. Pero aun así he tenido en ella unas experiencias apasionantes. He aprendido muchísimo. Y me he encontrado conmigo misma.

Cruzaron Yakarta en silencio. El conductor, representante impecable de la amabilidad y cortesía indonesias, se dirigió en inglés a Ignacio, quien le facilitó la dirección. Después de un breve intercambio de palabras y un recorrido que a Isabel se le pasó en un suspiro, llegaron al hotel.

—Te doy cinco minutos —le dijo su primo—. Recoge lo que quieras y te vienes conmigo, no te imaginas la casa exotiquísima que tengo. Mañana volaremos a uno de los paraísos perdidos que quedan todavía en el planeta. Te va a encantar.

—De acuerdo, en tres minutos estaré abajo. Espérame —le pidió con una sonrisa, un gesto ilusionado y abierto que no tenía desde hacía muchísimo, casi desde que era una niña y la vida no la había maltratado con tantas muertes haciéndola crecer antes de tiempo.

Pasaron las breves horas hasta el amanecer charlando y a las seis de la mañana cogieron el primer avión para llegar cuanto antes al paraíso.

Al sureste de Java, la isla de Lombok era un tapiz de selva tupida y brillante, una bóveda vegetal bajo cuyo cobijo una riquísima variedad botánica y animal vivía, crecía y moría protegida de la invasión exterior, tan salvaje y prácticamente casi tan virgen como siempre había sido.

El hotel estaba situado en la playa, al borde de la selva y justo enfrente de las islas Gilly, que parecían pequeños satélites arracimados alrededor de arrecifes coralinos en pleno Indico, contrapunto acuático a tanta belleza terrenal.

Muy cerca de las instalaciones del hotel, Ignacio había reservado una villa que fue propiedad de un excéntrico millonario y explorador holandés, decorada en una mezcla del típico estilo indonesio con toques coloniales. Era un lugar acogedor y confortable; se enfrentaba al mar, que podía verse casi desde cualquiera de las ventanas de la casa, de modo espectacular y, además, estaba aislada de las otras villas cercanas por un frondoso jardín tropical cuajado de malvaviscos.

—¡Qué maravilla, Ignacio! Y qué pena que no estén aquí las niñas para disfrutarlo contigo —exclamó Isabel en cuanto él le señaló el lugar que sería su casa durante su estancia en aquella isla.

—Nunca vendrán —respondió con un realismo no exento de pesar—. A Ana la horrorizan los mundos lejanos y diferentes. ¿Sabes que pretende mandarlas internas a Inglaterra? A mí me parecen muy pequeñas, ni siquiera han cumplido los ocho años y ya vamos a hacer de ellas unas desarraigadas. Aunque, por otro lado, puede que sean más felices allí que en esa casa tan vacía de vida y de afecto.

Isabel asintió tristemente.

—Es cierto, Ana es así. No va a cambiar, es imposible, y ahora que tu madre, tan cariñosa siempre con ellas, ha muerto, no sé qué puede ser lo mejor. Tengo que hablarlo con ella. Si las niñas se quedan en casa, tendremos que llegar a algún tipo de acuerdo para que las atiendan más y cambie de actitud.

—Es increíble cómo dos hermanas pueden ser tan opuestas —reflexionó él en voz alta—. Y en cambio os queréis, ¿verdad?

—Sí, nos queremos. Tuvimos una infancia bastante aislada del mundo, incluso cuando mis padres vivían ella era lo único que tenía realmente.

—¿Sabes lo que es el There? En Rusia, hasta el siglo XIX, a las jóvenes de familias poderosas las aislaban en grandes casas de campo. No tenían apenas contacto con el mundo exterior, y menos con el masculino, como no fueran varones miembros de su familia. Era una forma de vida casi conventual, pero en su propia casa.

—Entonces, según tu descripción, nosotras hemos tenido nuestra versión particular del There, y eso une. Porque ella ha sido mi compañía en nuestra soledad compartida.

Ignacio la contemplaba concentrado en la expresividad de sus gestos y en sus rasgos mientras ella reconocía con esa pereza exenta de artificios y de palabrería lo triste y, a la vez, lo libre que había sido en su infancia, sólo atada a Ana, a quien por mucho que ambas cambiaran seguiría atada para siempre en honor a un pasado en común.

—Hasta ahora no me había dado cuenta, pero tú y yo hemos heredado los rasgos morenos y marcados de la familia de nuestra bisabuela —constató.

—Sí, nos parecemos —reconoció ella con una sonrisa. Y no tuvo que decir nada

más.

En ese momento Isabel se refugió en sus brazos como si fuera el único lugar seguro del mundo, del mundo en el que quería vivir y estar. Acababa de darse cuenta de que, más allá del deseo reprimido tanto tiempo, de un enamoramiento juvenil, había mucho más que los unía: realmente estaban hechos el uno para el otro. Se parecían, se entendían, se complementaban. Eran dos almas gemelas que se buscaban sin encontrarse desde hacía muchos años en las caras y los cuerpos de otras personas que nunca llegaban a comprenderles porque, simplemente, no estaban destinadas para ellos.

Horas más tarde, paseando con él por la arena más blanca del mundo, pensó que quería congelar ese momento de felicidad absoluta, de amor total, de liberación de sentimientos muchos años sepultados.

—¿En qué piensas? —le preguntó. Ignacio la miró, se recreó en aquellos ojos que le habían hechizado desde la primera vez que la vio antes de responderle:

—No quiero que estos días acaben nunca, no quiero que se acabe este sentimiento de felicidad tan intensa que ya nada tiene importancia excepto esto.

—Tienes razón. Ya nada importa. Ni siquiera que esté traicionando a mi única hermana. Me he enamorado de su marido —aceptó sin ambages, como siempre plantándole cara a la verdad desnuda—. Es una vileza.

—Es una realidad que tú y yo sabemos desde hace mucho tiempo —la corrigió—. Sólo mi equivocado sentido del deber hacia Ana y una tentación que únicamente puedo calificar como suicida hacia un pigmalionismo mal enfocado ha provocado esta catástrofe, este error descomunal que nos ha obligado a vivir separados tantos años.

—Los errores no sólo nos arrastran a nosotros, sino también a los que queremos —le recordó ella prudente—. Es algo que debemos aceptar, y asumir sus consecuencias. Yo tendré que enfrentarme al hecho de que he querido aislarme de ti y simplemente no lo he conseguido. En esta ocasión el destino se ha conjurado contra nosotros —sonrió—, y no he podido escapar.

—Nadie tiene la culpa, Isabel, y tú menos que nadie. Quieres a tu hermana y me quieres a mí. Ya está.

Y con suavidad rodeó sus hombros y se detuvieron, serenos, plácidos, seguros del poder de su amor y maduros para afrontar las consecuencias que tendría en sus vidas. Contemplaron el océano y el monte Rinjani, que sobresalía de la isla como un trozo de tierra que huyera de la atmósfera húmeda y viciada de la selva. Detrás, el cielo rojo por la caída del sol marcaba un horizonte antracita que se fundía con el mar en una combinación de colores majestuosa y sorprendente.

—Es asombroso —Isabel miró a Ignacio y señaló la montaña.

—Tú eres asombrosa.

—No, sólo soy humana.

Las horas, la sucesión de besos y abrazos y amor y conversaciones interminables pasaron sobre ellos sin hablar de nada que tuviera que ver con la partida, con la despedida y el adiós. Había sido un acuerdo tácito, decididos sin haberlo comentado a disfrutar plenamente, sin sombras, deberes y obligaciones o cualquier otro asomo de problema que pudiera entristecer, empañar aquellos días de felicidad.

Pero los dos sabían que se acercaba el momento de las despedidas.

—Partir es morir un poco. Lo dijo Víctor Hugo y es verdad —susurró Isabel—. Me voy mañana; cogeré el primer vuelo y desapareceré de tu vida. Siempre nos quedarán estos días.

—El decirse adiós es doloroso, pero no tiene por qué ser eterno —dijo Ignacio, y se detuvo pensativo, como intentando hacer acopio de toda su capacidad de persuasión antes de sugerir—: Yakarta no está tan lejos de Camboya.

—No, Ignacio, de verdad me voy.

—Pero esto no puede acabar...

—Y no acabará. Concedámonos unos meses para pensar, para decidirnos antes de atrevernos a dar un paso adelante que cambiará nuestras vidas, la de Ana y las de las niñas. Te propongo que nos veamos en agosto, en nuestra ciudad, frente a nuestro auténtico mar, el de la bahía. Allí hablaremos y decidiremos qué hacer. Sabremos si esto ha sido un capricho, si este breve encuentro en el paraíso ha aplacado el espejismo, si de verdad somos tan fuertes como para decidir seguir adelante juntos... Irás, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Me tocan las niñas y su madre tiene pensado un viaje por los Fiordos con unos amigos, me quedaré en el piso que mis padres tenían en el centro, tú estarás feliz en tu jardín; Ana no andará por el medio y podremos hablar, vernos. Pero sabes que lo digo en serio: te quiero, y te quiero para el resto de mis días. No me perdería agosto en la bahía por nada del mundo.

—Bueno, tampoco te pongas dramático. Sólo quedan cinco meses para agosto, creo que es el tiempo que necesitamos para recomponernos y reconciliarnos con nosotros mismos. En agosto volveré.

Y le dio un breve abrazo, antes de subir al dormitorio para cambiarse para la cena. Todavía les quedaba una noche juntos, una noche más de amor, pero Ignacio se quedó al pie de la escalera, viéndola ascender y desaparecer por una de sus curvas, con una sensación de desolación y de inquietud, de pesadumbre, que no supo definir bien. Era la sensación del abandono.

Agosto

Llegó agosto e Isabel no volvió.

Después de una semana de larga, tensa espera, después de mil llamadas telefónicas al hospital donde le había dicho que estaría trabajando y en el que, sin embargo, nadie sabía darle explicaciones, Ignacio, por fin, recibió un escueto telegrama, aséptico y resbaladizo, en el que Isabel se excusaba por faltar a su palabra y donde explicaba, en no más de una línea de palabras precisas, que su exceso de trabajo motivaba su imposibilidad de volver. Por otra parte, añadía, en un tono algo más lastimero y cercano, había contraído el dengue. Estaba bien, no quería que nadie se preocupase. Sus colegas se ocupaban de ella con afecto y dedicación pero el cansancio que le producía la enfermedad fue la otra justificación que arguyó para quedarse y frente a la que Ignacio no pudo, ni tuvo nada que oponer.

Horas después de recibir aquel inesperado mazazo, paseando entre la desgastada belleza de las estatuas del jardín y sintiéndose incomprensiblemente vacío a pesar de tener a sus dos hijas con él, Ignacio releía una y otra vez el breve mensaje de Isabel intentando descifrar en él claves ocultas, desentrañar su auténtico significado.

Tiempo después, vencido por el cansancio de pretender adivinar qué mecanismos hacen que la cabeza y el corazón de otro le lleven en una dirección contraria a la de quien le quiere, desistió. Sus hijas jugaban y reían con vitalidad, totalmente ajenas al conflicto de sus padres, a la tristeza de no ver ese verano a su tía y a la distancia dolorosa que siempre las separaba de él y que Ana pretendía agrandar. Fue balsámico, en medio de su soledad, comprender que todavía les quedaba tiempo, años incluso, de inocencia y felicidad en su paraíso particular, lejos de las leyes del amor y el odio entre hombres y mujeres.

Acababa de dejar de llover; ya no caía esa lluvia mansa tan habitual en el norte que deja una estela de limpieza y frescor cuando se va y llena de una cierta alegría melancólica a sus habitantes.

«¿Dónde estará Isabel?», se preguntó antes de unirse a sus hijas en sus juegos. Estaba convencido de que convaleciente del dengue era imposible que siguiera instalada en plena selva camboyana, pero sabía también que, si ella no quería revelar su paradero, sería casi imposible encontrarla.

Más tarde volvió a pensar en ella.

«Está huyendo», pensó. «Probablemente de mí, de un futuro compartido. Es demasiado noble, demasiado leal como para traicionar a su hermana. Ana se hubiera revolcado en la traición y la hubiera disfrutado, la hubiera arrojado contra ella sin importarle el dolor. Isabel, por el contrario, se retira, se aleja a un mundo interior escondido e intransferible simplemente para no hacer daño a los que quiere».

Ana volvió de su viaje a los Fiordos, adonde había ido con otras amigas tan mundanas y frívolas como ella, algunas solteras, otras divorciadas y un par ya viudas, con la acritud hueca y superficial de siempre.

Femme poupée eterna, incapaz de estar cerca de nadie jamás, llenó de exigencias insolentes la escasa semana en que tuvieron que convivir en la misma ciudad, una convivencia breve y aséptica que él soportó sólo por seguir cerca de sus hijas. Su actitud era insufrible, tras su ventajosa separación se consideraba triunfadora frente a él y se permitía burlarse de su aire cansado de hombre solo, para ella vencido. Era incapaz de comprender que si obtuvo todo lo que quiso fue, simplemente, porque Ignacio se había negado a plantar batalla y que, si ahora lo veía cansado, se debía a un mal de amores evidente, pero a causa de otra, de su hermana, y no porque siguiera queriéndola a ella.

A los cuatro días de su llegada Ignacio volvió a Indonesia.

A finales del mes de septiembre, cuando faltaban dos días para octubre, Isabel desapareció por completo.

Se cortó el contacto a través de las esporádicas llamadas telefónicas que seguía haciendo a su hermana y, como si se la hubiera tragado la tierra, no dejó ningún rastro, ningún recado, ninguna pista. Simplemente no volvió a dar señales de vida.

Ignacio recibió la llamada de Ana a últimos de octubre. Muy sorprendido de que se dignara a llamarle, cosa que no hacía jamás, la escuchó llorar desesperada a través del teléfono mientras, de un modo inconexo y dislocado, le contaba todo lo relativo a la desaparición de su hermana y al mes que llevaba sufriendo por no saber de ella.

—Ignacio, tienes que ayudarme, encuéntrala. Tú estás en esa zona del mundo. Te ruego, te imploro que la encuentres. Es la única persona que me ha querido de verdad.

Sorprendido por la vehemencia insólita de Ana, reconoció el miedo y la desolación, tan inhabituales en ella:

—Estás asustada, pero todo se arreglará, moveré cielo y tierra para dar con ella. Haré lo imposible por encontrarla, no lo dudes. Yo también la quiero muchísimo.

Ella, agradecida pero aún histérica, sólo podía repetir:

—Búscala, encuéntrala... Hazlo por las niñas, hazlo sobre todo por mí.

Tras colgar, unos momentos después de vaciar un vaso de *whisky* para vencer su propio pavor, su propio e irracional miedo por ella, reparó en la desacostumbrada pasión de Ana.

«Está aterrorizada; la princesa de hielo tiene sentimientos; aunque estén tan escondidos que resulten imposibles de identificar».

Sin embargo pasaron los días y, a pesar de que Ignacio hizo todo lo que pudo para averiguar algo sobre Isabel, no pudo encontrarla. Todos sus contactos en el Ministerio y las demás embajadas, con los países de la zona y sus gobernantes, incluso con los cooperantes internacionales y misioneros que trabajaban allí, fueron infructuosos.

Pesaroso, le comunicó a Ana lo insólito que resultaba que sus pesquisas no dieran resultado.

—Pero yo la necesito —respondió ella con una voz chillona, preludio de la histeria que cada vez aparecía con más frecuencia en sus comunicaciones telefónicas.

—Cálmate, haré lo imposible por encontrarla. Te lo prometo. Ahora descansa, y da un beso a las niñas de mi parte, ellas también tienen que estar preocupadas. ¿No te preguntan por qué no llama su tía?

—¡Qué me importan ellas! ¡María y Teresa se tienen una a la otra, lo que yo quiero es que encuentres a *mi* hermana!

«Es increíble», se asombró Ignacio una vez que consiguió deshacerse de ella al otro lado de la línea y tras conseguir que una de las eternas niñeras que había contratado Isabel se fuera a hacer cargo de ella y a suministrarle los tranquilizantes necesarios. «Es egoísta hasta en la preocupación por Isabel. Le agobia no tenerla mucho más que cómo pueda estar ella o lo que le haya pasado. Lo que le mueve es su dependencia infantil de la hermana mayor que le resuelve emocionalmente todo, que aun en la distancia le salva del naufragio permanente en que se ha convertido su vida».

Al día siguiente Ignacio prosiguió incansable con una catarata de contactos e indagaciones, lleno de ansiedad por intentar averiguar el paradero de Isabel y su estado.

Poco a poco, muy lentamente, como todo en aquel país absolutamente carente de administración y burocracia que regularan la información, fueron llegando las noticias: el hospital infantil para el que estaba trabajando no tenía ninguna información de adónde había ido o por qué, sus amigos no sabían nada de ella, ni su casero, ni sus superiores, ni sus compañeros, ni siquiera los pocos españoles que vivían en la misma zona que ella. Tampoco sus amigos en Madrid o en los otros países donde había vivido supieron decir qué había sido de ella.

Al cabo de unos meses la sospecha recelosa y el desconcierto dieron paso a la desolación más absoluta en su ánimo.

Como una gasa tenue pero envolvente, la conclusión más pavorosa de todas devastó a Ignacio: Isabel no volvería.

Y así fue. No volvió.

Tercera parte

Teresa y María de Arzaga contemplaron sonrientes el enorme pastel que conmemoraba su dieciocho cumpleaños.

Sus padres, a kilómetros de distancia emocional uno de otro, pero juntos ante la celebración, las miraban con diferentes sonrisas, abierta y orgullosa en él, forzada en ella.

La comunicación entre Ana e Ignacio era completamente inexistente, sumergida en una hostilidad irracional por parte de ella y una indiferencia abrumadora por la de él que iban destruyendo cada vez más su relación en las pocas ocasiones en las que coincidían, agotando cualquier atisbo de afecto o de respeto.

Al parecer Ana, que se había embarcado sin quererlo en una emulación patética de la conducta de su madre poco antes de desvariar para siempre, se dedicaba a beber y jugar al *bridge* con las cuatro amigas que le quedaban, totalmente ajena a sus hijas y al mundo que la rodeaba.

La desaparición de su hermana Isabel la había sumido en un mar de depresión y desidia, y la combinación de medicación más alcohol iba acentuando cada vez más la hostilidad de su carácter y lo errático y caprichoso de su personalidad, de una inmadurez absoluta, desprovista de voluntad propia o tan siquiera de instinto, que reflejaba un temperamento inestable y acosado por sus propios fantasmas, de entre los cuales el principal era el de su hermana.

Poco a poco se había ido cargando de manías y odios irracionales, de pequeños rencores que vetaban sus afectos incluso a gente muy cercana, como el propio Ignacio.

Ya no se querían, quizá no se quisieron nunca, pero antes al menos se respetaban o guardaban las formas porque, a fin de cuentas, tenían dos hijas en común. Sin embargo desde la desaparición de Isabel y tras admitir él su incapacidad para encontrarla, el odio de Ana hacia su marido se había vuelto totalmente desahogado y virulento, absolutamente visceral.

Creía que no había querido encontrarla, que no llegó a buscarla siquiera, para hacerle más daño a ella. Había llegado a sugerir incluso, en alguna cena tras abusar de la bebida, que alguien, «esos negros o moros con los que trata», la había hecho desaparecer por orden suya.

Durante su infancia y su primera adolescencia, sus hijas pactaban treguas con su madre para facilitar la convivencia. Conseguían lo que querían de ella y, cuando Ignacio se dio cuenta del peligro que suponía que se repitiera la historia de Clara y

sus hijas, acosado por su tenebroso recuerdo, tomó medidas al respecto.

Oscilando entre el abatimiento y la irritación, con paciencia infinita y esgrimiendo argumentos como el de darle mayor libertad sin ellas para hacer lo que quisiera, o incluso liberarla de cualquier obligación económica de cara a la manutención y educación de las gemelas, logró su autorización para que las niñas se fueran con él a Berlín, su nuevo destino, por fin en Europa. María y Teresa tenían doce años, y acogieron la medida con infinito alivio.

—Tenía que sacarlas de esa casa como fuera —le comentó poco después a un amigo de su infancia en una de sus breves escapadas a España para explicarle el porqué de una medida tan drástica—. Ana iba totalmente a la deriva, igual que su madre. Tenía que separarla de las niñas antes de que el daño fuera irreparable.

Sin querer, recordó el momento en que le planteó aquel ultimátum. Había tenido que esperar varias semanas desde que tomara la decisión. Nunca encontraba el momento adecuado para decírselo a Ana, pero durante el verano, ya casi cuando éste tocaba a su fin, lo consiguió.

La encontró en el invernadero, que nunca le había gustado hasta ese año, en que se había puesto de moda entre su círculo de amigos jugar a cultivar orquídeas y otras flores exóticas, más como un reto entre ellas y una forma de esnobismo que como un auténtico *hobby* del que, por otra parte, ninguna sabía nada. Llevaba guantes de jardinería y vestía con un traje de noche de seda manchado de barro y un enorme delantal de hule. Ana estaba agachada y escarbaba la tierra de una maceta con ferocidad. Un *gin-tonic* apoyado sobre una jardinera era testigo mudo del implacable ataque contra las raíces de un pequeño arbusto decorativo que, posiblemente, terminaría muriendo desecado por su culpa.

—Ana, vengo a hablarte muy en serio, me voy a llevar a las niñas a Berlín. No te veo en condiciones ni físicas ni mentales para seguir con ellas. Creo que es mejor que hagas tu vida y que disfrutes de tu juventud sin su carga. Hasta ahora las has tenido tú, a partir de ahora esa responsabilidad me toca a mí. Las matricularé en una escuela estupenda que queda muy cerca de la embajada y, si les gusta, se quedarán; si no, el curso que viene pensaremos adonde mandarlas. Pero aquí no se quedan. No les conviene en ningún sentido, y creo que tampoco a ti.

Ana lo miró sumergida en su habitual bruma alcohólica:

—Haz lo que quieras, yo ya he cumplido. No creas que me hundes. En el fondo me da igual —reconoció volviéndole la espalda con voz amarga—; todos los que quiero me abandonan, como Isabel. No se lo perdonaré nunca.

Ignacio se dio media vuelta y salió de la atmósfera húmeda y agobiante del invernadero con alivio y un dolor sordo que reconoció que iba mucho más allá de lo que pudieran haberle molestado las palabras de aquel ser perdido que una vez fue su mujer. Le había lanzado un golpe bajo al hablarle, de nuevo, una vez más, de Isabel.

Sintió un desprecio absoluto por aquella mujer que renqueante se arrastraba hacia la copa. Se giró para despedirse y vio que estaba llorando.

Pero, por primera vez, no le importó ni le conmovió. Sólo le irritó.

La vida en Berlín les resultó agradable e intensa. La ciudad, llena de energía y vitalidad, fascinó a las gemelas y las obligaciones sociales de su padre, parejas a la vida diplomática, les interesaban y divertían. Llenas de alegría y una recién estrenada libertad cargada de euforia que éste interpretaba como la ausencia de temor a Ana, disfrutaban de museos, parques, bibliotecas y amigos con una intensidad que fascinaba a Ignacio. Se adaptaron sin problemas al nuevo ritmo de vida, a «lo» alemán, al colegio, y pronto conocieron la ciudad y todos sus rincones.

Las discretas aventuras amorosas de Ignacio nunca interfirieron en el vínculo cada vez más sólido que unía a los tres y poco a poco se fue cimentando su relación hasta que constituyó, auténticamente, la de una familia de verdad.

Pasaron los años, crecieron, se convirtieron realmente en un par de preciosas adolescentes y en un momento dado, poco antes de cumplir la mayoría de edad, decidieron que querían volver a España, pero no a casa. Berlín les había servido como preámbulo, como plataforma o paso intermedio hacia un mundo de conocimiento, cultura y arte, y las dos tenían muy claro qué querían ser y qué necesitaban para ello: querían regresar a su país, a su auténtico país, para estudiar en él. María eligió la licenciatura en Historia del Arte y Teresa, fascinada por las largas conversaciones que sobre política internacional mantenía con Ignacio, optó por Derecho.

Como había hecho su tía Isabel, a la que recordaban con nostalgia, se instalaron en Madrid en un pequeño apartamento sólo para ellas dos e Ignacio las dejó ir con pena pero, también, con orgullo por haber criado a dos hijas tan independientes y, sobre todo, con la sensación de saber que había hecho las cosas bien y cumplido los objetivos que se trazó cuando las arrancó de la ciudad donde vivía su madre: la transición estaba hecha; hábilmente había conseguido apartarlas de la casa familiar para lanzarlas al mundo.

Así como él comprendió y aceptó su decisión de vivir en Madrid, Ana la ignoró completamente. Todo le daba igual excepto ella misma, la única persona por quien no dejaba de compadecerse.

Ignacio no solía dedicar mucho tiempo a pensar en ella, pero cuando sus hijas le comentaron que, al notificarle por teléfono que volvían a España, Ana asumió los cambios con total indiferencia, se enfureció: ¿realmente las había querido alguna vez? En todo caso, ellas parecían felices y daba la sensación de que, en el fondo, su madre no les importaba mucho o, al menos, habían madurado lo suficiente como para comprender que no podrían nunca llegar a cambiarla.

Cuando volvió a quedarse solo, esta vez estaba en paz.

Después del veintiún cumpleaños de sus hijas, Ignacio se casó con una vieja amiga, la viuda de un diplomático francés a la que había conocido en Yakarta. Su anterior marido y él habían sido buenos amigos, y ella, más que un amor apasionado, representaba para él precisamente la culminación de una buena amistad aderezada por un afecto intenso. Él tenía cincuenta y siete años, pero estaba en plena forma física y mental y conservaba la elegancia innata. Françoise, su mujer, su mejor amiga, tenía siete años menos que él, y era la compañera ideal. Además, para completar aquella imagen de armonía, sus hijas la adoraban.

Los únicos problemas los creó, como no podía ser de otro modo, Ana, que se negó en redondo a concederle el divorcio tras la aprobación de la ley en España que lo contemplaba y con la que tuvo que iniciar un penoso y largo forcejeo hasta que, finalmente, rendida y sin voluntad, acabó por doblegarse, rabiosa pero vencida.

Así pues, por una vez, la vida fluía y transcurría con serenidad y paz para él.

Era feliz con Françoise, vivía en una ciudad que le gustaba, mucho más pacífica que todos sus destinos anteriores, sus hijas estaban encauzadas en sus carreras y gracias a la adecuada gestión de su fortuna sabía que contaban con un soporte económico sólido y seguro, por lo que nunca tendrían que preocuparse por su futuro desde un punto de vista práctico.

Cada vez que acudía a visitarlas o iban ellas a Berlín observaba que las hermanas tenían una relación de profunda dependencia, lo que inevitablemente le recordaba a Ana e Isabel y sus desgraciados destinos.

Pero no, pensaba, no tiene por qué pasar nada malo. María y Teresa eran muy diferentes, pero se complementaban muy bien. Adoraban a su padre y tenían una relación agradable pero distante con su madre, lo que, sin duda, era lo más sano, dado su carácter y las tendencias autodestructivas de Ana. Su infancia, carente de afecto materno y marcada por las circunstancias en las que habían crecido, las había unido aún más, y eso era lógico y normal teniendo en cuenta, además, que eran gemelas.

Muchas veces Ignacio pensaba en Isabel. Su desaparición le seguía inquietando y preocupando, pero la carga de dolor había sido enmascarada por un sentimiento brumoso y melancólico.

«Un amor de tres días», pensó una mañana al cruzarse con una mujer cuyos rasgos morenos le habían recordado brevemente a ella. «En cincuenta y siete años de mi vida, sólo tres días. Pero no puedo quejarme, tengo a mis hijas, y a Françoise, y las adoro a las tres».

Ana de Arzaga, inesperadamente, se mató en un accidente de coche cuando se dirigía al aeropuerto para coger un avión a Madrid con la intención de ir a ver a sus hijas. Tenía cuarenta y cinco años.

El choque frontal contra el camión fue tan absurdo que el camionero llegó a declarar a los guardias, obviamente confundido, que habría jurado que aquella señora había acelerado, que parecía querer empotrarse contra él. Que sabía lo que hacía.

Ignacio tuvo la triste misión de comunicar la muerte de su madre a Teresa y María e hizo todo lo posible por ocultarles la posibilidad de que pudiera tratarse de un suicidio.

Las jóvenes, contrariamente a lo que él había supuesto, reaccionaron con serenidad y tristeza y se refugiaron aún más en su padre y en su madrastra, con la que tenían una afectuosa relación de complicidad. Françoise no había llegado a tener hijos, y para Ignacio era un orgullo reconocer que la había elegido bien, que las quería de verdad.

En la ciudad de la bahía, el entierro de Ana se celebró con la misma austera majestuosidad que el de su madre.

Acompañado por sus hijas tras el féretro, y viviendo una escena muy parecida a la de hacía más de veinte años, Ignacio se dio cuenta, estupefacto, de que no sentía nada, absolutamente nada, por ella. Y recordó a Isabel en ese mismo lugar, frente al panteón familiar, aquel día lejano, con Ana junto a ella, jóvenes, guapas, vivas, y supo entender lo vacío de su expresión, aquella carencia de afecto y el alivio de sentirse libre de una carga, de una mujer que durante toda su vida había puesto especial empeño en hacerle daño.

Sus hijas, una a cada lado, con el mismo autocontrol que en su momento tuvieron su madre y su tía, permanecieron impasibles a lo largo de toda la ceremonia y con miedo se fijó en sus caras, esperando no encontrar esa expresión ausente que, para él, auguraría relaciones enfermizas, un peligroso estado anímico al que ya se había tenido que enfrentar en el pasado.

Pero no, ellas eran maduras y serenas, e Ignacio, aliviado, se dijo: «No es igual, las cosas son diferentes. La estética de la ceremonia es la misma, pero ahí se acaba todo».

Después, en la casa familiar, Teresa, Françoise y María se ocuparon de deshacerse de la ropa y algunos objetos de Ana. No querían vender la casa, les gustaba, habían pasado su infancia allí, pero había que bloquear los recuerdos insanos.

Estaba contemplando la bahía desde uno de los enormes ventanales del salón cuando oyó a sus espaldas a Teresa, la más analítica de las dos, avanzando hacia él, frágil y pálida, incongruentemente joven, perdida. Llevaba en la mano una aparatosa pulsera de brillantes.

—Era de mamá, pero no la quiero. María tampoco. Guárdala tú.

Ignacio contempló la muñeca delgadísima, la mano casi infantil que se la tendía. Sonrió:

—La guardaré como todas las joyas de tu madre, y cuando queráis os las daré.

—¿Sabes?, nunca entendimos nada; a veces pensábamos que no nos queráis ninguno de los dos.

Ignacio, sorprendido y culpable, la abrazó.

—Es una percepción infantil, un recuerdo de la infancia trastocado por vuestra imaginación y un montón de verdades a medias que nunca llegamos a explicaros. Pero la realidad es que siempre os quisimos muchísimo, los dos, tanto vuestra madre como yo. Cada uno lo hacía a su manera, pero siempre os quisimos. No lo dudéis jamás.

La esquila de Ana salió en todos los periódicos por expreso deseo de Ignacio. No era tanto por comunicárselo al mundo como a Isabel. Pensaba, soñaba con que de algún modo pudiera, desde donde estuviera, tener acceso a la noticia.

Pero no recibieron noticias suyas ni apareció por el entierro por más que Ignacio se empeñara en buscarla entre la gente.

Ignacio y su mujer volvieron a París, ciudad en la que vivían desde hacía un año. Pasaron dos meses y la rutina se instaló cómodamente en sus vidas, hasta que una mañana, fría e insólitamente luminosa para ser noviembre, su secretaria entró precipitadamente en su despacho de la embajada.

—Hay una señora que le espera fuera y dice que es su prima.

Salió, temiendo que fuera ella y, al tiempo, que no lo fuera, que se tratara de una impostora, de un engaño o, tal vez, de una mera confusión.

Pero era ella. La vio en la sala de espera y comprendió que nada había cambiado, que sólo habían pasado los años pero que tanto Isabel como él eran los mismos.

Estaba tal como la recordaba, las facciones y la sonrisa congeladas en el tiempo como si la hubiera visto por última vez apenas un par de semanas atrás.

—Al fin estás en París —sonrió Isabel mientras le daba con soltura un beso en la mejilla. Como si nada. Como si se hubiera ido ayer—. Ésta era la ciudad favorita de mi madre, ¿te acuerdas? Creía que tenía que ser el primero de tus destinos y ya ves, parece que será el último.

Ignacio, asombrado, la miraba como si hubiera visto un fantasma.

—¿Dónde has estado? ¿Cómo puedes desaparecer quince años sin dar una explicación? ¿Cómo se puede ser tan egoísta para no pensar en los demás, en las

personas que te quieren?

Isabel sonrió con tranquilidad, enigmática y serena.

—Vivo en París. Conocí a un médico australiano y me casé con él. Nos instalamos aquí hace ya tiempo.

—¿Y ésa es tu única excusa?

—Mi nombre ahora es Isabel Shelley —ignoró totalmente el rencor que latía bajo la voz de Ignacio, como si no le importara o, en todo caso, le importara demasiado como para reparar en él—. Sinceramente, hice lo que me pareció mejor para todos. No podía traicionar a Ana, tampoco quería destruirte a ti. No soy tan valiente o tan osada, ya lo sabes. Tú tienes dos hijas, esas niñas te necesitaban muchísimo y yo era un obstáculo. Pensé que lo más sensato era desaparecer. Fue cobarde pero hice lo que pude. Bien —dijo tras hacer una breve pausa—. Ya tienes tu explicación. Y dime ahora, ¿tú cómo estás?

Ignacio, que había recibido cada una de sus palabras como quien lleva muchos años en un desierto y ve por fin el oasis, la miró con frialdad antes de decirle:

—Es curioso; hace un tiempo pensé en ti y me lamenté por haber vivido sólo tres días de auténtico amor en toda mi vida, ¡qué poco!, y ahora apareces como un hada de cuento con tu discurso de no hacer daño a nadie como única justificación para desaparecer y romperme el alma y esperas que lo acepte sin rechistar. ¿Por qué? Dime la verdad. Creo que me la merezco.

—Sí, te la mereces —Isabel decidió entonces tomar asiento frente a él, al otro lado de su mesa, antes de iniciar su relato—: Al mes de separarnos en Indonesia me di cuenta de que la clave de mi vida eras tú. Menudo lío. Tú, separado de mi hermana y con dos hijas, eras el amor prohibido. No había más salida que desaparecer, y eso hice. Tardé mucho en encontrar a un hombre al que no le hicieras sombra, y llegó él, mi marido, que me adora y nunca me hizo preguntas. He vivido feliz con él. Feliz y tranquila, y con lo bien que me conoces sabrás lo importante que es eso para mí. Pero hace poco leí la noticia de la muerte de Ana en un periódico español y me llenó de tristeza. Sentí la necesidad de decírtelo y aquí estoy. Yo la quería —reconoció con sencillez, contundente.

—Lo sé. Y yo te quería a ti —y esta vez su tono no resultó acusador ni rencoroso.

—También lo sé.

—Me he casado con una vieja amiga —empezó a contarle él, sin preámbulos ni rodeos, con la misma simplicidad de quien se encuentra a un amigo de la infancia y, como si no hubiera pasado el tiempo, como quien hace un inventario, le pone al tanto de su vida—; es una relación fácil y cómplice; no es felicidad, pero tengo paz.

—Mi marido es investigador en el Instituto Pasteur. Yo sigo con mis ideas románticas de la medicina, trabajo para una organización de ayuda a niños con deficiencias físicas y mentales. Viajo bastante y hago lo que me gusta. Me encantaría que vinieras a cenar un día con tu mujer. Te llamaré.

Se marchó de su despacho con la misma facilidad con que había entrado en él.

Ignacio se preguntó si volvería a verla.

Pasaron varios días sin noticias y, de pronto, una mañana, Isabel le llamó a su despacho para invitarles a Françoise y a él a su casa.

—Perdona que no os haya llamado antes, pero he estado con gripe —dijo como única justificación—. ¿Podrías venir pasado mañana a cenar? ¿A las ocho?

—Perfecto, allí estaremos.

—Vivo en la Avenue Raspail, número 14. Os esperamos.

El día de la cena Ignacio se despertó temprano, expectante y desconcertado ante el enigma de la vida de Isabel. Françoise sabía de ella y de su historia, de cómo había sido su vida con Ana, de su belleza y de su inteligencia, de su afán por estudiar y del cariño con que todavía la recordaban, entre las brumas de su infancia, sus sobrinas. Ignacio, con esa confianza que da la amistad, había llegado a confesarle incluso cómo se quisieron durante aquellos tres días de pasión tan lejanos, tan poco peligrosos ahora, con nuevas vidas diferentes y felices.

—No tengo ningún problema en ir, cenar y conocerla —le había repetido Françoise una vez más a la hora del desayuno al verla tan demacrado, como si no hubiera dormido bien aquella noche—. Somos adultos y somos civilizados. ¿De verdad está todo bien? —le preguntó por enésima vez con prevención.

—De verdad —contestó Ignacio en un susurro con una tímida sonrisa destinada a tranquilizarla—. De verdad.

La casa de Isabel estaba situada en el cuarto piso de un edificio elegante y señorial. Cuando Ignacio entró en el *hall* en compañía de su mujer, algo de la esencia de la atmósfera familiar de la casa del norte le absorbió intensamente.

A continuación, fueron conducidos a un salón confortable y funcional tapizado en distintos tonos de beige y con paredes cubiertas de pintura abstracta. Isabel y su marido avanzaron sonrientes para darles la bienvenida. Ignacio no pudo evitar fijarse con extrema curiosidad en Ralph Shelley.

Era un hombre imponente, de casi dos metros de estatura y pelo castaño claro. Miraba fijamente, taladrando al interlocutor, a él, con la mirada. Ignacio pensó en los grandes tiburones australianos y, de algún modo, le recordó a un hombre pez.

Las mujeres intentaban por todos los medios romper la tensión. Con unas bandejas de aperitivos secos ante ellos y tras varias copas de champaña frío que les esperaban escrupulosamente colocadas sobre una mesa baja, pareció que la densidad del ambiente por fin se había rebajado un poco. Isabel, afectuosamente, preguntó por sus sobrinas. Cuando supo de su vida y sus estudios, se asombró:

—Estoy deseando verlas, son universitarias ya... Es increíble. ¿Te acuerdas cuando entré en el quirófano para su nacimiento? —dijo dirigiéndose a Ignacio.

La pregunta quedó suspendida en el aire al abrirse la puerta y entrar una adolescente de unos dieciséis años en el salón. Al verla, Ignacio se impresionó. Era su propio retrato en versión femenina. Una mezcla perfecta de sus rasgos y los de Isabel.

El hombre pez le miró con curiosidad y a continuación miró a su hija.

Isabel, enérgica y decidida, se levantó para besar a su hija y a continuación la empujó hacia Ignacio y, con una mirada de advertencia inequívocamente lanzada hacia él, la presentó:

—Clara, éste es tu tío Ignacio, y ella es su mujer, Françoise. Ignacio: mi hija Clara.

La niña sonrió brevemente y habló en castellano con soltura:

—Encantada, tío Ignacio; encantada, Françoise —un ligero acento francés traicionó la perfecta dicción y, mientras ella les besaba y se situaba junto a Ralph, Isabel miró a Ignacio con calma.

—Eres preciosa, Clara —dijo Ignacio, intentando dominar su emoción—, te pareces muchísimo a tu madre cuando tenía tu edad.

Dos días después, abrumado por las dudas, decidió llamar a Isabel. La cena había transcurrido con tranquilidad y, aunque todo había sido impecable, un sentimiento que fue incapaz de descifrar, que oscilaba entre la incredulidad y la furia, hizo su aparición.

«Asombrosamente igual a mí», reflexionó pensativo mientras recordaba a la belleza morena y adolescente que Isabel le había presentado en su casa. «Incluso Françoise se dio cuenta. ¿Cómo me puede hacer una encerrona así y presentarme sin previo aviso a una persona que ni sabía que existía? Ahora mismo llamo a Isabel. Tendrá que explicarme muchas cosas».

Isabel cogió el teléfono a la primera.

—¿Ignacio?

—¿Cómo sabías que era yo? —contestó perplejo.

—Te conozco demasiado bien, llevo dos días esperando tu llamada. Era lo lógico.

—Tenemos que vernos, dime cuándo y dónde.

—El bar Hemingway del Ritz. Te espero a las siete.

Cuando Isabel entró a las siete menos diez, el bar estaba prácticamente vacío. Una pareja de americanos bebía martinis sosegadamente en una esquina. Se instaló en una mesa apartada, debajo de una vitrina con libros y manuscritos personales del escritor.

—Un bloody mary, por favor, muy picante. Si no le importa me trae el tabasco aparte —su perfecto francés sorprendió al camarero, que, imprudente, le preguntó:

—¿Es usted de las Antillas?

Isabel rió con espontaneidad:

—No, si lo dice por mi físico, soy española.

—Cuando te vi por primera vez pensé que parecías mexicana —la voz de Ignacio llegó por detrás con cierto tono de diversión—. Y ahora de las Antillas.

—Nuestros físicos nos delatan, ¿verdad? —le respondió con un fondo de risa todavía bailándole en el fondo de los ojos.

—Sí, a nosotros y a nuestra hija, una hija que increíblemente me habías ocultado.

—No te enfades —se puso seria de pronto—. Te lo voy a explicar porque quiero que lo sepas, no porque tenga que hacerlo.

Ignacio la observó sombrío y se tomó un tiempo para sentarse con calma y esperar a que le sirvieran la bebida antes de hablar con prudencia:

—Ahora entiendo todo: la huida, la desaparición total, el cortar cualquier lazo y el no dar señales de vida, el no llamar ni dejar que te encontrara nadie...

—Sí, no podía hacer otra cosa. Al mes de dejarte en Lombok me enteré de que estaba embarazada. Iba a tener un hijo del marido de mi hermana, que me odiaría para siempre si se enteraba de mi traición. En ese momento me sentí como Saturno devorando a sus hijos. Yo era Saturno, claro, y sus hijos erais vosotros, Ana y tú, las personas que más quería y a las que más podía herir. Y también vuestras hijas. Así que huí —confesó con calma apabullante—. Huí con sólo una meta: simplemente desaparecer. Y elegí el destino más lejano, Sydney. Una vez allí entré en contacto con colegas que había conocido en Somalia. Un puesto de trabajo en un hospital infantil al norte de Australia y conocer a Ralph fueron la consecuencia de ese viaje a ninguna parte. Éste es el fin de la historia —concluyó—. Lo demás ya lo sabes.

—Tu hombre pez ¿sospecha algo?

—Ralph jamás preguntó nada, quiere a nuestra hija como si fuera suya y ya está. Es una persona de una generosidad increíble y a mi manera soy feliz con él.

—¿Y qué papel diabólico tengo yo en esta historia y por qué he de aparecer en escena precisamente ahora?

—El que tú quieras, Ignacio. Clara cumplirá dieciséis años en dos meses, eres su padre y tienes derecho a que lo sepa. Si quieres, se lo dices, y si no, no. Piensa qué va a ocurrir con tus hijas y valora la que podría ser su reacción y en qué lugar te dejaría. Imagínate, de pronto se toparán con una hermana que no conocen y una tía de la que apenas se acuerdan. Yo ya no sé cómo son ni cómo se lo tomarán. Por eso te dejo a ti la decisión. Tú sabrás mejor que nadie qué hacer. Piénsalo, y yo lo aceptaré.

Durante más de cinco minutos ninguno de los dos dijo nada. Finalmente, él habló con lentitud mientras sacaba un billete de la cartera que dejó sobre la mesa antes de irse. Ya de pie, le dijo a Isabel:

—Dame un poco de tiempo y te llamaré; Teresa y María vienen a pasar las Navidades aquí, sería un buen momento para contarles la verdad.

La llamada repentina a las ocho de la mañana despertó a Ignacio.

—Ignacio, soy Isabel, ¿qué te parece si celebramos las Navidades en casa, junto a la bahía? Creo que será el lugar ideal para que entiendan todo. Di que sí, por favor.

E Ignacio aceptó.

Navidades de 1990

Una ciudad cantábrica

El amanecer era la mejor hora para estar en el jardín. En ese momento, la bahía se iluminaba con un velo húmedo que filtraba la luz, todavía insegura, de los primeros atisbos del día.

Esa mañana no había una sola nube y el cielo despejado contribuía a configurar una vista espectacular del mar.

Isabel, descalza y con una bata ligera, paseaba entre los parterres que rodeaban el árbol de Navidad, llamativamente iluminado y decorado.

«¿Qué dirán las niñas? ¿Cómo lo encajarán?», pensaba mientras hacía un inventario de sus recuerdos a través de los objetos y el paisaje que la rodeaban. «Las estatuas del jardín, los árboles, los macizos, el invernadero con las flores de mamá que nunca se molestaba en cuidar... Todo está igual. ¿Por qué es este sitio tan triste y tan bonito?»

Ignacio la contemplaba desde las puertas acristaladas del porche.

«Está dudando», reflexionó pensativo. «Tiene miedo. Nunca me ha parecido más frágil ni más desamparada».

Como una bailarina de *ballet* que notara que alguien la estuviera mirando mientras hacía sus ejercicios en la barra, Isabel se giró con gracia hacia él, al otro lado del cristal, tan cerca y tan lejos de ella. Dos pasos más y el único refugio que había conocido la esperaba: el abrazo de Ignacio.

Él salió por la puerta acristalada y abrió los brazos cuando estuvo frente a ella sin saber qué haría, si le aceptaría o se negaría en redondo a volver a dejarse querer por él. Cuando la miró se acabaron las dudas, ella se precipitó contra él, sin palabras, como un ser perdido en busca del refugio caliente de su casa, y ya no fueron necesarios más gestos, más miradas, más palabras.

Después, más tarde, vendrían las explicaciones, las disculpas, las justificaciones. Ahora sólo estaban ellos, su casa, su mar.

El desayuno se sirvió a la inglesa, como siempre, siguiendo una costumbre instaurada por su padre que nadie había cambiado después. El aparador, repleto de bandejas, era un *self service* eficaz, siempre tutelado por dos doncellas que servían café o té cuidadosamente.

Isabel e Ignacio, a ambos lados de la mesa, se miraban sonrientes, observando con placer a sus hijas.

Las gemelas habían llegado la noche anterior, muy tarde, y se habían ido a la cama sin ver a nadie de la familia más que a su padre, a quien habían avisado con antelación de la hora de su llegada y que las había esperado levantado. Por supuesto, estaban informadas de que verían a su tía Isabel y a su hija, pero no esperaban un desayuno tan cargado de sorpresas como el que estaban viviendo.

Clara, por su parte, más tímida que las gemelas, escuchaba y se reía de los giros castizos que intercambiaban su madre e Ignacio, apenas conocidos por ella, sin parecer darse cuenta de mucho más o, tal vez, disimulando estupendamente bien todas sus inquietudes tras su timidez adolescente.

Teresa y María, en cambio, la miraban con curiosidad y cierta dosis de asombro, como si algo no acabara de encajar y no supieran qué.

Ignacio, deseoso de romper el hielo y de que pudieran hablar sin miedo ante ellos y también con Clara, intervino:

—Creo, hijas, que ha llegado el momento de las explicaciones. Sólo os pido a las tres que escuchéis y no juzguéis hasta que la tía Isabel y yo hayamos terminado. Hemos venido solos con vosotras, sin Françoise y sin Ralph, que llegarán pasado mañana, para que os dé tiempo a digerir lo que os tenemos que contar. Isabel... —la miró implorante, por primera vez en su vida temeroso de hablar ante un auditorio tan atento y, a la vez, tan reducido, pero ella negó con la cabeza.

—No, Ignacio, cuéntalo tú. Empieza por el momento en que nos viste por primera vez a Ana y a mí, en esta misma casa, hace tantísimo tiempo.

De un modo ordenado, Ignacio comenzó a desgranar su vida y la de sus primas. Dos horas después, las tres jóvenes miraban la bahía sentadas en los escalones del porche.

—Es mágica, ¿verdad? —preguntó Clara a sus hermanas.

—Es nuestra bahía. Cuando éramos pequeñas pensábamos que era una prolongación del jardín, pero con agua —le explicó Teresa con dulzura—. Esta bahía ha sido testigo de la historia de nuestra familia. Todo lo importante ha ocurrido aquí, en esta casa, con este mar, en esta ciudad.

—¿Por eso han querido venir aquí para revelarnos sus secretos? —quiso saber de nuevo Clara, y volvió la vista atrás para contemplar a sus padres, que, cogidos de la mano, tras los ventanales del salón, miraban el mar, el jardín y también a ellas tres, juntas, contemplando el mismo paisaje que ellos.

—Supongo —contestó entonces María—. Menuda historia. Es como un enorme pulpo cargado de tentáculos. Cuando parece que lo has asimilado todo surgen nuevas ideas, nuevos recuerdos que se anudan a los anteriores y todo vuelve a cambiar otra vez de significado, toda nuestra vida adquiere una y otra vez nuevos sentidos.

—Es como una película —Clara miró a sus hermanas—. Y ahora resulta que tengo dos padres. A uno lo conozco desde siempre. Al otro, al vuestro —aclaró mirándolas—, no. Pero los quiero a los dos. ¿No es extraño?

—Tan extraño como saber de golpe que tienes dos hermanas gemelas que además son tus primas. Es como un jeroglífico —suspiró Teresa.

—Pero somos felices, y estamos juntas. Y mañana te van a presentar a un montón de parientes y amigos que se quedarán pasmados —resumió María—. Y yo hablo por Teresa y por mí cuando te digo que para las dos, siempre tan encerradas en nosotras mismas, es una gran alegría saber que existe una hermana pequeña a la que tendremos que explicarle tanto de esta casa, de nuestra familia, de nuestro mundo.

La cena del 23 de diciembre se consideraba la apertura de la Navidad para la familia Arzaga. Dado que el 24 era una noche estrictamente familiar, una tradición heredada de sus bisabuelos les había acostumbrado a recibir a amigos y parientes el día 23 como un prelude de las largas Navidades.

Isabel e Ignacio, junto con sus respectivas parejas, atendían a sus invitados y se movían entre ellos con soltura. El salón y la biblioteca, cuajados de flores de Pascua, creaban una atmósfera navideña y acogedora, sencilla y nada ostentosa, que no habría gustado a Clara, pero en la que su hija, su sobrino y sus familias se sentían muy a gusto.

—En una ópera el prelude es lo mejor. Es la promesa de lo que viene después —le susurró Isabel a Ignacio en un breve aparte mientras bebían una copa de champaña debajo del muérdago.

Ella misma, vestida de rojo y con las maravillosas perlas de su madre, era un ejemplo perfecto de elegancia sofisticada y sencilla a un tiempo.

—Las niñas se retrasan —le comentó Ignacio, que contemplaba escéptico a las cincuenta personas que circulaban por el salón, el comedor y el *hall* de aquella casa que siempre había estado tan ligada a él.

De pronto miró de reojo a lo alto de la escalera y las vio: las tres vestidas de verde esmeralda, guapísimas y diferentes, pero con ese aire familiar que las hacía tan cercanas.

Una prima lejana de los dos, considerada como una de las grandes conspiradoras sociales de la ciudad, se les acercó en cuanto llegaron a la altura de los invitados.

—Hola, preciosas, decidme: ¿quién es hija de quién?

Solemnemente, Clara contestó:

—Somos hermanas.

Y, al decirlo, las tres miraron a su padre fijamente con una ilusión secreta que, Ignacio adivinó, era complicidad. Y sonrió.

La vuelta de Clara a París y de las gemelas a Madrid suponía un disgusto para las tres. En los días que pasaron juntas en la casa familiar, se había fraguado un vínculo muy fuerte y temían que se rompiera al tener que separarse.

La aparición de Clara en sus vidas había llenado de regocijo a las gemelas, encantadas de tener una hermana que además era hija de su adorada tía Isabel, con quien habían vuelto a reencontrarse después de tanto tiempo.

La casa se había convertido en el escenario ideal para cimentar su unión, su afecto y su amistad: las tres eran conscientes de ese sentimiento de «territorio común» que hacía aún más fuerte la sensación de pertenencia a un mismo lugar y Clara, fascinada por el descubrimiento de sus hermanas y su padre, vivía cada día con una mezcla de alegría y desazón, temiendo que las relaciones nuevas fueran frágiles y no tan sólidas como ella deseaba. Pero no ocurrió.

La separación, cuando acabaran las vacaciones, sería triste y desgarradora para todos, pero no volvería a ser definitiva nunca más. Eso nunca, les prometió a las tres Isabel.

En esos días, por su parte, Françoise y Ralph asistían sonrientes y comprensivos a la felicidad de los otros y de sus sentimientos recién estrenados pero sutilmente encerrados hasta ese momento. Isabel, Ignacio y sus hijas descubrían cada día situaciones nuevas entre ellos y sus lazos se estrechaban a veces de modo sorprendente para los propios protagonistas.

—La felicidad es un estado misterioso —le comentó un día Isabel a Ignacio—. No siempre hay causa-efecto, ni siquiera es fundamental un proceso lógico previo para poder ser felices, ¿no crees?

—Creo que en este caso sí lo hay, Isabel. El reencuentro, el afecto entre nuestras hijas, la vuelta a casa, todo ha sido para todos mágico, casi irreal.

—Eso es la felicidad: la instantaneidad. Y casi siempre tiene un motivo que la provoca. En cambio, la infelicidad no es misteriosa —comentó Isabel, seria de pronto—, la infelicidad te atrapa y absorbe y se instala a veces para siempre.

Paseaban por el muelle contemplando los barcos, que en agrupaciones perfectas, impecablemente alineados, descansaban en sus amarres.

—Ahora volveremos a nuestras vidas, a nuestros propios amarres —comentó Isabel pensativa—. Y esta historia de hermanas infelices que es la mía se diluirá en la felicidad de nuestras hijas, y habrá merecido la pena.

—Míralas —Ignacio le señaló a sus hijas, que avanzaban ante ellos, paseando también, riendo y bromeando, con orgullo—. Se parecen pero son diferentes, tienen nuestros rasgos y nuestros gestos, como si alguien los hubiera diseñado otra vez añadiendo detalles nuevos, esculpiéndolos de otra manera.

—Y lo mismo pasa con su carácter —añadió ella—, me he dado cuenta de que tienen rasgos comunes que se dispersan para reunirse y volver a aflorar después.

—¿Sabes lo que pensé cuando os conocí a Ana y a ti? —Isabel negó con la cabeza—. Pensé: curiosa disparidad. Y es verdad. Diferentes, parecidas, dependientes, independientes, queriéndose, peleándose. Eso son para mí las relaciones entre hermanas.

—Es cierto, es un vínculo, una unión especial y profunda. Puede que sea la sangre

común, la vida en común, la familia común, los agravios comunes y también las alegrías. De todo ese territorio afectivo y compartido parte la disparidad, que sólo en contadas ocasiones es total. Yo diría que es una disparidad sostenida, pero siempre retroalimentada y vinculada —continuó Isabel—. Yo quería muchísimo a Ana, y ella a mí. Nos queríamos de manera diferente, ella dependía más de mí, también era la pequeña. Y es así, complicado y sencillo al mismo tiempo. Para mí son vínculos indestructibles aun en el conflicto. No sé si lo entiendes...

Ignacio, risueño, le dio la razón.

—Debe de ser así si tú lo dices. Yo soy hijo único y nunca he tenido esos sentimientos y sensaciones. Para mí es un misterio compartir a los padres. En fin, todo es diferente, pero os envidio.

—No te preocupes por ellas —le tranquilizó Isabel al seguir el rumbo de su mirada y advertir que se posaba, pensativo, en sus hijas—. Son hermanas y están unidas, se quieren y se protegen. Funcionará.

—Eso espero. De verdad —Ignacio se quedó callado de pronto y se paró para mirarla fijamente y hacerle una pregunta que tenía guardada en su memoria desde hacía tiempo—. ¿Recuerdas cuando mi madre, aquella tarde en que vinimos a veros, os comparó y dijo en alto mientras jugabais aquí, en el jardín: «La que es muy mona es la pequeña»?

—Sí, lo recuerdo.

—Siempre he querido saberlo: ¿te molestó ese comentario, te afectó?

Isabel, distraída o quizá midiendo aquella pregunta de Ignacio, se sinceró hablando para él, para sí misma, para nadie, mirando al mar:

—Siempre decíamos que nos convertiríamos en peces y viviríamos juntas en nuestro jardín de agua, que era como llamábamos Ana y yo a la bahía. En aquel momento esa frase tonta de la tía Ángela no nos afectó a ninguna de las dos. Ana estuvo meses imitando la voz de tu madre y nos reíamos muchísimo. Y es que, cómo iba a afectarme. ¿No lo comprendes?: era mi hermana.

Y la bahía se tiñó de melancolía.



JOSEFINA ALDECOA (León, 1926-Cantabria, 2011) nació en La Robla (León) en el seno de una familia de maestros —su madre y su abuela eran maestras— y vivió en León, donde formó parte de un grupo literario que produjo la revista de poesía “Espadaña”.

En 1944 se trasladó a Madrid, donde estudió Filosofía y Letras y se doctoró en Pedagogía por la Universidad de Madrid con una tesis sobre la relación infantil con el arte, que luego publicaría con el título *El arte del niño* (1960). Durante sus años de estudio en la facultad entró en contacto con parte de un grupo de escritores que luego iban a formar parte de la Generación de los 50: Carmen Martín Gaité, Rafael Sánchez Ferlosio, Alfonso Sastre, Jesús Fernández Santos e Ignacio Aldecoa, con quien se casó en 1952 y del que tomó su apellido tras enviudar.

En 1959 fundó en Madrid el Colegio Estilo, situado en la zona de El Viso, inspirándose en las ideas vertidas en su tesis de pedagogía, en los colegios que había visto en Inglaterra y Estados Unidos y en las ideas educativas del Krausismo, base ideológica de la Institución Libre de Enseñanza, principios que chocaban con las técnicas de enseñanza propias del franquismo.

En 1969 murió su marido y durante 10 años abandonó la escritura dedicándose a la docencia, hasta que en 1981 publicó una edición crítica de una selección de cuentos de Ignacio Aldecoa.

Continuó su actividad literaria con novelas como *Los niños de la guerra* (1983), *La enredadera* (1984), *Porque éramos jóvenes* (1986) o *El vergel* (1988). En 1990 inició

una trilogía de contenido autobiográfico con la novela *Historia de una maestra* (1990), *Mujeres de negro* (1994) y *La fuerza del destino* (1997), parcialmente en respuesta al discurso político durante los años posteriores a la dictadura acerca de cómo reconstruir el sistema educativo, al que no consideraba lo suficientemente laico.

En 1998 escribió el ensayo *Confesiones de una abuela*, en el que abordaba la relación y experiencias vividas con su nieto. En 2000 publicó *Fiebre*, una antología de cuentos escritos entre 1950 y 1990, y en 2002 *El enigma*, novela de temática amorosa.

En el año 2004 recibió el Premio Castilla y León de las letras a toda su carrera literaria.

Falleció el 16 de marzo de 2011 en Mazcuerras, Cantabria, a causa de una insuficiencia respiratoria.